

La trayectoria de la sociología en Brasil y Argentina y las prácticas profesionales de los sociólogos. Un estudio comparado	Titulo
Blois, Juan Pedro - Autor/a;	Autor(es)
En: . () . :	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO	Editorial/Editor
2013	Fecha
	Colección
Sociología del conocimiento; Institucionalización; Profesionalización; Historia; Sociología; Brasil; América Latina; Argentina;	Temas
Doc. de trabajo / Informes	Tipo de documento
* http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/becas/20131008013058/Blois.pdf	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



La trayectoria de la sociología en Brasil y Argentina y las prácticas profesionales de los sociólogos. Un estudio comparado

Juan Pedro Blois*

1. Introducción
2. La trayectoria de la sociología en Brasil
3. La trayectoria de la sociología en Argentina
4. Comparación de las dos trayectorias. Divergencias entre Brasil y Argentina
5. Los diversos mundos laborales de los sociólogos. Expansión y heterogeneización
 - 5.1. La academia
 - 5.2. El Estado
 - 5.3. Las empresas
 - 5.4. Las ONG
6. Las prácticas profesionales de los sociólogos. Convergencias entre Brasil y Argentina
 - 6.1. Los espacios de formación y las prácticas profesionales de los sociólogos
 - 6.2. ¿La sociología como profesión? Las asociaciones profesionales de sociólogos
 - 6.3. Los sociólogos y sus esferas laborales. Entre la autonomía y la heteronomía
 - 6.4. Las disputas entre los sociólogos con perfiles diversos
 - 6.5. Las disputas y sus efectos en el desarrollo de la disciplina
7. Conclusión

1. Introducción

En las últimas décadas, los espacios laborales de los sociólogos en Brasil y Argentina tuvieron un notable crecimiento y heterogeneización. Por un lado, las instituciones académicas experimentaron un proceso de “profesionalización” que, aun con diferencias en cada caso y de acuerdo a diferentes temporalidades, ampliaron los lugares donde era posible dedicarse a la docencia y la investigación social. Por otro lado, se sumaron un conjunto de instituciones no académicas que comenzaron a contratar un número cada vez mayor de sociólogos. Dependencias estatales, consultoras de opinión pública y agencias de análisis de mercado, grandes empresas privadas y ONG, contrataron sociólogos para realizar diversas tareas: diagnóstico, planificación, gestión, análisis organizacional, etc. El mundo del trabajo se complejizaba y ofrecía nuevas oportunidades o “tareas vacantes”¹.

* Becario CLACSO-Asdi, Concurso “El estado de las ciencias sociales en América Latina y el Caribe en el mundo contemporáneo”. Becario Posdoctoral del CONICET. Docente del Área de Sociología de la Universidad Nacional de Gral. Sarmiento y de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires.

¹ En el caso de Brasil se considera como sociólogo al individuo que posee diploma universitario en “Ciencias Sociales”. A diferencia de lo que ocurre en Argentina donde ya desde la formación de grado la Sociología se haya constituida como carrera particular (que ofrece el título de “licenciado en sociología”), la diferenciación entre esa disciplina y las otras ciencias sociales (centralmente la antropología y la ciencia política) se da por lo general a partir del nivel de maestría. En este estudio, siguiendo lo realizado por los investigadores brasileños

Desde la orientación y confección de las políticas públicas contra la pobreza hasta el manejo de las estrategias de comunicación publicitaria de grandes empresas multinacionales, pasando por la participación y asesoramiento en diversos movimientos sociales, el abanico de actividades y tareas fue ciertamente amplio. A diferencia de otros perfiles profesionales, los sociólogos mostraron una notable versatilidad y una gran capacidad para penetrar en diversos campos de intervención (alcanzando en varios casos posiciones de jerarquía). Esos cambios expresaban las transformaciones más generales de la sociedad brasileña y argentina en el contexto de la denominada “sociedad del conocimiento” (Castells, 1999), signada por una creciente valoración del saber técnico como un recurso indispensable para diversas tareas e instituciones (Dubet, 2012).

Aunque no se tratara de un hecho sin precedentes², lo anterior supuso una redefinición profunda del escenario de la sociología en Brasil y Argentina, con un número creciente de individuos que utilizan las herramientas propias de la disciplina en distintas instituciones o esferas de la sociedad civil y el Estado, al tiempo que reivindican unas capacidades y credenciales diferentes a las valoradas en el medio académico. En un marco signado por el retroceso de la figura del “intelectual público” –de gran predicamento entre los sociólogos en los años sesenta y setenta (Pécaut, 1990; Svampa, 2008)–, se produjo el ascenso de un conjunto variado y diferenciado de prácticas profesionales: el “trabajo académico”, la “consultoría para ONG”, el “trabajo en el Estado”, la “investigación de mercado”, el “análisis de opinión”, entre otras. Cada una de esas prácticas se define por estilos de trabajo, audiencias, formas de financiamiento y saberes particulares. Cada una presenta desafíos y exigencias diversos. En conjunto, todas ellas promueven la consolidación de un conjunto de “oficios” de sociólogo ciertamente variados.

Esta investigación se propone analizar los procesos de diferenciación profesional de la sociología en Brasil y Argentina en una perspectiva comparada. La pregunta que la orienta es cómo se relacionan los procesos históricos de conformación e institucionalización de la disciplina y de sus espacios de formación, con la constitución de las prácticas laborales de los sociólogos.

Según entendemos, la historia de una disciplina no es un pasado muerto, algo que simplemente pasó y que ya no tiene incidencia alguna. Por el contrario, las diversas tradiciones y modos de pensar la práctica de los sociólogos configurados a lo largo del tiempo y sedimentados en procesos históricos –abiertos y no lineales–, son fundamentales para entender el presente. En ese sentido, se podría decir que cuando un sociólogo sale a buscar trabajo, buena parte de la historia de la disciplina, con sus tensiones y carácter conflictivo, se reactualiza y pone en juego. Sus orientaciones y esquemas de percepción a

que han estudiado el desarrollo de las prácticas profesionales de la sociología, serán comprendidos los sociólogos que actúan en diferentes áreas que tengan como base la formación de “cientista social”.

² Desde hacía varias décadas era posible encontrar sociólogos desarrollando actividades “aplicadas” más allá de los círculos académicos (Moraes Filho, 1966; Suárez, 1973). Si hasta mediados del siglo pasado, como indica Bonelli para el caso brasileño, “ser profesor [universitario] era la alternativa profesional casi exclusiva de los formados en Ciências Sociais”, a comienzos de los años noventa, momento en que escribe esta socióloga, “la mayoría de ellos desempeñaban actividades fuera del universo docente” (Bonelli, 1993:48). Tal constatación puede ser extendida al caso argentino: según los datos disponibles, ya a fines de los años noventa, sólo un cuarto de los sociólogos formados en la Universidad de Buenos Aires (la institución donde realizó sus estudios la amplia mayoría de los graduados en Argentina) se dedicaban de manera exclusiva a la vida académica (Rubinich y Beltrán, 2010). Estos desarrollos no han hecho más que consolidarse y ampliarse en los años recientes.

Cuando la referencia al texto citado no es en español la traducción es propia.

partir de los cuales define lo que es un trabajo deseable o “sociológico” y aquello que no lo es, tanto como la receptividad de los escenarios institucionales donde se inserta – con los estereotipos sobre la disciplina que movilizan, con sus grados de conocimiento sobre lo que un sociólogo puede hacer, con el reconocimiento y responsabilidades que le acuerdan, etcétera–, son el producto de una particular constitución histórica de un campo o ámbito disciplinario y profesional en un país. En las tensiones, dificultades o dilemas que todo sociólogo enfrenta al momento de ingresar al mundo del trabajo, así como en las condiciones objetivas que encuentra, se ponen en juego el producto heredado de las relaciones que su disciplina construyó en su devenir histórico con las instituciones académicas, el campo intelectual, el Estado y la sociedad. Las disposiciones subjetivas y las estructuras objetivas que se actualizan en cada decisión, acción o iniciativa –no es una novedad afirmarlo– son el producto de una particular historia. Según la perspectiva aquí asumida, la mirada al pasado –que ensayaremos en la primera parte de este trabajo– no es pues un fin en sí mismo. Lejos de ello, constituye un medio indispensable para comprender y dar cuenta de las prácticas y orientaciones del presente.

La elección de Brasil y Argentina resultó, en este marco, de particular interés por tratarse, como tendremos oportunidad de ver, de dos países en los que la trayectoria de la sociología presenta profundas diferencias. Sea que se considere la relación de los sociólogos con el sistema académico, con el Estado, con las elites políticas y sociales, con las instituciones de fomento científico, con los centros de la disciplina a nivel mundial, las divergencias son notorias. Mientras en Brasil la historia de la disciplina puede leerse, en buena medida, en la clave del progreso y la consolidación, en Argentina, por el contrario, son las imágenes de la ruptura y la discontinuidad las que se imponen. La comparación nos pareció entonces de gran interés para analizar el impacto o influencia del pasado en el propio presente de las prácticas profesionales de los sociólogos brasileños y argentinos, y en la construcción, presumiblemente diferenciada, del mundo laboral en el que deben insertarse.

Lo que nos proponemos trabajar en esta oportunidad es un ámbito relativamente poco estudiado. Aun cuando en los últimos años los estudios sobre el desarrollo de la sociología y las ciencias sociales tuvieron un crecimiento considerable (ello principalmente en Brasil), el foco de su atención estuvo puesto en la trayectoria de la sociología como práctica académica. Se privilegiaron, entonces, el análisis de los desarrollos intelectuales de sus máximos animadores o figuras representativas³, el estudio de los procesos de armado de las principales instituciones académicas o las controversias por la legitimación de la sociología en el campo cultural más general. En esas condiciones, la intervención de los sociólogos más allá de los muros universitarios, a pesar de tener efectos prácticos importantes sobre la sociedad, quedó relativamente invisibilizada⁴. El sociólogo como académico o como “intelectual público”, con su prestigio y tomas de posición muchas

³ Gino Germani en un caso, Florestan Fernandes en el otro, son quienes suscitaron el mayor número de investigaciones y debates.

⁴ Como indica Bonelli contra una imagen extendida que hace de las ciencias sociales en Brasil una empresa centralmente abocada a la reproducción de sus cuadros en el mundo académico, esa imagen “puede ser la identidad de uno de los segmentos de la profesión, los docentes universitarios, que al difundir la imagen con la que se identifican, encuentran resonancia entre los estudiantes. Esto, por sí sólo, no fue el factor que dio cuerpo a la profesión en la medida en que sólo tenía [ya a fines de los años ochenta] un 25% de sus formados trabajando en el medio académico [...] Una profesión no se limita a la identidad de uno de sus segmentos” (Bonelli, 1993: 95,96).

veces altisonantes, se constituyó como objeto de indagación más atractivo frente a las prácticas e iniciativas de sus colegas insertos en otras esferas del mundo laboral. Lo anterior condicionó el desarrollo de las propias miradas sobre la disciplina, limitando la pregunta por las prácticas e iniciativas de quienes, insertos en diversas instituciones de la sociedad civil y el Estado, contribuyen con su accionar cotidiano a producir y dar sentido al mundo social (Callon, 2008).

En primer lugar, reconstruiremos la trayectoria de la sociología en Brasil y Argentina desde que la disciplina se configuró como una carrera universitaria en los años treinta en un caso y mediados de los cincuenta en el otro. A continuación, procederemos a la comparación de esas trayectorias, poniendo el foco en aquellas dimensiones que separan y distancian ambas tradiciones. En tercer lugar, describiremos las diversas esferas o instituciones sociales donde los sociólogos se han venido incorporando, procurando dar cuenta de los condicionamientos sociales que pesan sobre sus prácticas en cada escenario (signados por diferentes grados de autonomía y una vinculación con públicos o clientelas diversos). Luego, a partir una serie de ejes (relación de los espacios de formación con las tareas desarrolladas por sus graduados, rol y naturaleza de las asociaciones profesionales, relación de los sociólogos con sus empleadores y espacios de inserción, disputas entre los sociólogos con diversos perfiles profesionales) se analizarán las fuertes convergencias que, aun con las diferencias que existen en las historias de ambos países, se observan en la forma en que los sociólogos se vinculan con el mundo laboral.

2. La trayectoria de la sociología en Brasil

La trayectoria de la sociología y las ciencias sociales en Brasil ha estado signada por una relativa estabilidad y un desarrollo en el que, aun cuando sea posible reconocer momentos de crisis y reorientación profundos, resaltan las continuidades sobre las rupturas. Comparado con lo ocurrido en Argentina, su derrotero aparece signado por la acumulación y la progresiva institucionalización. En efecto, desde mediados de los años treinta, momento en el que la disciplina desembarca en la academia como curso universitario, la sociología tendió a consolidar y expandir su presencia en las instituciones de educación superior y en las agencias de fomento científico pero también supo conquistar un lugar de marcada relevancia en la esfera pública, conectando con diversos públicos y audiencias a lo largo del tiempo; orientando, de ese modo, y con un cierto protagonismo, las propias representaciones y discursos que la sociedad brasilera construyó sobre sí misma (Vianna, 1998). En ese sentido, entre quienes se han dedicado a estudiar y analizar el derrotero de la disciplina existe un marcado consenso en torno al “éxito” de la institucionalización de la sociología en Brasil que, dada su magnitud, resulta comparable con aquel propio de los países más avanzados (Miceli, 2001). Sea que se refiera la cantidad de carreras de grado y cursos de posgrado, sea que se mencione la proliferación de revistas especializadas (varias de ellas de larga trayectoria), sea que se destaque la apreciable porción de financiamiento que le acuerdan las instituciones de fomento científico, sea que se recuerde su prestigio y reconocimiento internacionales, todos coinciden en señalar su consolidación y fortaleza (Trindade, 2007; Villas Boas y Chor Maio, 1999).

Semejante derrotero no puede ser desvinculado de la particular relación que la sociología pudo constituir a lo largo del tiempo con las elites y el Estado brasileños. Aun cuando ese vínculo no estuvo exento de fuertes tensiones y conflictos, como los que se dan

a partir de la instauración de la dictadura militar de 1964, los sociólogos, en momentos y coyunturas sociales y políticas ciertamente diferentes, pudieron aprovechar la receptividad que, bajo diversas modalidades, esos actores tuvieron hacia la disciplina y legitimar de ese modo –también bajo modalidades diferentes– la pertinencia de sus labores. Si ello pudo asegurar un significativo apoyo material para la disciplina (a través del financiamiento público pero también a través de mentores privados), produjo también una amplia expectativa sobre su papel o rol en la resolución de los problemas y desafíos que las elites y el Estado reconocían como más apremiantes.

Esa vinculación de la sociología con las elites y el Estado se inscribe en la relación más amplia entre intelectuales, elites y Estado que, desde la propia constitución del Estado brasileño dio un marcado protagonismo a la ciencia y al saber especializado –sea como sea que se lo definiera a lo largo del tiempo– a la hora de orientar las iniciativas políticas y los horizontes de acción. Como es sabido, el origen de Brasil como nación independiente estuvo fuertemente permeado por la influencia del positivismo, doctrina para la cual el arte de gobernar estaba inextricablemente unido al conocimiento científico de la realidad social. Desde entonces y durante buena parte del sigloXX, se dio un proceso de mutuo reforzamiento: mientras las elites buscaban en el discurso y hallazgos de los intelectuales un recurso capaz de fundamentar y legitimar sus iniciativas –para lo cual emprendían activas políticas culturales–, los intelectuales (en sus más diversas orientaciones), atendiendo esas demandas, procuraron constituirse como un grupo con la capacidad y la responsabilidad de intervenir activamente en la esfera pública “al servicio de la construcción política del país” (Pécaut, 1990:11). Sea lo que sean que avizoraran como futuro posible o deseable, los intelectuales brasileños definieron su labor como una empresa indisociablemente cultural y política: si la ciencia constituía un componente primordial de la política, los intelectuales devenían por ello mismo protagonistas privilegiados de la vida política.

Para esa labor o responsabilidad, los intelectuales veían en la sociología, ya desde fines del sigloXIX y de modo contemporáneo a su institucionalización como disciplina “moderna” en Europa y Estados Unidos, una disciplina o “punto de vista” indispensable a la hora de interpretar la realidad social brasileña (Vianna, 1994). Claro está, para estos intelectuales (y las elites que los apoyaban) no se trataba solamente de producir estudios más o menos interesantes o profundos, se trataba ante todo de actuar sobre la realidad: la sociología era para ellos una “ciencia de lo social” pero también, y de manera fundamental, una “ciencia de gobierno” al servicio de la modernización social e institucional del país y de la ilustración de sus elites (Pécaut, 1990). Como muestra de esa fuerte conexión entre quehacer intelectual y quehacer político, y de las expectativas que la sociología despertaba en ese marco previo a su institucionalización como disciplina académica, cabe recordar la fórmula de un reconocido intelectual brasileño: “la sociología es el arte de salvar rápidamente el Brasil” (Mario de Andrade citado en Pécaut, 1990: 31).

Así, cuando se produce la incorporación de la sociología al medio universitario a comienzos de la década de 1930 con la fundación de la carrera de Ciencias Sociales en una serie de instituciones –la Escuela Libre de Sociología y Política (ELSP), la Universidad de San Pablo (USP) y la Universidad del Distrito Federal (UDF), las dos primeras en San Pablo y la última en Río de Janeiro–, la disciplina contaba ya con una imagen pública

reconocida entre las elites y los intelectuales⁵. No se trataba, en ese sentido, de una empresa liderada por pioneros o “padres fundadores” que debían legitimar su apuesta constituyendo al mismo tiempo una audiencia o público –intelectual o lego–, al que habría que convencer de la utilidad de los servicios que la nueva disciplina podría ofrecer. Por el contrario, la fundación de esas carreras fue una iniciativa de las propias elites paulistas y cariocas que luchaban, por esa vía y otras tentativas “modernizantes”, por el liderazgo cultural y político de la federación.

Para las elites paulistas, esa búsqueda resultaba, como han destacado diversos estudiosos de la historia de la sociología en Brasil, particularmente urgente luego de la derrota política y militar sufrida ante el poder central a comienzos de los años treinta. Para estos sectores, se trataba de recuperar la hegemonía de San Pablo en un momento en el que el sistema educativo y de apoyo a la ciencia en ese estado, apoyado en la riqueza del café y el incipiente desarrollo industrial, y que había sido responsable por su liderazgo en el escenario brasileño reciente –formando los abogados, médicos e ingenieros más reconocidos del país–, no era suficiente ya para asegurar su ascendencia o predominio (Cardoso, 1982). La legitimidad de la sociología y las ciencias sociales tenía pues soportes ciertamente amplios y orientó la decisión de esas elites de convocar un conjunto de profesores e investigadores extranjeros (entre los que destacaba la denominada “misión francesa” que se afincó en la USP) como estrategia de importación de la nueva disciplina (Massi, 1989). Entendiendo que no existían en el medio local los recursos humanos capaces de emprender esa tarea, esos grupos buscaron suplir tal deficiencia elaborando una activa estrategia de atracción de especialistas de afuera que, formando en suelo nativo una primera generación sucesora, operase como primer impulso para el desarrollo disciplinario.

Ahora bien, ¿cuáles eran las expectativas de quienes desde la cumbre de la sociedad contribuyeron a la instalación de la sociología y las ciencias sociales como práctica académica? ¿Cuál debería ser, de acuerdo a su mirada, su rol o papel en la sociedad? ¿Qué servicios podrían prestar en la época de profundas transformaciones que vivía la sociedad brasileña en aquel momento? Según su visión, la sociología y las ciencias sociales debían constituirse, ante todo, como instrumentos capaces de contribuir a la formación y educación de las nuevas generaciones. En primer lugar, de la propia elite, ampliando sus horizontes culturales pero también proveyéndole herramientas técnicas o prácticas para el manejo de las instituciones que tendrían a cargo. En segundo lugar, también, de aquellos sectores, no muy extensos por cierto, susceptibles de incorporarse a una ciudadanía activa, preocupada por la cosa pública, capaz de elegir a sus representantes sin la mediación de ningún tipo de dependencia personal (Limongi, 1989a). Eran esos sectores los que, de acuerdo a aquel diagnóstico, podrían encarar y promover la modernización social e institucional que el país requería. Si lo primero –la formación de “los que mandan”– implicaba su constitución como carrera universitaria, lo segundo –su incorporación como parte de la formación básica de los ciudadanos–, conllevaba su incorporación como disciplina obligatoria en la escuela secundaria (Almeida, 1989) que por entonces, es preciso recordarlo, alcanzaba solamente a una minoría de la población.

Como apunta el propio Fernandes, inmersas en el profundo proceso de urbanización e industrialización que reconfiguraba la estructura social de su sociedad y que volvía

⁵ Cabe mencionar que ya se daban clases de sociología en algunas instituciones dispersas desde hacía algunos años, sea como parte de la formación de abogados (en la Facultad de Derecho de Ceará), sea como parte de la formación de profesores de enseñanza fundamental en ciertos colegios normales (Liedke Filho, 2005).

insuficientes las formas tradicionales de resolver los problemas, las elites paulistas, con “cierta agudeza” (y las cariocas siguiendo su ejemplo), decidieron incentivar la enseñanza de las ciencias sociales, teniendo en vista dos objetivos. De un lado, “educar a las nuevas generaciones para las tareas de liderazgo económico, administrativo y político”. Del otro, crear “recursos para la solución pacífica de los problemas sociales brasileños” (Fernandes, 1977 [1956]: 37). Ello, claro está, de una forma que preservase su situación de dominio y ascendencia en la sociedad.

En ese marco, según sus principales mentores y promotores, las dos carreras fundadas en San Pablo podrían adoptar un perfil diferenciado. Por un lado, la carrera de la ELSP podría constituirse como una institución dedicada a la formación de funcionarios técnicos para la administración, sea en el ámbito público o privado. Por el otro, la carrera de la USP podría dedicarse, libre de preocupaciones utilitaristas o más inmediatas, a elevar el nivel de cultura general de sus estudiantes y contribuir a la formación de profesores habilitados para enseñar en el nivel medio. Se perfilaban, de ese modo, dos “culturas sociológicas”: mientras una institución se orientaba a la resolución de problemas prácticos, poniendo el eje en el ejercicio aplicado de la disciplina, su par presentaba una orientación más teórica y especulativa.

En un contexto signado por la crisis del capitalismo y el aumento de las funciones estatales, que imponía la búsqueda de nuevas formas de gestión, la ELSP podría promover la formación de científicos sociales capaces de aumentar la competencia y eficiencia de las administraciones. Para ello, durante su formación, deberían aprender las técnicas más novedosas de la administración. Pero también, y de manera central, deberían incorporar la metodología científica capaz de producir información empírica sistemática, elemento indispensable a la hora de producir una intervención que, a diferencia de lo ocurrido hasta entonces según los propios promotores de la Escuela, no operase a partir del “tanteo” o las conjeturas. Se trataba de incentivar la investigación empírica, actividad prácticamente ausente hasta el momento en el medio local. Tal investigación no debía estar, sin embargo, orientada por la búsqueda del conocimiento por el conocimiento mismo, sino que debía tener fines “prácticos” bien precisos (Limongi, 1989b).

Frente a ello, la carrera de la USP presentaba un perfil “humanista”: el conocimiento, procurado como un fin en sí mismo, sólo debía estar al servicio de la ilustración y auto-reforma de las elites en formación. El conocimiento, en ese contexto, se transmitía y era adquirido por intermedio de la cátedra y las lecturas, para lo cual el modelo universitario francés, menos volcado a la investigación que el norteamericano, resultaba ciertamente congruente (Vianna, 1994).

Ahora bien, el perfil que al poco tiempo se fue configurando en ambas instituciones fue ciertamente distinto de aquel proyectado por las elites que promovieron su creación. En efecto, las organizaciones que ellas impulsaron, con su iniciativa, con sus esfuerzos e incluso con su propio peculio, fueron progresivamente redefiniendo sus metas y reivindicando una mayor autonomía. La disciplina se institucionalizaba pues de una forma que se apartaba de los intereses y orientaciones de sus promotores: tanto la carrera de la ELSP como la de la USP, diluyendo en buena medida sus diferencias de origen, confluyeron en la formación y estímulo de la sociología, ya no como un elemento necesario de la cultura general de las elites o de su formación técnica, sino como una práctica profesional a ser desarrollada en la propia academia, con base en la investigación empírica, y volcada, en lo esencial, a la reproducción de sus propios cuadros.

Según Miceli, en el caso de la USP, esa ruptura se produjo debido al desencuentro

entre los objetivos del proyecto “iluminista” original y los rumbos académicos “profesionalizantes” por los cuales se encaminó la universidad en respuesta a las demandas de su base social, es decir, los alumnos (Miceli, 1989). En efecto, provenientes en buena medida de familias de clase media, hijos de inmigrantes y sin demasiadas conexiones con las elites culturales y políticas (y con una buena proporción de mujeres), los estudiantes de la nueva carrera comenzaron a ver la posibilidad de desarrollar una carrera como profesor universitario (o de enseñanza media) como una vía de ascenso social. Para quienes no contaban con otros medios, posibilidades o capitales más allá de la obtención de un diploma universitario, la carrera antes que un espacio de formación donde ampliar sus horizontes culturales en vistas al desarrollo de una función elevada en la administración estatal o privada, devino un ámbito decisivo para dar respuesta a sus anhelos de progreso⁶. Según Florestan Fernandes, uno de aquellos jóvenes científicos, con un origen social ciertamente humilde, la afirmación de la autonomía de la labor intelectual y el fuerte énfasis en la defensa de los patrones y la metodología científica (que asumió al comienzo de su carrera) constituían una respuesta al proyecto original de las elites:

Puestos delante de las expectativas conservadoras de los “dueños del poder”, mis compañeros de generación y yo no procuramos incorporarnos a las elites culturales del país: nos apegamos a un radicalismo científico, que sirviese, al mismo tiempo, como un escudo protector y un recurso de auto-afirmación. Por tanto, no cerramos filas con el “liberalismo esclarecido”, que veía, en la creación de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras o de la Escuela Libre de Sociología y Política, un mecanismo de renovación del poder de los estratos dirigentes de las clases dominantes, empeñados en la defensa de la hegemonía paulista. Procuramos legitimar un área propia de autonomía intelectual y lo hicimos en nombre de la “ciencia” (Fernandes, 1977: 14).

Por su parte, la ELSP experimenta una profunda reorientación a partir de la llegada de Donald Pierson en 1939. Formado en la Universidad de Chicago, el sociólogo norteamericano, mantendrá y reforzará la vocación por la investigación empírica –introduce en el medio local los estudios de comunidad– pero, dejando de lado el perfil técnico o aplicado originalmente contemplado por la institución, le dará una orientación decididamente distinta. La formación y el conocimiento producidos en la Escuela ya no tenían como destinatarios al Estado y a las empresas sino al propio mundo académico. En ese marco, y como expresión institucional de esa vocación, se crea la sección de posgrados y se establecen una serie de equipos de trabajo cuya principal función era iniciar a los jóvenes científicos sociales en el oficio de la investigación como práctica académica. A través de sus iniciativas, la influencia de la sociología norteamericana (o, más precisamente, de Chicago) y su impronta empírica se hacían sentir en las ciencias sociales brasileñas.

El perfil de sociólogo que se termina configurando en San Pablo, sociólogo académico, docente e investigador de tiempo completo, que reconoce en la realización de sus estudios de posgrado un rito de pasaje crucial –y cuya personificación paradigmática,

⁶ Se podría decir que fueron las propias elites las que contribuyeron a esa reorientación de los estudios y del perfil de la institución: las nuevas generaciones, sin demasiado interés por las nacientes ciencias sociales y su promesa de ilustración, siguieron optando por las disciplinas más tradicionales (abogacía, medicina, ingeniería) (Limongi, 1989a).

como es usual referir, fue el propio Florestan Fernandes (quien se forma en el grado y doctorado en la USP y realiza su maestría en la ELSP)–, contrasta fuertemente con aquel que, por esos mismos años, emergía en el otro polo intelectual y político del momento: Río de Janeiro, ciudad tan próxima pero a la vez tan distante de San Pablo.

La sociología y las ciencias sociales conocieron en la entonces capital federal un decidido impulso. Ciertas fracciones de la elite carioca, de manera similar a sus pares cariocas, confiaban en el papel relevante que esas disciplinas, junto al desarrollo de la educación superior, podían cumplir para el progreso de su sociedad. Es, en ese marco, que en 1935 se funda la Universidad del Distrito Federal (UDF) y que en 1939 se crea su sucesora, la Facultad Nacional de Filosofía (FNFi), donde se incorporó la carrera de Ciencias Sociales.

Ahora bien, a diferencia de lo ocurrido en San Pablo, las instituciones académicas tuvieron marcadas dificultades para asegurarse ciertos márgenes de autonomía en sus labores y organización, permaneciendo por lo general mucho más expuestas a los cambios ideológicos y políticos del momento. Creadas en el contexto de la promoción de un Estado fuertemente centralista, en particular a partir de la instauración del Estado Novo en 1937, las autoridades gubernamentales procuraron mantener un control férreo en la orientación general de los estudios y los contenidos enseñados. La elección del cuerpo docente estuvo, en ese marco, sujeta a la autorización presidencial, respondiendo, como se podía esperar, más a una lógica “política” de reparto de cargos que a una lógica “académica” (Lippi de Oliveira, 1995). Frente a los principios de valoración y criterios de selección paulistas que hacen que el acceso a las posiciones docentes estuviese mediado por la institución del concurso (para lo cual resultaba indispensable tener un doctorado y una producción intelectual reconocida), lo que tendía a decidir la incorporación a los medios universitarios en Río eran las “credenciales” político-militantes (o, más sencillamente, la protección de algún “padrino” con acceso a los círculos de poder capaces de asignar los cargos) (Miceli, 1989). La propia iniciativa de incorporar profesores extranjeros (según el modelo paulista) no permaneció ajena a esa lógica: el ingreso de los profesores estuvo condicionado a su confesión de fe católica. “La falta de autonomía didáctica y administrativa [llevó] a la ausencia de una carrera universitaria y, principalmente, a la ausencia de un espacio social donde debería llevarse a cabo la vida académica” (Lippi de Oliveira, 1989:260). Si los controles ideológicos se relajaron con la caída del Estado Novo y la reapertura democrática a partir de 1945, la vinculación de la práctica intelectual con la política se mantuvo.

En ese marco, la actividad de investigación se disoció de la actividad docente tal como se desarrollaba en los medios universitarios. Por un lado, la carrera de Ciencias Sociales de la UNFi se organizó, a diferencia de sus pares cariocas, a partir de las dedicaciones simples, asumidas por un cuerpo de profesores poco especializado sin demasiada experiencia de investigación. Por el otro, frente a la inestabilidad y politización de la universidad, surgieron entre los años cuarenta y sesenta, una serie de centros académicos independientes que, con financiamiento de instituciones internacionales pero también del propio Estado, impulsaron fuertemente la actividad de investigación, (desarrollando, en consonancia con el clima y agenda promovidas por el desarrollismo, ambiciosas encuestas sobre estructura de clases, desarrollo económico, educación, relaciones raciales. (Maio, 2009).

Si por lo general tales instituciones gozaron de mayores márgenes de autonomía frente a lo que ocurría en las instituciones oficiales, ello no quiere decir que permanecieran “encapsuladas” o indiferentes frente a la dinámica política que agitaba su sociedad. Lejos

de ello, consideraban la sociología como un insumo indispensable para orientar los cambios sociales, tuvieron en varios casos, entre los que destaca el Instituto Superior de Estudos Brasileiros (ISEB), una decidida vocación por intervenir e impactar en la esfera pública como un agente de cambio. Para los sociólogos cariocas, la disciplina no debería tener pruritos a la hora de participar en las disputas ideológicas que agitaban su sociedad. Según Guerreiro Ramos, quien promovía una sociología práctica que debía trabajar en "mangas de camisa", la disciplina debía asumirse como un medio de autoconsciencia social a través del cual, en la medida en que fuese difundiendo e ilustrando a mayores franjas de la población, "la nación pued[iera] comprenderse a sí misma y descifrar objetivamente sus problemas" (Ramos, 1965: 78).

De acuerdo a los sociólogos cariocas, la disciplina tampoco debía tener reparos a la hora de responder a la demanda, en una era de planificación creciente, por un conocimiento "interesado" o técnico susceptible de orientar e iluminar las opciones de las fuerzas políticas y de los funcionarios que tomaban las decisiones. Aún más, el propio sociólogo no debía rehuir las tareas ejecutivas o de consultoría solicitadas por las grandes empresas y gobiernos, debiendo estar listo para proponer planes de acción, diseñar reglamentaciones, establecer normativas (Almeida, 1989).

Frente al sociólogo como académico de San Pablo, los cariocas preferían afirmar, tal vez en una sintonía más ajustada con el proyecto original promovido por las elites sociales, al sociólogo como ideólogo, como técnico o incluso como administrador de las instituciones que debían impulsar la modernización de la sociedad. Como afirma Almeida, la producción de la sociología en Río de Janeiro "no se dirigía a la comunidad académica, ni tampoco a los cultores del conocimiento diletante y desinteresado. Al revés, los destinatarios de las ciencias sociales eran la ciudadanía esclarecida y, antes que ella, las elites políticas del país" (Almeida, 1989: 216).

Como puede verse, las diferencias entre el caso carioca y paulista son ciertamente marcadas. Mientras en San Pablo los científicos sociales incorporados en la ELSP y la USP encontraron ahí un empleo de tiempo completo (es decir, se profesionalizaron), para sus contemporáneos cariocas su inserción universitaria no era más que una de sus actividades, ciertamente prestigiosa, pero a la cual no le dedicaban lo esencial de su tiempo y energía. En muchos casos, miembros de la elite local, estaban más interesados en participar de las disputas políticas y gravitar en las esferas de decisión estatales⁷, careciendo, por lo tanto, de la disposición o inclinación necesarios para entregarse a la vida académica como una actividad exclusiva. De perfil híbrido, asumían diversas tareas: en la facultad eran profesores universitarios; en los centros independientes de investigación eran investigadores, en la esfera pública, los partidos políticos y el Estado eran ideólogos, funcionarios o directamente políticos. Como apunta Miceli,

En rigor, sólo existió una vida académica en la acepción de las experiencias europeas o norteamericanas en la Universidad de San Pablo, entendiéndose por eso una actividad profesional permanente de docentes e investigadores en condiciones de hacer de la universidad el centro de su vida personal (afectiva y profesional), el lugar de sus realizaciones, el espacio privilegiado de sociabilidad, el horizonte último de sus expectativas de mejoría social, la instancia decisiva de reconocimiento del mérito científico e intelectual. Sin ninguna duda, la experiencia

⁷ Varios de ellos lograron acceder a puestos de confianza política en alguna institución estatal o incluso devinieron legisladores.

universitaria paulista pudo ser viable en conexión directa con el fracaso y vaciamiento del proyecto inaugural” (Miceli, 1989: 86).

Tales contextos sociales e institucionales no podían dejar de condicionar visiones o concepciones divergentes sobre el rol de la sociología y de los sociólogos en su sociedad. La implicación política y práctica de los intelectuales cariocas, su “compromiso” con la intervención en la “realidad social concreta”, devino un elemento de diferenciación polémica frente a la sociología más estrictamente académica practicada en San Pablo. Ésta, en respuesta, señalaba el sesgo “ideológico” –o “pseudo-científico”– de quienes de manera injustificada apelaban a la autoridad de la ciencia y el saber para justificar posiciones políticas (Forjaz, 1997). Mientras en San Pablo, motorizado en buena medida por el accionar de los docentes extranjeros, transmisores de una cultura académica que reivindicaba fuertemente la autonomía académica, predominó un ejercicio más autocentrado de la sociología, en Río de Janeiro se afirmó, en contrapartida, una vocación más definida por la intervención política e ideológica y la vinculación con públicos más extendidos.

Ahora bien, el énfasis en la autonomía y en los principios científicos no deberían hacernos pensar que la sociología paulista era concebida como una empresa sin otra finalidad que la búsqueda del conocimiento como un fin en sí mismo, indiferente a las orientaciones y destino de la sociedad en que se desarrollaba. Lejos de ello, y tal como la pensaba su máximo animador, Florestan Fernandes, la sociología debía constituirse como un saber capaz de participar en los procesos de reforma social a partir de una comunicación fluida entre comunidad científica y sociedad a través de la cual la primera podía suministrar recapitulaciones lúcidas sobre el sentido de los problemas sociales y los desafíos que era preciso encarar. Tal vocación “ilustradora” no se realizaba, y allí está la diferencia con su par carioca, desde una participación directa en el Estado o en la arena política e ideológica, sino desde una actividad académica (capaz, sin embargo, de influir en la opinión pública) (Vianna, 1994). Los servicios que la disciplina podía ofrecer a los diversos actores sociales, su aporte para la evaluación y eventual solución de determinados problemas de la coexistencia humana (como aquel vinculado al desarrollo y la democratización que fue ganando terreno entre los propios paulistas con el paso del tiempo) se realizaba solamente después de que los resultados de sus descubrimientos, surgidos de investigaciones acotadas y no de ensayos ambiciosos e “imaginativos” pero poco “rigurosos”, fuesen sometidos al escrutinio y discusión de la propia comunidad científica (Arruda, 2009).

La instauración de la dictadura militar a partir de 1964 produjo una fuerte inflexión en la trayectoria de la sociología y las ciencias sociales en Brasil. El accionar de las autoridades combinó una definida intervención represiva, tendiente a cortar los lazos de la intelectualidad progresista con públicos más amplios, con una política de expansión y “modernización” de las instituciones académicas y científicas. Si bien esa política no tenía a la sociología y las ciencias sociales como principales destinatarias, terminó favoreciéndolas con un volumen de recursos y apoyos que estimuló un desarrollo institucional sin precedentes. Tales factores, el repliegue de las discusiones políticas e ideológicas de la esfera pública y la persecución de aquellos sociólogos de mayor visibilidad pública, por un lado, y el incremento de recursos disponibles para la formación de posgrado e investigación, por el otro, favorecieron la constitución de una actividad o práctica sociológica más volcada sobre sí misma o “encapsulada”, donde los destinatarios eran, de manera central, los propios pares (Vianna, 1994).

Como respuesta a ello, sin embargo, florecieron algunos centros privados de

investigación que, financiados generosamente por diversas agencias internacionales, pudieron desarrollar, una actividad de investigación que aun cuando debía desligarse de las expresiones ideológicas típicas del período anterior, pudo abocarse a la discusión de temas de la coyuntura política y social. A esas investigaciones, por supuesto, se sumaban otras cuyas temáticas estaban condicionadas fuertemente por quienes ofrecían los recursos y que no siempre coincidían con las motivaciones de quienes debían realizar los estudios (Sorj, 2001). Tales centros, entre los que cabe mencionar al Centro Brasileiro de Análise e Planejamento (CEBRAP), al Centro de Estudos de Cultura Contemporânea (CEDEC) y al Instituto Universitário de Pesquisas de Rio de Janeiro (IUPERJ), verdaderos refugios para quienes habían sido expulsados de la universidad, tuvieron un rol central en la oposición al régimen militar y en los debates y polémicas en torno al retorno a la democracia (Lahuerta, 2001). Tal visibilidad contrastaba fuertemente, según podremos ver, con lo que ocurría con los centros privados en Argentina en aquellos años.

Inspirándose en el modelo norteamericano, la dictadura se propuso llevar a cabo una política fuertemente "modernizadora" de la enseñanza superior con el fin de lograr una vinculación más estrecha con las necesidades del sistema productivo. Para ello, buscó estimular la práctica de investigación en las universidades a través de la promoción y estímulo de los programas de posgrado, de maestría y de doctorado. Se trataba, según los promotores de tales medidas, de "articular las actividades de enseñanza e investigación, que hasta entonces –salvo raras excepciones [como la de la USP para el caso de las ciencias sociales]– estaban relativamente desconectadas" (Martins, 2009:16). Se establecieron entonces la titulación de posgrado y la dedicación exclusiva –con la obligación de investigar, participar de eventos científicos y de publicar regularmente– como requisitos indispensables para quienes quisieran volcarse a la vida académica. Se buscó, en ese sentido, asociar la retribución económica y la progresión docente a la titulación académica (Unzué, 2013)⁸.

Esas iniciativas contaron con un generoso respaldo económico. A la fundación de instituciones promotoras de la investigación científica, como la Financiadora de Estudos e Projetos (FINEP) que tuvo un rol central para el desarrollo de las ciencias sociales en Río de Janeiro (Blundi, 1997), se sumó el fuerte aumento presupuestario de otras ya existentes – el Centro Nacional de Desenvolvimento Científico y Técnico (CNPQ) y la Coordenação de Aperfeiçoamento do Pessoal de Nivel Superior (CAPES)–. Además, en el caso de los estados más ricos (como San Pablo y Río de Janeiro), las actividades científicas contaron con el fomento de las agencias estaduais. La época del denominado "milagro brasileño" fue en términos de los recursos destinados a la sociología y las ciencias sociales una edad dorada (Miceli, 1995).

Lo anterior, como señala Vianna, no dejaba de presentar un carácter ciertamente paradójico pues las autoridades militares no tenían en su proyecto de país un lugar destacado para la labor de los intelectuales vinculados a la sociología y las ciencias sociales. Su política de investigación y desarrollo tenía como principal objetivo a las ciencias naturales, de las cuales esperaban la producción de conocimientos que

⁸ El cambio fue decisivo. Como afirma Rubim: "Es con la creación de los programas de posgrado -como espacios de enseñanza e investigación- que las ciencias sociales en Brasil conquistaron un nuevo significado y un nuevo espacio explícito en constitución de un campo intelectual. Lo que anteriormente a este período estaba sujeto a iniciativas individuales, se transformó en un campo formador de profesionales fuertemente marcados por una identidad: la de ser cientista social (Rubim, 1996:6).

consolidaran el desarrollo de un capitalismo moderno y vigoroso. Su vinculación con las ciencias sociales, a diferencia de lo ocurrido hasta entonces en Brasil con otros gobiernos, estaba signada por una profunda indiferencia, cuando no por una marcada hostilidad (en su visión, buena parte de los sociólogos habían participado activamente en la conformación del clima “subversivo” que había puesto en peligro la seguridad del país, clima que había justificado su intervención en el ámbito político) (Vianna, 1994).

Sin embargo, la capacidad de negociación o presión que ciertas franjas o sectores de la comunidad sociológica y las ciencias sociales pusieron en juego, así como el reconocimiento por parte de las burocracias estatales de las asociaciones profesionales que nucleaban a los sociólogos y otros científicos⁹, fueron centrales en el direccionamiento de buena parte de la inversión en ciencia y educación superior hacia las ciencias sociales (Míceli, 1995). Así, si en las universidades los profesores habían perdido cierto poder de decisión pues el gobierno de esas instituciones estaba en manos de rectores que respondían a las autoridades políticas, pudieron, sin embargo, ejercer un fuerte influjo en los órganos de financiamiento (Pécaut, 1990). Esa capacidad fue tal que los fondos públicos llegaron incluso a financiar parte de las actividades de los centros privados de investigación, que, como se mencionó, incluían entre sus filas a sociólogos e investigadores fuertemente críticos del régimen militar. Sin una orientación sustantiva o temática –sólo pedía “excelencia académica”–, quienes accedían a ese financiamiento gozaban de una marcada autonomía (siempre y cuando no fueran temas abiertamente políticos) a la hora de fijar sus intereses (Blundi, 1997).

A la conformación de una vasta red de posgrados, sin equivalentes en el Cono Sur, se sumó la formación de una amplia serie de vinculaciones internacionales a través del envío de jóvenes graduados a realizar sus posgrados en el exterior (García, 2006). De ese modo, la sociología y las ciencias sociales, lejos de quedar aisladas de los centros de producción mundiales, como podría esperarse en el marco de un contexto represivo, se desarrollaron en fuerte diálogo con el exterior. Tal internacionalización fue favorecida también por el apoyo de varias agencias extranjeras que, además de financiar a los centros privados, estimularon aquel intercambio. Paralelamente, cabe destacar que gracias al apoyo brindado a diversas universidades federales, la sociología desembarcaba en los estados más periféricos de Brasil. Si ese movimiento no rompía con la hegemonía del tradicional eje San Pablo-Río de Janeiro, disminuyó su peso relativo. Para dar cuenta de la magnitud de los cambios y la apuesta por vincular investigación y docencia, cabe recordar que el número de docentes (no sólo de las ciencias sociales) en universidades públicas con dedicación exclusiva se triplica entre 1974 y 1980 (llegando a 32.000) (Pécaut, 1990).

Como puede verse, la relación de la sociología y las ciencias sociales con el Estado, pese a la indiferencia u hostilidad de las autoridades políticas que gobernaron Brasil por veinte años, mantuvo una fortaleza que permitió su consolidación y expansión. Como señala Pécaut, la dictadura mantuvo una relación contradictoria con el campo intelectual y las ciencias sociales: si “las reprime con mano pesada”, también las “financia generosamente [favoreciendo un] desarrollo sin precedentes [...] Se dedica poco a ‘cooptar’ e incentivar una cultura oficial, pero actúa como si fuese imposible destruir todas las redes por las cuales el Estado apoya el desarrollo de la ciencia y de la cultura” (Pécaut, 1990: 196).

⁹ Nos referimos a la Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais (ANPOCS) y la Sociedade Brasileira para o Progresso da Ciências (SBPC).

En ese marco, y en dirección contraria a los procesos de “desinstitucionalización” ocurridos en Argentina en aquellos años, la sociología y las ciencias sociales se expanden y profesionalizan sus formas de actuación en la academia. Entre la tradición de Río de Janeiro más “politicada” y aquella de San Pablo más “profesionalizada”, que reconoce un patrón específico para el desarrollo de la sociología y enfatiza como su locus propio la academia, es esta última, en buena medida, la que se recupera y reactualiza en el nuevo contexto. No parece pues exagerada la afirmación de Trindade cuando refiere que hacia el final de la dictadura las ciencias sociales se habían constituido como “un nuevo *métier*” (Trindade, 2007:130). Ese nuevo *métier* aseguraba las condiciones adecuadas para el desarrollo de la actividad de investigación con los subsidios y los recursos necesarios para la formación de las nuevas generaciones, con la organización de los posgrados y la amplia disposición de becas; pero también, conllevaba, como contraparte insidiosa, una cierta “burocratización” y “ensimismamiento” de la actividad intelectual, con el excesivo tiempo dedicado a presentaciones e informes de rendición de cuentas, una investigación que tendía a rutinizarse a fin de renovar sin demasiados inconvenientes el financiamiento, la producción “en serie” de artículos o libros colectivos que progresivamente iban reemplazando a obras de mayor aliento como los libros y monografías (Ortiz, 1990; Vianna, 1994).

El período que se abre con la vuelta de la democracia en 1985, pese a una inicial merma en los recursos destinados a la educación superior y al financiamiento de la investigación –motivada por la crisis de fines de los años ochenta–, continuó el proceso de expansión y desarrollo de la sociología y las ciencias sociales en el medio académico pero también fuera de él. Por un lado, la recuperación de una mayor autonomía de las universidades que se libran del control político e ideológico impuesto por los militares, la fortaleza de la comunidad sociológica a la hora de negociar financiamiento así como el mayor número de estudiantes que ingresan en las carreras de ciencias sociales y en los cursos de posgraduación favorecieron la consolidación de la sociología como práctica académica, integrada por una comunidad numerosa que, dado su volumen, ha venido diversificando sus intereses y orientaciones en el marco de un fuerte proceso de especialización. Por otra parte, se produce un incremento en el número de graduados que favoreció, como veremos más adelante, una diferenciación de los perfiles profesionales.

Cabe señalar, finalmente, que recientemente se ha producido la incorporación de la enseñanza de la sociología como materia obligatoria en el nivel de enseñanza medio. Esa iniciativa, que retoma una tradición de la sociología en Brasil rastreable en sus propios orígenes, cuando, como vimos, las elites que promocionaban su institucionalización como disciplina universitaria veían también con buenos ojos el rol de la disciplina en la formación secundaria, conllevó una marcada expansión de las carreras de sociología y ciencias sociales (en particular de los profesados) tendiente a satisfacer la demanda de profesores que semejante iniciativa conlleva¹⁰. Si lo anterior asegura un mercado ampliado

¹⁰ La sociología está presente en las escuelas desde 1925, con el pionero Colegio Pedro II, en Rio de Janeiro. En las décadas de 1920 e 1930 hubo una expansión de la enseñanza de la disciplina que, sin embargo, fue interrumpida con una reforma educativa de los años cuarenta que retira, coincidiendo con el momento en que empezaban a salir las primeras cohortes de graduados de los cursos de Ciencias Sociales, la obligatoriedad de

de trabajo para los sociólogos, da cuenta, más profundamente, de la legitimidad y receptividad que la disciplina ha podido construir a lo largo de su trayectoria en Brasil. Sea cuales sean las posiciones de la propia comunidad sociológica al respecto, es claro que la incorporación de la disciplina al currículo secundario acuerda una mayor visibilidad y una audiencia o público ciertamente más amplio.

3. La trayectoria de la sociología en Argentina

Desde la fundación de la primera carrera a mediados del siglo pasado, la sociología en Argentina ha tenido una trayectoria accidentada. Las cambiantes coyunturas políticas nacionales sumadas a la aparición de profundas controversias entre los sociólogos –que superaron en intensidad a las propias de todo ámbito académico–, delinearon una historia en la que resaltan las rupturas sobre las continuidades. Lejos de un progresivo proceso de institucionalización, como aun con inflexiones ocurrió en Brasil, se produjo una sucesión conflictiva de etapas, donde las referencias intelectuales, las formas de trabajo e incluso el propio sentido de la sociología variaban sustancialmente. Cada etapa, que no duraba más de cinco o seis años, se presentaba como refundacional e impugnaba lo hecho hasta entonces. Sólo a mediados de los años ochenta, coincidiendo con la recuperación del orden democrático, comienza un período de relativa estabilidad que, en buena medida, se extiende hasta nuestros días. Si los observadores o analistas suelen reconocer los avances que desde entonces, y en particular en la última década, se han dado en materia de institucionalización de la disciplina en el medio académico (con la recuperación del número de estudiantes, la creación de nuevas carreras, el desarrollo de un amplio entramado de grupos de investigación el estímulo al sistema de posgrados y becas de formación), la insatisfacción frente al carácter “insuficiente” de ese proceso (Pereyra, 2010), la calidad de las investigaciones realizadas (Murmis, 2007), o el lugar relativamente marginal que la sociología ocupa en el espacio o discusiones públicas (Svampa, 2008; Sidicaro, mimeo) es, en contraposición con lo que se observa en Brasil, moneda corriente.

El derrotero accidentado de la sociología en Argentina estuvo condicionado por el escaso grado de consenso sobre la naturaleza de la disciplina que había entre quienes se reconocían y pretendían ser reconocidos como sociólogos (Blois, 2008; Diez, 2010). En efecto, desde sus orígenes, la sociología argentina se caracterizó por una pluralidad conflictiva de sectores o grupos heterogéneos que se impugnaban y excluían unos a otros. Sin reconocerse como interlocutores válidos, esos sectores no se veían como miembros de una misma comunidad disciplinaria. Antes bien, promovieron sus propias publicaciones, asociaciones o espacios de intercambio, contribuyendo de esa manera a la formación de circuitos intelectuales paralelos, donde los cruces eran escasos. Las disputas y diferencias fueron tales que, según reconocía un observador contemporáneo, no era posible hablar de una sociología en singular: lo que había era una serie de “sociologías” que, cuando no se ignoraban, se descalificaban mutuamente (Delich, 1977).

la sociología en la escuela secundaria. Tal situación llevó a Costa Pinto a escribir su tesis de habilitación sobre el rol de la sociología en la escuela. En 1961, la disciplina volvió a ser enseñada pero fue nuevamente desplazada a partir del golpe de 1964. Luego de una activa campaña promovida por las asociaciones y sindicatos de sociólogos vuelve a ser admitida en 2008.

Sin dudas, aquellas diferencias eran reforzadas por las diversas posiciones políticas con las que, más o menos explícitamente, esos grupos o sectores se identificaron. En el contexto de una sociedad (y de un escenario intelectual) fuertemente atravesada por marcadas divisiones ideológicas –de particular intensidad a partir de mediados del siglo pasado (Sarlo, 2001; Terán, 1991)–, las diferentes formas de entender y practicar la disciplina expresaban clivajes que iban más allá de consideraciones estrictamente disciplinarias. La opción por una determinada metodología, enfoque o referencia teórica podía ser leída o interpretada por los propios actores como una definición directamente política. En un “campo” sociológico poco estructurado, los factores “internos” y los “externos” resultaban indisociables y se reforzaban mutuamente (Rubinich 1994). Según han destacado varios observadores, la politización de la sociología en Argentina, fenómeno que se dio en varios países del mundo –incluido, como vimos, Brasil–, dada la debilidad de sus instituciones científicas y el carácter incipiente del desarrollo de la investigación en las universidades, tuvo efectos particularmente desestabilizadores para la institucionalización y consolidación de la práctica académica (entendida como una actividad permanente de docencia e investigación tal como, según vimos, se daba paralelamente en San Pablo) (Beltrán, 2005; Rubinich, 1999; Sidicaro, 1993)¹¹.

La imbricación de las diferencias disciplinarias y políticas resulta particularmente visible cuando se considera el derrotero de la principal institución de la sociología argentina: la Carrera de la Universidad de Buenos Aires¹². Allí, durante buena parte de su historia, el predominio o avance de una “sociología” u otra fue indisociable del clima político y social más general. El acceso de una –y la exclusión o repliegue de las otras– acompañaba, en efecto, los vaivenes de la coyuntura política: los recambios en las autoridades gubernamentales coincidieron por lo general con renovaciones profundas del plantel docente. Las cesantías e incorporaciones sin otros argumentos que las filiaciones políticas o ideológicas fueron, en ese marco, moneda corriente (Blanco y Jackson, 2008)¹³. La institucionalización de la sociología en Argentina y sus vaivenes indican, de ese modo, la validez de lo observado por Sigal (1991) cuando afirma que las periodizaciones políticas

¹¹ Para una visión alternativa sobre la cuestión de la autonomía, Cf. Beigel (2010). Para un análisis del caso chileno, donde la politización no conllevó esos efectos gracias al decidido apoyo estatal para la profesionalización de las ciencias sociales, ver Diez (2008).

¹² Fundada en 1957, la Carrera de Sociología de la UBA constituye la carrera más antigua del país. Ubicada en la ciudad capital, a lo largo de los años y pese a una trayectoria sumamente accidentada, ha podido mantener una presencia central en el ámbito de la sociología local. Ese protagonismo estuvo fundado en factores materiales –fue la institución que contó con la matrícula de estudiantes más elevada y el plantel docente más amplio–, pero también intelectuales: por un lado, la mayoría de los sociólogos más reconocidos se formaron en este espacio y una buena parte de ellos formó parte de su cuerpo docente a lo largo del tiempo; por el otro, varias de las más célebres polémicas o discusiones de la sociología local, que aún hoy movilizan las reflexiones de las nuevas generaciones sobre la sociedad argentina, fueron motorizadas por graduados o profesores de la UBA. Cabe señalar, en este sentido, que la investigación sobre la historia de la disciplina en Argentina no ha dejado de reconocer este protagonismo, estando la mayor parte de los estudios referidos a esta institución o a individuos que pasaron por ella. Este carácter relativamente “unipolar” del caso argentino, con la UBA como centro, contrasta con la realidad brasileña donde existieron –al menos– dos polos intelectuales de peso (Río de Janeiro y San Pablo).

¹³ Lo anterior, por supuesto, no era un fenómeno exclusivo de Sociología. Antes bien, fue un rasgo que signó el derrotero de la UBA en el que, entre 1930 y 1983, no fue inusual que los cambios en el gobierno nacional alterasen “en diferentes grados las reglas de funcionamiento de las instituciones universitarias, modificando los cuerpos docentes y las jerarquías establecidas, las formas de reclutamiento, los criterios de consagración, etc.” (Blanco y Jackson, 2008:2).

proporcionan un marco posible para una historia de la vida intelectual y académica durante el siglo XX.

Ya la propia fundación de la Carrera en 1957 se da en el marco del escenario abierto con el derrocamiento del peronismo y el movimiento de cambios y reforma iniciado entonces en la Universidad. En esa coyuntura, signada por una fuerte crítica del régimen recientemente depuesto y la sospecha de todo aquel que hubiera permanecido en la institución en el pasado inmediato, Gino Germani, que había participado activamente en los espacios intelectuales de oposición, pudo liderar un proyecto de creación institucional que excluyó a quienes hasta ese momento habían tenido a su cargo la enseñanza de la sociología en la UBA y en otras universidades del país (Neiburg, 1998). Según su visión, esos docentes no eran más que un conjunto de aficionados –o “sociólogos de cátedra” como despectivamente los llamaba–, incapaces de practicar y enseñar la sociología de acuerdo a los estándares mundiales (estándares que era urgente introducir en el medio local) (Germani, 1964).

La creciente complejidad de la sociología así como su constitución como una ciencia positiva dedicada a la investigación empírica, impedían su desarrollo de manera “amateur”. Lo anterior justificaba la exclusión de los “anticuados” profesores en favor de la emergencia de una nueva figura: el sociólogo “profesional”¹⁴. El flamante director de la Carrera planteaba, de ese modo, un fuerte clivaje entre aquellos que, reivindicándose como sociólogos, competían por un mismo espacio intelectual¹⁵. Desconocía así los esfuerzos por institucionalizar la disciplina que se habían venido desarrollando desde que a fines del sigloXIX se fundara la primera cátedra de sociología en el país (Pereyra, 2007)¹⁶.

¹⁴ Según Germani, la sociología constituía una disciplina científica que debía enseñarse como carrera específica en las universidades y desarrollarse como actividad profesional. Ambas definiciones –la sociología como “ciencia” y la sociología como “profesión”– se hallaban, según insistía una y otra vez, inextricablemente unidas. En efecto, el desarrollo de la sociología como una ciencia no sería posible si su cultivo no era asumido como un trabajo de tiempo completo. Inversamente, tampoco era posible hacer de la sociología una profesión, en condiciones de jugar un rol específico en el sistema de profesiones de la sociedad moderna, si no era desarrollada como una ciencia. En ese marco, era preciso reemplazar “al antiguo profesor, abogado, político, administrador, para quien la cátedra universitaria era el apéndice honorífico de su profesión principal, en el mejor de los casos fecundo ensayista, capaz de incursionar con desenvoltura en el campo de la literatura, la filosofía, el derecho o la sociología, mediocre aficionado la mayoría de las veces (Germani, 1964:1)”.

¹⁵ Además de excluirlos del cuerpo de profesores de la nueva carrera, Germani propició la creación de la Asociación Sociológica Argentina, institución de corta vida que, en competición con la Sociedad Argentina de Sociología, dominada por los sociólogos de cátedra, buscó lograr el reconocimiento de las instituciones representativas de la disciplina a nivel mundial. En sus estatutos, contra quienes mantenían una actividad profesional no vinculada a la “profesión”, la flamante institución imponía como requisito presentar título universitario específico (o, en su defecto, tener una actuación y trabajo que comprobaran un nivel equivalente) y, además -y muy importante-, tener una dedicación exclusiva a la disciplina sociológica, sea en actividades académicas o no académicas (ASA, 1961). Sobre las disputas entre la ASA y la SAS, Cf. Blanco (2004 y 2006). Sobre los sociólogos de cátedra y su figura más emblemática, Alfredo Poviña, puede verse Díaz (2013).

¹⁶ Entre tales antecedentes, cabe mencionar la fundación del Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en 1940, en el que su director, Ricardo Levene, buscó federar la labor de los profesores de sociología en las distintas cátedras dispersas a lo largo del país. Sus trabajos de investigación aparecieron en el Boletín del Instituto de Sociología de la UBA, la primera revista “estrictamente” sociológica publicada en Argentina (González Bollo, 1999; Pereyra, 2005). Cabe mencionar que el Instituto había desarrollado relaciones con algunas asociaciones internacionales (como el IIS) y operado como base para la fundación de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). Al respecto, pueden verse Blanco (2005), Pereyra

En ese marco político y social tan particular, Germani pudo gozar de un amplio poder de iniciativa y acometer una empresa que podía comenzar “de cero”, sin buena parte de las limitaciones o concesiones que suelen imponérsele a los proyectos renovadores. En este contexto, y a diferencia de otras iniciativas fundacionales, como la creación de la licenciatura en antropología, que debió reconocer mayores continuidades con lo que se venía haciendo, “la sociología rompió ruidosamente con el pasado y se adhirió a nuevos modelos teóricos y prácticas de investigación” (Murmis, 2007: 59). Ahora bien, ¿cuál era la idea de sociología que Germani buscaba promover? ¿Cuál era, según su visión, la función o papel de la “nueva” disciplina? ¿De acuerdo a qué orientaciones debían formarse los futuros profesionales?

Según Germani, la sociología constituía, antes que nada, un discurso capaz de proveer una orientación racional a la acción social de diversos actores e instituciones. En un marco signado por la crisis de las tradiciones, la sociología debía ofrecer, según insistía una y otra vez, los marcos de inteligibilidad, el flujo de informaciones y los diagnósticos necesarios para asegurar una acción “inteligente” y “planificada” de la sociedad sobre sí misma. En ese sentido, la disciplina, lejos de ser una empresa intelectual sin otros destinatarios que los propios sociólogos, a ser cultivada como un fin en sí mismo, constituía una herramienta indispensable a la hora de lidiar con los conflictos que se producían en las sociedades contemporáneas. “Ciencia de las épocas críticas”, la sociología no podía contentarse con ocupar un lugar marginal y poco visible. Debía, por el contrario, devenir una referencia en el medio académico, en el campo intelectual y en la esfera pública. Era preciso pues romper con una sociología que, como la sociología de cátedra, había permanecido “encapsulada” en discusiones entre pares, sin conexión con los problemas y urgencias de su sociedad, limitada al comentario “estéril” de teorías sociales importadas y de los grandes pensadores del siglo XIX (Germani, 1968). El sociólogo italiano era enfático: de la efectiva implicación de la disciplina en los debates públicos, dependían, en buena medida, los destinos de la sociedad contemporánea. Dado lo anterior, el sociólogo era –y no podía dejar de ser sin faltar a su verdadera y profunda vocación– alguien fuertemente comprometido con lo que ocurría más allá de los muros universitarios¹⁷. La sociología debía ser una disciplina académica, con docentes-investigadores dedicados de manera exclusiva a la producción de un conocimiento autónomo y creativo (de ahí el énfasis de Germani en la promoción de ese tipo de dedicaciones en la universidad), pero también, y de manera no menos central, debía constituirse como un saber capaz de participar en diversas instituciones colaborando en la resolución de los “problemas sociales concretos” (Germani, 1956). La sociología “aplicada” tenía, en esta visión, un rol central: además de poner a prueba los conocimientos producidos en el medio académico, debía asegurar la participación del conocimiento sociológico en el proceso de producción cotidiana de la sociedad, evitando una excesiva –y esterilizante– autonomización de la disciplina (Blois, 2012).

Si la sociología debía orientar al conjunto de actores o instituciones que integran una sociedad, para el sociólogo italiano, había, no obstante, un interlocutor privilegiado: el

(2007b), Scribano (2005). Llamando la atención sobre estos antecedentes, una nueva generación de investigadores ha criticado la interpretación germaniana de la historia de la disciplina en el medio local que estable como parteaguas fundamental la fundación de la Carrera en 1957. Cf. Blanco (2004) y Pereyra (2007).

¹⁷ La preocupación por descifrar la naturaleza del peronismo constituyó, en este sentido, un intento por posicionar la sociología, en tanto disciplina científica, como discurso reconocido en el espacio público, capaz de contribuir a la interpretación e intervención sobre los desafíos del momento (Neiburg, 1998).

Estado. Sea a través de la consultoría realizada desde las instancias académicas o directamente a través de la incorporación de los sociólogos a la planta estatal en tanto “profesionales expertos”, la disciplina tenía que orientarse a satisfacer las demandas de una institución que, según un extendido consenso al que Germani adhería, debía intervenir fuertemente en la sociedad. Tal intervención tendría como fin producir un progreso social y económico que, según se pensaba, no sobrevendría por evolución espontánea o *laissez faire* (Blanco, 2006b). Así, lejos de mantener distancias o construirse contra el Estado, como discurso escindido y crítico de esa institución, la sociología debía alimentarse de las preocupaciones estatales y ofrecerle sus herramientas y conocimientos, indispensables para cualquier acción planificada (Germani, 1956)¹⁸.

Ahora bien, entre esa intención o expectativa original y la efectiva vinculación que la sociología promovida por Germani y el Estado tejieron en esos años hubo una marcada distancia. Aun cuando, como veremos más adelante, ciertas instituciones estatales incorporaron algunos de los primeros graduados de la Carrera, lo cierto es que el vínculo fue ciertamente problemático. Sucede que, a diferencia de lo ocurrido en Brasil, la creación de la Carrera de la UBA no fue un proyecto propiciado por las elites sociales y políticas. Lejos de ello, constituía una iniciativa liderada por un intelectual con vocación por la creación de instituciones que, sin demasiadas vinculaciones con los sectores que controlaban el poder estatal, supo lograr la adhesión de un grupo activo de estudiantes, jóvenes graduados y militantes universitarios así como consolidar una alianza con los sectores modernizantes que asumieron el control de la UBA a partir de 1955 (Germani, 2004; Noé, 2005). Si tuvo la posibilidad de proyectar e impulsar esa iniciativa fue, en buena medida, debido a la particular coyuntura que se vivía en esa institución, signada por una marcada independencia del poder gubernamental, situación que aseguró su control a ciertas franjas de las clases medias en ascenso (Buchbinder, 2004). Como apunta Murmis,

el gobierno militar posibilitó los profundos cambios académicos del posperonismo [pero] el proceso no resultó de su intervención directa para mejorar la vida universitaria sino de una reacción a las presiones de la comunidad universitaria: particularmente activos en la oposición a Perón, los estudiantes estuvieron en condiciones de obtener un control de facto de las universidades [...] La alianza, efímera, será rota por el intento gubernamental de autorizar universidades privadas, esencialmente católicas, que suscitó un intenso conflicto” (Murmis, 2007: 58).

¹⁸ La visión de Germani sobre la naturaleza de la disciplina y su papel en las sociedades contemporáneas tomó cuerpo en la orientación que dio a la Carrera. Si el énfasis en la investigación empírica estuvo expresado por la fuerte presencia de materias metodológicas así como por la introducción de los estudiantes en la tarea concreta de investigación (a partir del requisito de las horas de investigación), la dimensión práctica aparecía, entre otros aspectos, reflejada en ciertos elementos del plan de estudios. En ese sentido, se contemplaba la oferta de un “Certificado de especialista en Sociología aplicada” para los graduados. Ese certificado tenía como requisito el haber aprobado los cursos de la licenciatura que acreditaran una “especialización en una rama de la Sociología Aplicada” y el haber “cumplido las prácticas de aplicación anexas a las materias sociológicas correspondientes a la especialización misma” (“Guía de informaciones”, 1962: 83). Mientras el plan dejaba abierta la posibilidad de establecer distintas especialidades, la primera orientación disponible fue “Psicología social”, oferta que aprovechaba las nuevas materias del flamante Departamento de Psicología. Por su parte, la posibilidad de realizar materias optativas en la Facultad de Ciencias Económicas apuntaba en el mismo sentido. Esos cursos estaban ciertamente más conectados con la “práctica” que buena parte de las materias de otras carreras disponibles en la Facultad de Filosofía y Letras. Al respecto, Cf. Blois (2012).

Muestra del escaso interés estatal por la nueva disciplina, y en marcado contraste con la disposición de las elites brasileras para sustentar la importación y el desarrollo de las ciencias sociales, cabe recordar que parte esencial del financiamiento de la empresa liderada por Germani, aquel que permitía realizar trabajo de campo –actividad fundamental según la definición de sociología que se buscaba poner en juego–, enviar a jóvenes sociólogos a formarse en el exterior, invitar profesores extranjeros para brindar cursos así como armar la primera biblioteca de sociología y ciencias sociales actualizada del país, provino de instituciones extranjeras (como la Fundación Ford y la Fundación Rockefeller). Aún más, buena parte de los recursos del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)¹⁹ que financiaron las becas de algunos de los discípulos de Germani no provenía tampoco del erario público sino de un subsidio de la fundación Ford (Diez, 2008). Si Germani buscó tender puentes con quienes controlaban el Estado, señalando los potenciales servicios que la “nueva” disciplina podría ofrecer, lo ocurrido en la Carrera a partir del golpe de 1966, con la intervención de las autoridades militares y la desarticulación de su proyecto, dan cuenta de la debilidad de los lazos que pudo construir²⁰.

La problemática relación con el Estado no sería la única dificultad. Lejos de ello, y al poco tiempo de fundada la Carrera, el veloz aumento de la matrícula impuso una fuerte reorientación. La novedosa carrera, cabe recordar, suscitó una fuerte demanda que superó las expectativas más optimistas: mientras en su primer año de actividades se habían anotado sesenta y siete alumnos, para 1966 los inscriptos eran más de mil setecientos (Noé, 2005). Tal masificación, sin dudas, fue un obstáculo difícil de superar para un esquema de carrera donde la transmisión del oficio de investigación a partir de una práctica seguida de cerca por docentes-investigadores de tiempo completo, era central. El aumento del número de estudiantes obligó desde temprano a incorporar, al lado de los profesores con dedicaciones exclusivas, a un amplio plantel de jóvenes docentes con dedicaciones simples (Murmis, 2007)²¹.

Sin embargo, el problema central no fue el número de estudiantes sino sus orientaciones y expectativas. Lejos de ver en la sociología una simple carrera como cualquier otra de las que se ofrecían en la universidad, capaz de preparar en una profesión a ser desarrollada en la academia o fuera de ella, los futuros sociólogos, en el marco de un proceso de politización creciente, que movilizaba a de amplias franjas de la juventud y del escenario intelectual, buscaron en la realización de sus estudios una forma de participar e integrarse en las discusiones y prácticas políticas del momento. La sociología para buena parte del alumnado movilizado no era una profesión. Constituía –y debía constituir– una forma de militancia capaz de aportar a los cambios de tipo revolucionario que parecían avicinarse en la sociedad argentina. En ese contexto, como era esperable, lo que Germani tenía para ofrecer resultaba poco atractivo, suscitando resistencias cada vez más desembozadas.

¹⁹ Institución creada en 1958 y en la que Germani pudo lograr la inclusión y reconocimiento de la sociología y las ciencias sociales. Sin embargo, como apunta Diez, en relación al período que se cierra en 1976, “el área de ciencias sociales siempre se ubicó en los últimos lugares, tanto en la cantidad de becas como en el monto de los subsidios y cantidad de investigadores incorporados” (Diez, 2008:54).

²⁰ Por supuesto, lo ocurrido en Sociología era parte del proceso más general de interrupción del proceso de modernización universitaria encarado a partir de 1955.

²¹ A diferencia de Brasil, donde el ingreso a la universidad estuvo siempre limitado por algún tipo cupo o examen, en Argentina, salvando algunos períodos como aquel de 1976-1983, el ingreso fue por lo general libre e irrestricto (Buchbinder, 2004).

En un momento en el que “el imperialismo devino la clave interpretativa de la realidad” (Terán, 1986), la incorporación de algunos autores y teorías de la sociología norteamericana a la enseñanza así como el vínculo que Germani había anudado con ciertas fundaciones de ese país que, como indicamos proveyeron importantes recursos, devino motivo de denuncia y acusación. Las orientaciones del estudiantado confluyeron con aquellas propias de un grupo de profesores –discípulos del propio Germani– que, con un mejor ajuste al nuevo clima de época, no dudaron en denunciar a la sociología promovida a partir de 1955 como parte de una “penetración imperialista” al servicio de la dominación “interna” y la sujeción “externa” (Blois, 2008; Noé, 2005)²².

En un marco crecientemente hostil, que recortaba sus márgenes de iniciativa, Germani decidió fundar un centro de investigaciones privado donde refugiar sus actividades de investigación y dirigir los fondos provenientes del exterior (cuyos donantes no veían con buenos ojos el “desorden” que agitaba de manera creciente al escenario de la universidad pública) (Pereyra, 2006)²³. De ese modo, una de las apuestas que habían orientado la fundación de la carrera –y que la habían distinguido de la sociología anterior–, la estrecha vinculación entre docencia e investigación, se malograba quedando, de un lado, la docencia, ejercida en la universidad, y del otro, la investigación, ejercida en instituciones privadas (Diez, 2010). Tal divorcio se consuma, sin embargo, a partir del golpe militar de 1966 que, como es sabido, promovió una violenta intervención en la UBA que se tradujo en el alejamiento de la mayoría de los profesores reclutados por Germani –aquellos justamente que contaban con dedicaciones exclusivas–. Una vez más, los vaivenes de la política nacional condicionaron fuertemente la vida dentro de la Carrera.

Las autoridades interventoras buscaron reclutar docentes vinculados al catolicismo a quienes pensaban afines al régimen militar²⁴. Sin embargo, en el contexto de fuerte politización del estudiantado y de renovación y politización del pensamiento social de algunas franjas de la iglesia, los nuevos profesores no tardaron en asumir una orientación crítica, basada en posiciones nacionalistas, antiimperialistas y de izquierda (Fernández, 2010), a tono con las expectativas de los estudiantes. Tal reorientación convergió también con las expectativas de buena parte de los docentes asistentes que, heredados de la etapa anterior, habían participado en el movimiento de resistencia a Germani, procurando vincular de modo más estrecho la sociología con la práctica política y el debate ideológico.

²² Así, para dar un ejemplo, Verón sostenía: “mientras el imperialismo norteamericano consolidaba la dependencia tecnológica de la economía argentina, las fundaciones norteamericanas invertían en la consolidación de la tecnología de las ciencias sociales en la universidad argentina” [En esas condiciones, la sociología] genera un discurso donde la penetración imperialista es trasmutada a nivel ideológico en la imagen de un proceso de “desarrollo económico y social” orientado a una creciente racionalidad propia de la “sociedad industrial”, discurso del que todo cuestionamiento de la dominación interna y externa está rigurosamente ausente” (Verón, 1974:48).

²³ El centro, creado en el Instituto Torcuato Di Tella, se llamaba Centro de Sociología Comparada y, con otro nombre, siguió en funciones luego de que Germani abandonara el país en 1966. Sobre el Di Tella, puede verse, King (2007). La generación de una red de instituciones culturales o científicas alternativas a la universidad no era una novedad en el medio local. Durante el peronismo, el propio Germani, junto a buena parte de la intelectualidad opositora al régimen, había participado del Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES) (Blanco, 2006).

²⁴ Entre ellos estaban Gonzalo Cardenas y Justino O’Farrell, uno de los cuales asumió la dirección de la Carrera en esos años, habían dado clases en la carrera de la Universidad Católica Argentina (UCA), creada en 1959 como respuesta “humanista” y “católica” al proyecto “liberal” y “secularizador” impulsado por Germani (Aramburu y Giorgi, 2013).

Comienza, así, contra las expectativas de los interventores (que si no tenían un proyecto claro para Sociología, tenían al menos la declarada intención de limitar el carácter contestatario del movimiento estudiantil) (Buchbinder, 2005), una etapa signada por la fuerte radicalización política²⁵.

La sociología, según el nuevo consenso, debía asociarse de manera estrecha con el movimiento de “liberación social y nacional” que parecía en marcha. Más que como un académico o técnico que fundaba su accionar en una ciencia, la figura del sociólogo fue asociada a la del intelectual crítico comprometido con la discusión pública o directamente a la del militante político y social. Su papel, en uno y otro caso, era el mismo: contribuir al desarrollo de la conciencia revolucionaria de los sectores dominados, aportar al “momento teórico” de una “praxis revolucionaria” orientada a transformar la sociedad argentina. Circunscribir la práctica de la disciplina a un ejercicio meramente académico constituía una injustificable evasión de la realidad cuando no era asociada, lisa y llanamente, a una complicidad inocultable con el orden social vigente. Desarrollar una “sociología aplicada” era señalado como la asunción sin matices o atenuantes de la perspectiva y los intereses de las clientelas. Según se pensaba, el sociólogo que ofrecía sus servicios “en un mercado ampliado” devenía un “tecnócrata” que debía abandonar de manera ineludible cualquier compromiso con el cambio social progresista porque tal tendencia podría “atemorizar a muchos clientes potenciales” (Verón, 1974: 56).

La única audiencia legítima de la sociología debían ser quienes estaban comprometidos con una transformación radical de la sociedad. En la medida en que el Estado, las empresas privadas y las fundaciones internacionales no estaban consustanciadas con tal meta, la sociología debía construirse contra ellos. La ruptura con la “sociología científica” no podía ser mayor.

Se comprende entonces la configuración, en ese contexto, de circuitos alternativos con escasos cruces. De un lado, la Carrera inmersa en un proceso de radicalización política e impugnación de la sociología como profesión²⁶, dominada por las dedicaciones simples y la carencia de recursos para la investigación, lo que (junto a la crítica al estilo “empirista” promovido en la etapa anterior) contribuía a la producción de una sociología más cercana al ensayo²⁷. Del otro, los centros de investigación privados dedicados a la investigación empírica, sostenida por recursos extranjeros. En ningún caso, encontramos al Estado apoyando y estimulando el desarrollo de la sociología. Se comprende, además, la escasa influencia que los sociólogos, desde la Carrera o desde los centros, pudieron ejercer sobre una institución poco receptiva a sus labores. Así, mientras una sociología permaneció cuestionando fuertemente su accionar como inevitablemente funcional a la reproducción de un orden social que era preciso revolucionar, la otra se mantuvo inserta en un modo de

²⁵ Es en ese contexto que surgen las denominadas “cátedras nacionales”. Al respecto, puede verse Barletta (2002), Moscona (2010) y Rubinich (1999).

²⁶ En tal contexto no eran inusuales definiciones como la siguiente: ...frente al problema general de la Sociología, yo quisiera decir que en primer lugar yo no me defino como sociólogo, sino como socialista revolucionario, que por la división del trabajo que se da en esta sociedad y que yo no instauré, se me acuerda la posibilidad de ser un intelectual, de ser un profesor universitario [...] La respuesta es simple y lógica: o la Sociología sirve como instrumento capaz de apoyar cambios de tipo político, o no me interesa como profesión (Portantiero citado en *Panorama*, 1971:43).

²⁷ Algunos representantes de la sociología más politizada promovieron una recuperación del ensayismo local contra el desinterés que habían mostrado Germani y sus discípulos por esa producción. Al respecto es ilustrativa la polémica entre Delich (1967) y Carri (1968). Sobre la vinculación de Germani y el ensayismo, Cf. Blanco y Jackson (2013), Rubinich (1994), Saítta (2004).

producción del conocimiento cuya principal destinataria era la comunidad académica internacional.

La relación conflictiva de la sociología con el Estado alcanzó su punto más alto hacia mediados de los años setenta. En 1975, antes del golpe de Estado que inaugura la última dictadura militar, se produjo una nueva intervención de las autoridades políticas en la UBA que buscaba reprimir, esta vez de manera decisiva, el activísimo revolucionario y el ambiente contestatario. Fruto de lo anterior, varios sociólogos debieron exiliarse. En ese marco, la Carrera fue cerrada y su plantel docente desplazado. Unos años después, en 1977, fue reabierta en condiciones irreconocibles. Emplazada en la Facultad de Derecho, en un conjunto de aulas de su sótano, su ubicación expresaba la valoración que tenían las autoridades universitarias y políticas de una carrera que, dada la incertidumbre sobre qué destino darle, pudo haber sido cerrada²⁸. Los nuevos profesores tenían una formación poco especializada en la disciplina: las sucesivas “sociologías” que se habían sucedido en el control de la institución fueron excluidas por igual. Aprovechando este vacío, su lugar fue ocupado por docentes con escasas vinculaciones con la Carrera²⁹. Hubo, como consecuencia, una fuerte baja del número de estudiantes, una novedad en el marco de la tendencia de una matrícula que, en el clima de optimismo modernizador primero y de fuerte politización después, siempre se había mostrado ascendente. La persecución política y la baja calidad de la enseñanza llevaron a los jóvenes que, aun en el clima represivo vigente, quisieran estudiar sociología, a elegir universidades privadas³⁰ (Blois, 2009).

En contrapartida, la labor de los centros académicos independientes se consolidó. Claro, para ello debió reforzar su bajo perfil y escasa proyección social o política. Funcionando al filo de la censura oficial, el desarrollo intelectual en los centros, visible en los temas escogidos y en la forma de abordarlos, respondía más a las orientaciones de quienes desde el exterior ofrecían los recursos que a demandas o inquietudes del medio local. Sin conexiones con actores o públicos más amplios, dado el clima represivo, las preocupaciones de sus investigadores estuvieron fuertemente permeadas por agendas elaboradas en otros espacios o campos intelectuales (Blois, 2012). El contraste con lo ocurrido con algunos centros en Brasil no podría ser mayor.

El retorno de la democracia abrió una nueva etapa en el desarrollo de la sociología en Argentina. Una vez más, un cambio en el escenario político coincidía con el inicio de una profunda reorientación de la disciplina. Si bien en un clima de fuertes restricciones

²⁸ Cabe señalar que desde su creación en 1957 hasta la actualidad la Carrera de Sociología ha funcionado en más de una veintena de lugares diferentes. Como apunta Bonaldi, ello “refleja, en parte, una accidentada trayectoria institucional marcada por rupturas y discontinuidades al calor de los acontecimientos políticos nacionales [pero] es también un indicador de la compleja y conflictiva relación de la sociología con el *establishment* universitario local. La falta de un edificio apropiado o la histórica escasez de los recursos mínimos de funcionamiento son consecuencia del pobre desempeño económico de la Argentina en su conjunto durante el último medio siglo, pero también de la posición subordinada e infravalorada de la sociología y de las ciencias sociales en general” (Bonaldi, 2009:135).

²⁹ Sobre la situación de la Carrera durante la dictadura, Cf. Perel (2007) y Raus (2007).

³⁰ Nos referimos centralmente a la Carrera de la Universidad del Salvador que había sido fundada en 1962 y que durante la dictadura sirvió de refugio para algunos de los docentes que habían sido expulsados de la UBA. Allí, la actividad central era la docencia y, en un marco signado por el predominio de las dedicaciones simples, la investigación no se veía favorecida (Blois, 2009).

económicas, en esos años comienza un período de reconstitución y desarrollo de las instituciones de enseñanza e investigación. Por un lado, la Carrera de Sociología de la UBA inició una fase de reorganización signada por el reemplazo de los docentes de la dictadura y la conformación de un nuevo cuerpo de profesores, algunos de los cuales volvían del exilio. A ello se sumó una política del Rectorado que, considerando la investigación científica como una función esencial de la universidad, retomó la inversión en becas de iniciación y perfeccionamiento así como en subsidios para proyectos colectivos de investigación (los denominados UBACyTs). Por otro lado, el CONICET abandonó los mecanismos de “discriminación ideológica” (Bekerman, 2009) que durante la dictadura habían afectado fuertemente a las ciencias sociales condicionando el acceso a becas, nombramientos y subsidios para la investigación.

La renovación general de las ciencias sociales estimulada por la recuperación de su entramado institucional hizo que, con la multiplicación de becas, de grupos de investigación y de espacios donde ejercer la docencia, la inserción académica deviniera una opción posible para un creciente número de sociólogos. Ese desarrollo fue de la mano de la construcción de un sistema de posgrados, nivel que tradicionalmente había permanecido postergado en el medio local. Si hasta entonces eran poco los ámbitos que ofrecían esta formación, se inaugura entonces una intensa expansión, de particular fuerza en la sociología y las ciencias sociales (García de Fanelli, 2001). Ese proceso, tal como sucedía en Brasil desde hacía varios años, le daba a la vocación y carrera académica una organización más formal y la encauzaba institucionalmente. Para los graduados, en efecto, ello perfilaba un camino más claro de formación una vez terminados sus estudios, al tiempo que mejoraba sus posibilidades laborales en un mercado de trabajo cada vez más sensible a ese tipo de titulaciones. Para los sociólogos ya formados ofrecía un ámbito adicional donde ejercer la docencia. En el mismo sentido, operó la creación de una serie de universidades, privadas tanto como públicas, durante los años noventa³¹. En ese marco, comienza, además, un marcado proceso de ampliación y heterogeneización de las prácticas profesionales de los sociólogos (Rubinich y Beltrán, 2010).

Gino Germani y la “sociología aplicada”

Según Germani, el proceso de crecimiento y complejización de la sociología producía ya en su tiempo un proceso de especialización y diferenciación de funciones dentro de la comunidad sociológica. En su visión, fruto de ese proceso se habían configurado tres “subdivisiones” o campos disciplinarios. Por un lado, estaba la “sociología teórica” que, con una orientación nomotética, estudiaba los hechos sociales para formular proposiciones de validez general. Por otro lado, estaba la sociología “descriptiva” que, con una orientación idiográfica, tenía por objeto conocer una sociedad particular. Finalmente, estaba la “sociología aplicada” cuyo propósito principal era preparar soluciones inmediatas para los “problemas sociales” (Germani, 1956:65). Si las primeras dos subdivisiones tenían como destinatarios principales a los propios sociólogos y científicos sociales, la última tenía como público principal a las instituciones de la sociedad civil y al Estado.

³¹ Si durante los años ochenta la administración radical había restringido el otorgamiento de permisos para la fundación de nuevas instituciones, a partir de la década siguiente hubo un fuerte giro: mientras en 1985 había 20 instituciones universitarias privadas, sólo diez años después la cifra era de 44 (Buchbinder, 2005:228). Por otra parte, entre 1989 y 1995 se crearon seis nuevas universidades nacionales: Quilmes, La Matanza, General Sarmiento, General San Martín, Tres de Febrero y Lanús. Esa oferta se amplió también en la última década.

Ahora bien, esa “división del trabajo” entre los sociólogos y sus diferentes roles no afectaba (ni debía afectar) la “unidad de la sociología”. Pese a sus distintas orientaciones y espacios de inserción, las diferentes subdivisiones compartían, según Germani, los mismos fundamentos epistemológicos y metodológicos: aquellos propios de “la ciencia en general” (Germani, 1956: 63). Por ello, antes que indiferencia o conflicto, lo que debía haber eran relaciones de mutua colaboración e intercambio, en el marco de la “conexión más estrecha posible”. Más allá de su complejización y diversificación, la sociología era siempre una y la misma. Trabajara en la universidad, en un centro privado de investigación, en una empresa privada o en una dependencia estatal, un sociólogo, según esta mirada, desarrollaba una práctica orientada por idénticos fundamentos. Dar soluciones a un público o cliente determinado no constituía una desviación u obstáculo para el ejercicio de la disciplina. Mientras los sociólogos orientasen sus acciones de acuerdo a los principios del grupo imponiendo una cierta independencia de criterio en la forma de dar respuesta a las demandas y no se identifiquen, por ello, con los intereses inmediatos de sus clientes, su labor constituía un valioso insumo para la disciplina en su conjunto. La sociología aplicada “no se halla en contraste con la posibilidad de aprovechar sus resultados o su metodología, desde el punto de vista teórico. Al contrario, este tipo de investigación puede ofrecer oportunidades para realizar observaciones e incluso experimentos en condiciones particularmente favorables” (Germani, 1956: 65).

Si la sociología desarrollada en la academia, en tanto ciencia “básica”, podía aparecer gracias a su amplia autonomía como la principal fuente de los hallazgos y desarrollos científicos, la sociología aplicada, siempre en diálogo con la académica, era un elemento indispensable para que esos hallazgos y desarrollos tuvieran algún efecto concreto en la realidad social, verdadera razón de ser de la sociología en su conjunto. Cabía pues a la sociología aplicada una tarea central: asegurar que el saber disciplinario orientara y moldeara efectivamente la construcción de las instituciones sociales, evitando cualquier autonomización excesiva (o alienación) de los sociólogos de su sociedad y, algo no menos fundamental, recordar en todo momento que la búsqueda del conocimiento sobre lo social emprendida por la sociología no debía nunca asumirse como un fin en sí mismo.

Más recientemente, en su célebre propuesta por una “sociología pública”, en un sentido muy afín a lo afirmado por Germani cincuenta años antes, Michael Burawoy ha llamado la atención sobre la necesidad de vincular las diversas prácticas de los sociólogos en una “lógica cooperativa”. Según este autor, el desarrollo y crecimiento cuantitativo de la disciplina llevó a una diversificación y especialización de distintas sociologías que, aun cuando formen parte de un mundo relacional en el que cada una influye sobre el resto, no siempre dialogan entre sí, tendiendo por el contrario a funcionar como esferas compartimentadas. Sobre la base de dos criterios -tipo de audiencia a la que se dirige (académica o extraacadémica) y tipo de conocimiento que producen (instrumental o reflexivo)- distingue cuatro tipos de sociología. La “sociología práctica”, que opera al servicio de un fin definido por un cliente, procurando proveer soluciones a problemas que le vienen dados; la “sociología pública” que participa en la esfera pública desde una posición normativa, en vistas al cambio y la integración social; la “sociología académica” que elabora los cuerpos de conocimientos y los métodos de análisis que utilizan las otras sociologías; y, finalmente, la “sociología crítica” que examina los fundamentos descriptivos y normativos de la “sociología académica”. Para el ex presidente de la *American Sociological Association* es preciso limitar los conflictos y estereotipos que suelen oponer a estas sociologías en vistas de propiciar un diálogo que contribuya, como esperaba Germani, a una “mutua fecundación”. Los clivajes y la recíproca ignorancia, en su visión, no hacen más que debilitar a la disciplina en su conjunto. Cuando ello ocurre, las distintas sociologías sufren una serie de “patologías” derivadas de una afirmación excesiva de tendencias que les son propias. Si la académica exagera su autorreferencialidad, el

hecho de constituirse en lo esencial en un grupo de pares, deviene de manera ineludible “irrelevante” en términos sociales. Si la sociología aplicada se identifica directamente con los intereses del cliente, con los que inevitablemente tiene que lidiar, sin reclamar un mínimo de autonomía en la forma de responder a sus demandas, deviene “servil” (Burawoy, 2005).

4. Comparación de las dos trayectorias. Divergencias entre Brasil y Argentina

Cuando se consideran en clave comparada las trayectorias de la sociología en Brasil y Argentina saltan a la vista fuertes diferencias. Si bien es posible reconocer ciertas afinidades³², lo cierto es que los esfuerzos por institucionalizar y legitimar la disciplina realizados en ambos países tuvieron suertes diferentes. Mientras en Argentina el desarrollo de la sociología aparece signado por una sucesión accidentada de etapas, muy divergentes entre sí, en Brasil, en contraste, su devenir está marcado por una relativa estabilidad y un recorrido en el que, aun cuando no falten los momentos de crisis y reorientación profundos, predominan la continuidad y la progresiva institucionalización.

Como vimos, la inestabilidad argentina estuvo asociada a la inexistencia de un acuerdo entre los propios sociólogos sobre lo que debía ser la disciplina. Antes bien, los límites, las formas de trabajo y el propio sentido de la sociología fueron siempre objeto de álgidas luchas y disputas. Si para algunos, como Germani, la sociología era una disciplina científica que, aun cuando estuviese motivada por dar respuestas a las necesidades urgentes de su sociedad, debía distinguirse del discurso ideológico y político, para otros la idea de profesión no concitaba ningún interés y aparecía como una coartada que, en base a una falsa neutralidad, ponía al sociólogo a favor del manteniendo del orden vigente y al servicio de los poderosos.

En Brasil, por supuesto, no faltaron las controversias y disputas a la hora de definir el papel de la sociología y el rol de los sociólogos en la sociedad. Cabe recordar aquí las marcadas diferencias entre los estilos sociológicos que caracterizaron los dos polos intelectuales más importantes del país a mediados del siglo pasado: San Pablo y Río de Janeiro. Mientras en el primero, como vimos, predominó un ejercicio más autocentrado de la sociología, representado de manera típica por la USP, en Río de Janeiro se afirmó, en contrapartida, una definida vocación por la intervención política e ideológica directa, representado de manera típica por el ISEB. Ahora bien, a diferencia de lo ocurrido en Argentina, semejantes diferencias no impidieron el diálogo e intercambio entre quienes adherían a uno y otro estilo³³. Si no faltaron las críticas agudas y los argumentos filosóficos, el hecho mismo de la polémica demuestra el reconocimiento del otro como miembro de una misma comunidad disciplinaria.

Pero los derroteros de la sociología en Argentina y Brasil no pueden ser desvinculados de las particulares relaciones que la disciplina tejió en cada caso con el

³² Así, por ejemplo, es usual llamar la atención sobre la sucesión más o menos acompañada que, a grandes rasgos, siguieron las respectivas agendas temáticas a lo largo del tiempo: de una preocupación inicial por el desarrollo, se pasó a una vinculada con la dependencia y luego a otra asociada a la cuestión de la democracia (Svampa, 2008).

³³ Cabe recordar aquí las prolongadas polémicas entre Florestan Fernandez, Roger Bastide, Emilio Willems, Luiz Costa Pinto y Alberto Guerreiro Ramos. Al respecto, entre otros, puede verse, Bariani (2012) y Villas Boas (2006).

Estado. En Brasil, los sociólogos pudieron por lo general aprovechar la receptividad que a lo largo del tiempo esa institución tuvo hacia la disciplina. Esa vinculación, según indicamos, fue indisociable del rol central que las elites sociales y políticas dieron tradicionalmente a la ciencia y al saber especializado como factor clave para el desarrollo del país. Tal situación contrasta de manera marcada con lo ocurrido en Argentina durante buena parte del sigloXX donde la vinculación entre intelectuales, elites y Estado fue ciertamente problemática, como lo muestra la relación conflictiva de las autoridades políticas con las universidades públicas y el paralelo florecimiento de circuitos intelectuales alternativos y en disputa con los oficiales³⁴. El vínculo, cabe destacar, no fue distinto con otras instituciones de la sociedad civil (como los sindicatos, las organizaciones empresarias o los partidos políticos mayoritarios) donde raramente los intelectuales pudieron incorporarse o ser reconocidos como voces de peso. Entre esas instituciones y los intelectuales tendió a predominar una persistente desconfianza (Sigal, 1991). Los intelectuales, y entre ellos los propios sociólogos, pese a la tentativa de Germani, tendieron a definir su intervención e identidad “en contra” del Estado. Éste, como contrapartida, tendió a ignorarlos (cuando no a perseguirlos).

Como muestra de lo anterior recordemos la forma en que se produce la institucionalización de la sociología y las ciencias sociales como carreras universitarias en cada país. En Brasil, su incorporación fue una iniciativa de las elites sociales y culturales que buscaban, por esa vía, asegurar su liderazgo cultural y político a nivel nacional. De ahí su iniciativa para financiar la llegada de un conjunto de profesores e investigadores extranjeros. Aun cuando posteriormente los espacios de formación redefinieran sus metas y reclamaran, al menos en San Pablo, una mayor autonomía frente a las orientaciones de sus mentores, el apoyo no mermó (Miceli, 1989). No se trataba, en ese sentido, como ocurriría tiempo después en Argentina, de una empresa liderada por un “héroe modernizador” (Noé, 2005) sin nexos fluidos con las elites sociales y políticas, que debió conseguir buena parte de los recursos que su empresa precisaba de un conjunto de instituciones extranjeras (lo que luego, en un clima de politización creciente, terminó debilitando su proyecto). En el mismo sentido, cabe comparar el impacto que los golpes de Estado tuvieron en el desarrollo de la disciplina en uno y otro país. Frente al efecto fuertemente desarticulador experimentado Argentina, en 1966 tanto como en 1976, la dictadura brasileña inaugura una época dorada en el proceso de institucionalización y expansión de la sociología en Brasil, signado por la ampliación del sistema de posgrados, la expansión de las becas y la profesionalización de la práctica académica como una actividad exclusiva³⁵.

El apoyo de las elites y el Estado al desarrollo de la sociología y las ciencias sociales en Brasil favoreció, sin dudas, una vinculación internacional más sólida con los centros internacionales de la disciplina. Cabe recordar, la activa labor de reclutamiento de investigadores y profesores estadounidenses, alemanes y franceses llevada a cabo durante el período fundacional pero también la activa política de becas en el exterior promovida por las autoridades militares que hicieron que, aun en un marco de vigilancia y represión sobre

³⁴ Como el Colegio Libre de Estudios Superiores durante el primer peronismo o los centros privados de investigación en los años sesenta y setenta.

³⁵ Cabe señalar que mientras los militares brasileños propiciaban la vinculación entre la docencia y la investigación a través del desarrollo de un fuerte sistema de posgrados, sus pares argentinos buscaron deliberadamente su divorcio a partir del vaciamiento de los presupuestos universitarios en favor de una serie de institutos de investigación dependientes del Estado pero ajenos a las universidades. Las universidades, en su visión, debían concentrar sus esfuerzos en su labor docente (Bekerman, 2009).

el desarrollo de las prácticas académicas y científicas, la sociología se “internacionalizase” y construyera en un estrecho diálogo con la producción internacional (Trindade *et al.*:2007). En contraste, cabe recordar que los esfuerzos de Germani por traer profesores extranjeros y paliar así el déficit de recursos humanos que, según su visión, existía en ese momento, estuvieron financiados por los aportes de las fundaciones extranjeras. Más adelante, el proceso de internacionalización, lejos de ser apoyado por el Estado a partir del envío de jóvenes graduados a estudiar al extranjero, estuvo vinculado a la circulación impuesta a un buen número de sociólogos que debieron exiliarse y desarrollar sus actividades fuera del país (circulación que, cabe recordar, no estuvo ausente en Brasil).

Pero las diferencias entre la sociología brasileña y argentina saltan a la vista cuando se considera su inserción en el campo intelectual y político más general. Condicionadas sin dudas por la particular relación con las elites y el Estado, mientras en un caso se observa una relativa marginalidad, en el otro llama la atención el rol destacado que los sociólogos tuvieron como intelectuales públicos e incluso como políticos. Recordemos, como muestra de lo anterior, el papel de los centros privados de investigación surgidos como espacios intelectuales alternativos a las universidades en tiempos de gobiernos militares. Si los centros brasileños, fieles a la tradicional relación de los intelectuales con la política y el Estado, pudieron realizar una serie de investigaciones sobre la coyuntura político y social, y ganar, no sin resistencias, una fuerte visibilidad pública como espacios de oposición al régimen militar, en Argentina esos centros debieron mantener un perfil ciertamente más bajo, desarrollando sus actividades en la denominada “universidad de las catacumbas”: más conectados con las agendas y preocupaciones de quienes financiaban sus actividades desde el exterior que con las problemáticas “calientes” del medio local (Sábato, 1993). Como afirma Pécaut:

Brasil no es Argentina. En este último país, cada ruptura política se traduce en un gran crisis de las instituciones intelectuales –las universidades en primer lugar–, en el recambio de los grupos de intelectuales que presiden la definición de las propiedades del campo intelectual y de sus formas de clasificación [...] Nada de eso ocurre en Brasil. Las instituciones persisten, a pesar de la represión política [...] Nada simboliza mejor esa permanencia que el lugar ocupado por las ciencias sociales [durante la dictadura militar iniciada en 1964] que no sólo conocen un desarrollo sin precedentes –aún más notable por coincidir con los peores años de la dictadura– sino que también quedan más imbricadas que nunca en la interpretación de la coyuntura y sirven, tanto como en el pasado, para promover un “sentido común” político entre el amplio público que alcanzan (Pécaut, 1990: 262).

Sea como sea que se lo entendiese –como “cultura” capaz de contribuir a la formación de las elites, como una disciplina “científica” a ser cultivada en la academia, como “ideología” esclarecida que debía contribuir a la formación de la consciencia nacional–, el discurso sociológico en Brasil conquistó a lo largo del tiempo un lugar de marcada relevancia en la esfera pública. Es en ese sentido que Vianna afirma que cada “sociedad, por diferentes motivos y circunstancias, acaba por conceder preferencia a un cierto tipo de narrativa sobre sí misma, como a la de la música y la de la filosofía en la Alemania del siglo pasado, a la de la literatura en la Francia y la Rusia también en el mismo período, a la del cine y del periodismo en la América contemporánea. En el Brasil de hoy, parece ser un hecho innegable que la narrativa de la ciencia social ha sido seleccionada

como una de las formas de producir una representación de la sociedad sobre sí misma” (Vianna, 1998: 25). Difícilmente se podría sostener algo así para el caso argentino.

A lo largo del desarrollo anterior, hemos procurado reconstruir cómo se configuraron las trayectorias de la sociología en Brasil y Argentina intentando recuperar las orientaciones y tensiones que interactuaron en su formación. Sin pretender ubicar en el origen lo que se encontraba al final del proceso, buscamos captar las distintas influencias que podrían haber configurado otros derroteros. La perspectiva asumida, contra cualquier sesgo determinista, pretendió dar cuenta de las contingencias que signaron estos procesos, llamando la atención sobre aquellas orientaciones que podrían haber alentado otros tipos de desarrollos. Creemos que no se trata de ir hacia el pasado a buscar, en clave teleológica, las simientes de lo que posteriormente se terminó consolidando. A partir de tal reconstrucción, pudimos comprobar que la sociología en Brasil y Argentina presenta derroteros fuertemente contrastantes. Ahora bien, antes de pasar a la próxima sección, quisiéramos llamar la atención sobre una coincidencia fundamental que destaca por encima de las diferencias. El proceso de constitución e institucionalización de la sociología fue en ambos casos un proceso abierto, signado por fuertes reorientaciones, expectativas desmentidas, proyectos fallidos y consecuencias no buscadas. En ningún caso se trató de trayectorias lineales o predecibles. Lejos de ello, operaron una serie de elementos que –como los vínculos con el Estado, las relaciones con las elites, la incidencia de la política, las disputas entre los propios sociólogos, las orientaciones y perfil social de quienes decidían estudiar sociología– desmintieron, a partir de su interacción y síntesis no anticipada, las intenciones de quienes impulsaban su desarrollo. Basta recordar lo ocurrido con las carreras de la USP y la ELSP y su autonomización del proyecto de las elites sociales en Brasil, o la suerte del proyecto germaniano a poco de ser puesto en marcha. El proceso de diferenciación y especialización de las prácticas profesionales de los sociólogos que se desarrolla fuertemente en los últimos años, y que trataremos a partir de ahora, constituye un capítulo más en la historia de ambas disciplinas, signado también por la conjunción de una serie de procesos, elementos y desarrollos institucionales relativamente autónomos que continuaron reconfigurando o reformulando el papel de la sociología y de los sociólogos en su sociedad.

5. Los diversos mundos laborales de los sociólogos. Expansión y heterogeneización

El desarrollo y heterogeneización de las inserciones laborales de los sociólogos en los últimos años en Brasil y Argentina supuso dos condiciones. De un lado, el incremento del número de graduados y, del otro, la configuración de diversos espacios susceptibles de incorporar sus servicios. Oferta y demanda fueron, como ocurre con cualquier mercado, construyéndose a lo largo del tiempo.

En Argentina, desde la reinstauración de la democracia, el crecimiento del número de graduados fue constante. Si tomamos sólo el caso de la UBA, es posible constatar que desde 1961 (año en que egresan los primeros sociólogos) hasta 1983, se habían formado poco menos de 1700 sociólogos, desde 1984 hasta mediados de 2012 ese número llegaba casi a 3600. Por otro lado, en Brasil, tomando solamente los casos de la Universidad de San

Pablo y la de Campinas, el número de graduados entre 1970 y 2005 fue de casi 4500 (casi 3000 en la primera y alrededor de 1300 en la segunda) (Braga, 2011).

En un mismo sentido, el número de carreras fue en aumento. Si en Argentina en 1980 había solamente tres, existen actualmente veintidós. Tal evolución, cabe señalar, no mengua aún el lugar de relativa centralidad ostentado desde su fundación por la carrera de la UBA. En Brasil, por su parte, el número de carreras fue siempre mayor. Mientras en 2002, había 60 carreras, actualmente existen casi 120 distribuidas a lo largo del país (con clara concentración, no obstante, en el eje San Pablo-Río de Janeiro)³⁶. Tal aumento se explica, en buena medida (aunque no sólo) por la reciente y marcada expansión de las carreras de licenciatura (aquellas destinadas a formar profesores de sociología para la enseñanza media) en el contexto de la reincorporación de la sociología como disciplina obligatoria en las escuelas secundarias (Torini, 2012). Si bien no existen datos precisos sobre la población actual de sociólogos en cada uno de los países, Pereyra (2013) ha estimado una población de 4500 (considerando graduados de todas las carreras) y Bonelli (1993), por su parte, calculó esa cifra en 40 mil graduados en un estudio realizado hace algunos años en Brasil.

Por su parte, en ambos casos, los escenarios laborales experimentaron una fuerte expansión que reforzó aquella diferenciación. El imperativo de la modernización presente desde mediados de los años ochenta pero decididamente impulsado en la década siguiente propició la formación de un “mercado del saber experto” donde los sociólogos, junto a representantes de otras disciplinas, pudieron participar ofreciendo su particular *expertise* (Beltrán, 2010). Lo anterior se tradujo en una pauta de reclutamiento en la que tener un diploma universitario es cada vez más necesario pero a la vez cada vez menos suficiente. Ello hace que determinadas habilidades de los científicos sociales (como la capacidad de análisis, escritura, comunicación y organización de la información) devengan un valor diferencial, cada vez apreciado por diversas instituciones (Rubinich, 2010). “En un escenario con mayor oferta de profesionales universitarios, el título parece adquirir menos importancia como principal señal de calidad para los empleadores y, en esos casos específicos, los graduados de ciencias sociales pueden ser percibidos como detentores de ventajas competitivas frente a los graduados de otras áreas, dado el carácter amplio y eminentemente analítico de su formación, que les permite actuar en diferentes actividades” (Torini, 2012:104)³⁷.

El menú de opciones o posibilidades laborales disponibles para los sociólogos no fue el mismo a lo largo del tiempo. Como señala Bonelli para el caso brasileño, “el escenario de la profesión, si es visto históricamente desde su origen en el país, presenta una trayectoria en la que se mezclan pérdidas y ganancias en las posiciones y actividades desarrolladas en el mercado de trabajo. Mirado con el prisma de la competición interprofesional, las ciencias sociales han perdido algunos campos y conquistado otros de manera simultánea [D]esde el inicio de la constitución del campo, los científicos sociales fueron redefiniendo sus objetivos y alcance, condicionados por las disputas que tenían que

³⁶ Más allá de las diferencias de escala, las diferencias en la cantidad de carreras se debe a que, como indicamos, en Brasil la carrera de Ciencias Sociales incluye a sociología, antropología y ciencia política de manera indiferenciada. Esas disciplinas, en el caso argentino, se hayan constituidas como carreras separadas. Si se las suma, el número asciende a sesenta (con veintinueve de Ciencias Políticas y nueve de Antropología).

³⁷ La indefinición de una “jurisdicción” propia o exclusiva de los sociólogos sobre determinadas áreas de intervención o tareas, elementos que ciertos analistas destacan para enfatizar la debilidad de la sociología como “profesión”, es la contracara indisoluble de su gran versatilidad y adaptación a distintos escenarios.

enfrentar [con otros perfiles profesionales] y por el surgimiento de nuevas oportunidades” (Bonelli, 1993: 96). Así, dependiendo de un contexto sujeto a profundos cambios y a la evolución relativamente autónoma de ciertas instituciones como el Estado, las empresas y el tercer sector, las trayectorias o recorridos profesionales posibles variaron de una generación a la otra. Si quienes fueron desembarcando en nuevas áreas debieron hacer frente a un escenario relativamente poco institucionalizado, quienes los siguieron tuvieron que lidiar, merced al mayor número de graduados, con un panorama más competitivo. Eso, por supuesto, condicionaba las trayectorias laborales posibles para los miembros de cada cohorte o generación.

Tanto en Brasil como en Argentina, los estudios cuantitativos sobre las prácticas profesionales de los sociólogos y sus diversos escenarios de acción no son muy numerosos³⁸. En el primer caso contamos con los datos ofrecidos por diversas investigaciones que, sin embargo, estuvieron acotadas al estudio de ciertas poblaciones (como los graduados de alguna carrera en particular o los habitantes de algún estado, por lo general, San Pablo) sin pretensiones de elaborar un estudio representativo de la realidad nacional (Braga, 2011; Bonelli, 1993; Schwartzman, 1995; Steren dos Santos y Barreto, 2010). En Argentina, el panorama es aún más incipiente pues sólo contamos con los estudios realizados por el Laboratorio de Análisis Ocupacional de la FCS de la UBA (1991 y 2001) y una encuesta realizada a fines de los años noventa (Rubinich y Beltrán, 2010). Ahora bien, más allá de las discrepancias en la forma de clasificar y construir la información empírica que presentan esas indagaciones (rasgo que las vuelve incomparables), todas apuntan en un mismo sentido: aun cuando la práctica académica persiste como un núcleo relevante, ocupando por lo general a un cuarto de los graduados (en actividades de investigación y docencia), las otras prácticas, ciertamente muy diversas, son mayoría. Si, en el último relevamiento disponible, Braga (2011) encuentra que, entre los graduados de las cuatro principales carreras del Estado de San Pablo, 21,9% eran profesores universitarios y 4,5% eran becarios de posgrado, Rubinich y Beltrán (2010) encuentran que 18% eran profesores e investigadores universitarios y 8% becarios de posgrado³⁹.

Por sus objetivos y dimensiones, las múltiples esferas donde se insertan los sociólogos presentan importantes diferencias. Es en este sentido que algunos autores han destacado la conformación de un “campo de la sociología” extendido y heterogéneo

³⁸ Sin dudas, la escasa cantidad de estudios cuantitativos sobre aquello que los sociólogos hacen refleja, por un lado, el escaso interés que tal temática suscita en los medios académicos y, por el otro, la debilidad de las instituciones –consejos o colegios de profesionales- que buscan organizar y representar a los sociólogos como profesionales, se desempeñen dentro o fuera de la academia.

³⁹ A la hora de interpretar esos datos, preciso es tener en cuenta que muchas veces los sociólogos tienen más de una ocupación y, por ello, se insertan en más de una esfera al mismo tiempo. El conjunto de investigaciones mencionadas, sin embargo, por lo general pregunta por la “ocupación principal” (definida por ingresos, tiempo empleado o criterio subjetivo del entrevistado). Lo anterior es, sin dudas, una limitación que tiende a esconder las inserciones múltiples y los perfiles híbridos. En ese sentido, cabe preguntarse si las encuestas que imponen al individuo una definición su ocupación en base a una supuesta “ocupación principal” no estarían “forzando” el dato. Para quienes tienen un perfil profesional híbrido, clasificarlos en términos de uno de sus mundos de referencia constituye una imposición que desconoce la complejidad de sus labores. En este sentido, es preciso ser cautos con los datos cuantitativos que hemos aquí referidos. Como indica Bonaldi, antes de “interpretar cualquier dato secundario conviene reflexionar sobre cómo fue producido, pues bajo la apariencia de una simple e ingenua pregunta fáctica [en este caso sobre la “ocupación principal”] se encierran diversos problemas de orden teórico y metodológico” (Bonaldi, 2009:26).

conformado por un conjunto de “subcampos” profesionales, cada uno con una modalidad de trabajo particular y una lógica relativamente autónoma, visibles en las formas diferenciadas (más o menos impersonales) de acceso, las perspectivas de empleo más o menos estables, los mecanismos de asignación de recompensas y sanciones más o menos formales (Rubinich y Beltrán, 2010). A continuación analizaremos cuatro de estas esferas: la academia, el Estado, las empresas y el tercer sector. Nos proponemos dar cuenta de los condicionamientos sociales que pesan sobre la práctica de los sociólogos en cada una de esas esferas donde se insertan (signadas por diferentes grados de autonomía y una vinculación con públicos o clientelas diversos) y analizar algunas de las representaciones que suscitan.

5.1. La academia

El proceso de “profesionalización” y ampliación de las inserciones académicas no fue simultáneo en Brasil y Argentina. En Brasil, como indicamos en una sección anterior, es posible reconocer un punto de inflexión a comienzos de la década del setenta cuando se produce el inicio de una política de fuerte ampliación del sistema de posgrados y de apoyo a la investigación científica. Esa política multiplicó fuertemente las dedicaciones exclusivas y el stock de sociólogos con una alta calificación (Miceli, 2001). En Argentina, por su parte, ese desarrollo comenzaría, en una escala ciertamente más modesta, sólo a partir de la vuelta de la democracia, a mediados de la década siguiente, logrando sus mayores avances en los años noventa a partir de la difusión de las maestrías y con mayor fuerza en la década siguiente con la difusión de los doctorados de perfil académico (García de Fanelli, 2001; Unzué, 2013).

El surgimiento de un entramado más o menos denso de instituciones académicas, tanto en Brasil como en Argentina, fue de la mano con la consolidación de ciertas prácticas que caracterizan la vida académica en aquellos países donde esas actividades están más estructuradas: la realización regular de congresos, seminarios o jornadas científicas, la edición de revistas científicas así como la publicación de libros colectivos, la consolidación de grupos de investigación en las universidades donde se forman nuevos recursos humanos, el creciente protagonismo del artículo académico o *paper*, la formulación y presentación de proyectos para solicitar financiamiento a diversos organismos nacionales y extranjeros, la institucionalización de mecanismos de evaluación, etcétera⁴⁰.

Al tiempo que se fijaban o volvían más claras un conjunto de reglas o requisitos para insertarse y desarrollar una carrera en el medio académico, crecía la preocupación de los individuos por sumar antecedentes que robustecieran su *curriculum* personal, por producir pero también por acreditar conocimientos. En la medida en que las instituciones, a la hora de decidir el acceso a una beca o un concurso docente, premiaban las experiencias o

⁴⁰ La conexión con el extranjero, en ese marco, se volvió un criterio distintivo. La realización de un posgrado en el exterior, la participación en un congreso internacional, la publicación en un *journal* o *review*, la inscripción en proyectos con financiamiento externo fueron apreciados como símbolos de estatus o capacidad intelectual. En el caso brasileño, el acceso al financiamiento de la Fundación Ford, por ejemplo, además de la relevancia que tenía en términos materiales para ciertas instituciones, constituía también una reconocida fuente de prestigio. En un contexto donde la prédica contra el financiamiento externo nunca alcanzó la magnitud que tuvo en Argentina, recibir dinero de una institución extranjera podía incluso distinguir instituciones de “primera” y de “segunda” (Miceli, 2001).

“créditos” académicos, se fue dando un creciente “ensimismamiento” del mundo universitario respecto de las otras esferas sociales. Los temas y agendas pudieron ganar, en ese marco, una relativa autonomía frente a los debates o problemáticas más generales de la sociedad. Es en este sentido que un conjunto de observadores, ha llamado la atención sobre el proceso de “profesionalización” de la vida académica y ha resaltado el creciente protagonismo de la figura del “investigador científico” en detrimento de la del “intelectual público” implicado en los debates sociales más generales de fuerte presencia en el pasado (Kreimer y Blanco, 2008; Vianna, 1994).

Para ese investigador, la necesidad de publicar ha tomado un carácter más y más apremiante. En la medida en que se consolidan los mecanismos de evaluación periódica, la forma de producción y divulgación de resultados varía: las obras en formato de libro van cediendo el paso a los artículos y las compilaciones de artículos o capítulos en libros colectivos. Sin dudas, para los jóvenes investigadores no resulta sencillo –o conveniente– embarcarse en la producción de obras de mayor aliento cuyos resultados no puedan presentarse sino es al cabo de unos años. En el caso brasileño, tal preocupación con la productividad no constituye una consideración puramente individual. Por el contrario, las instituciones de fomento científico deciden los recursos que destinan a las instituciones donde se insertan (proyectos de investigación y becas para estudiantes de grado y posgrado) teniendo en cuenta, como una cuestión central, el número de publicaciones producidas por el cuerpo de docentes e investigadores. De ese modo, a la presión individual por publicar se suma aquella del grupo de pares. Trabajos referidos al sistema de evaluación de posgrados de la CAPES destacan, en este sentido, la presión que se ejerce sobre los docentes (Maués y Mota, 2011), quienes “son casi los únicos responsables por los resultados de [una] evaluación de los posgrados, que deja de lado o minimiza cuestiones como la infraestructura, o el apoyo técnico y financiero a los programas” (Unzué, 2012:58).

A diferencia de lo ocurrido en Brasil, la ampliación de las instituciones académicas en la Argentina se dio en un contexto de fuertes restricciones económicas⁴¹. Si el gobierno argentino que asumió en 1983 había favorecido una recuperación en los salarios de los docentes e investigadores así como un repunte presupuestario de las instituciones universitarias, las crisis inflacionarias primero y el imperativo del equilibrio fiscal en los años noventa, conllevaron una fuerte caída de los ingresos y recursos disponibles. A pesar de que no faltaron iniciativas tendientes a recuperar las remuneraciones y estimular las actividades de investigación, como el Programa de Incentivos o el Fondo para el Mejoramiento de la Calidad Universitaria (FOMECA), la dedicación a las actividades académicas no siempre aseguraba un nivel de ingresos considerado suficiente⁴² (Buchbinder, 2005).

Lo anterior colocó a los investigadores y becarios en Argentina ante una disyuntiva: vivir austeramente con “lo justo”, o volcarse a la “multiocupación”, es decir, dejar de lado el requisito de la dedicación exclusiva y realizar diversos trabajos (más o menos

⁴¹ Aun cuando se haya observado que la instauración de la democracia a partir de 1985 en Brasil y las sucesivas crisis económicas que tuvo que afrontar conllevaron por momentos un cierto retraimiento en el financiamiento de universidades y organismos de promoción científica (Trindade, 2007), en términos comparativos, la situación brasileña resulta mucho más favorable (como el mantenimiento de un importante apoyo a la investigación y el dominio de las dedicaciones exclusivas en el medio universitario lo demuestran).

⁴² Entre 1993 y 2003, el salario docente descendió para todas las categorías un 32% aproximadamente en términos reales. Desde ese momento comienza un proceso de marcada recuperación (Groisman y García de Fanelli, 2009).

calificados) para complementar o reforzar sus retribuciones. Muchos sociólogos optaron por esta segunda opción y, sin abandonar sus tareas académicas, incursionaron en otras esferas laborales⁴³.

Esa multiocupación y circulación por distintas esferas estaba reforzada por el amplio predominio de la dedicación simple en la Carrera de Sociología de la UBA. Si los profesores que se integraron a partir de 1984, momento en que son desplazados los docentes que se hicieron cargo de la institución durante la dictadura, lo hicieron con ese tipo de designación, la realidad no fue diferente para los graduados que a lo largo del tiempo se fueron incorporando como auxiliares docentes⁴⁴. Ello permitió que, como es moneda corriente en otras carreras más “profesionales” como la abogacía, se inserten como docentes individuos cuya dedicación principal no era la académica, muchos de los cuales estaban dispuestos a dar clases aun cuando no hubiera una retribución monetaria. La inserción en diversas esferas, motorizada en buena medida por los magros ingresos ofrecidos en la esfera académica, diferencia a los casos aquí estudiados. Ello no quiere decir, por supuesto, que la multiinserción no exista entre los académicos en Brasil pero el predominio de las dedicaciones exclusivas limita su alcance⁴⁵.

En el contexto de la década del noventa, fue una minoría entre los graduados argentinos la que, gracias a la obtención de alguna beca que sumaba a su designación docente, podía dedicarse de manera exclusiva o predominante a la vida académica y construir, en ese marco, una trayectoria más o menos “pura”: pasar de una beca a otra, completar estudios de posgrado en el país o en el extranjero, insertarse en alguna de las nuevas universidades o como investigador del CONICET, publicar regularmente, formar nuevas generaciones, dirigir proyectos o grupos de investigación, etcétera⁴⁶.

Tal situación comienza a cambiar a partir de 2003 cuando el aumento en la inversión del Estado en ciencia y técnica se traduce en un incremento de becas y subsidios a la investigación así como en una mejora en el nivel de los salarios⁴⁷. Según Unzué, lo anterior, sumado al desarrollo del sistema de posgrados y la institucionalización de la evaluación individual e institucional impulsados ya en la década anterior, suscitaron un proceso de convergencia en el desarrollo de la vida académica en los dos países que tiende a morigerar las marcadas diferencias que caracterizaban esos espacios (Unzué, 2013).

⁴³ Este rasgo es una de las características de los campos académicos donde la disciplina está relativamente poco institucionalizada y los sociólogos no encuentran oportunidades laborales que ofrezcan ingresos suficientes en las universidades o centros de investigación (Shils, 1970). Allí, la escasez de recursos obliga a los sociólogos con inserciones académicas a desplegar su actividad en diversos ámbitos de manera tal de asegurarse su reproducción material.

⁴⁴ Cabe destacar que la situación actual no es muy diferente. A mediados de 2012, el 91% de los JTP y el 99% de los Ayudantes de Primera tenían una dedicación simple o trabajaban ad-honorem. Los profesores presentan proporciones ligeramente menores (entre 75% y 85%).

⁴⁵ Como se indicó en una nota anterior, no hay información disponible ya que los estudios disponibles tienden a indagar de manera predominante sobre la ocupación “principal”.

⁴⁶ Hubo asimismo quienes, sin insertarse en otras esferas, sumaron el dictado de clases en distintas instituciones (públicas y privadas) y de diversos contenidos con el fin de hacerse de un ingreso mínimo. Pudieron construir así una “dedicación exclusiva” en la docencia a partir de la sumatoria de dedicaciones simples que, sin embargo, dejaba poco tiempo para las tareas de investigación.

⁴⁷ Así, las becas del CONICET, la principal institución de fomento científico, pasaron de menos de quinientas en 2003 a casi 2600 en 2012. En una misma tendencia, el número de investigadores se duplicó, llegando a superar los 1500.

5.2. El Estado

El desarrollo y naturaleza del Estado ha sido una de las principales diferencias que los investigadores han tenido en cuenta a la hora de analizar en forma comparada los derroteros de Brasil y Argentina en el siglo XX. En la estela trazada por O'Donnell (1984), los análisis han coincidido en señalar la debilidad del Estado argentino frente a la fuerza y estabilidad de su par brasileño. Así, según se ha enfatizado en diversas oportunidades, mientras en un caso el sector público fue siempre frágil y permeable a la injerencia de las distintas fuerzas y grupos sociales, en Brasil, en contraste, el Estado se ha consolidado desde sus orígenes coloniales (pero con mayor fuerza a partir de las reformas iniciadas por Vargas en los años treinta del siglo pasado), como un agente con capacidad y autonomía para proyectar políticas y orientaciones de largo plazo frente a una sociedad civil muy debilitada⁴⁸. Es usual destacar, en este sentido, la continuidad de las políticas económicas – pero no solamente de ellas– que caracterizan el desarrollo de Brasil frente a la inestabilidad y movimiento fuertemente pendular que signó la trayectoria de esas políticas en Argentina (Fausto y Devoto, 2004). Tales diferencias no dejaron de estar presentes a fines del siglo pasado cuando, tanto en uno como en otro país, se decidió la implementación de un programa de reformas neoliberales, en una clave más moderada en un caso y en una más radicalizada en el otro (Domingues, 2009).

En Argentina, la adopción del programa reformista volvió al Estado un fuerte reclutador de graduados universitarios, entre ellos, sociólogos. En el marco de una profunda crisis, el gobierno peronista que asumió el poder en 1989 decidió promover un fuerte ajuste y “tecnificación” de la administración pública que en un breve lapso alteró profundamente la composición de la planta de trabajadores estatales⁴⁹. En esa reorientación tuvieron una incidencia marcada un conjunto de organismos financieros internacionales (centralmente el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial) que, en momentos de una penuria económica sin precedentes, pudieron convertirse en actores clave en la definición de la política nacional. Según su diagnóstico, la modernización del Estado y las políticas públicas suponía la existencia de un tipo de recursos humanos con una capacidad técnica profesional certificada (Rubinich y Langieri, 2007). Aun cuando los economistas, como ha sido destacado en numerosas oportunidades, en tanto grupo profesional estuvieron entre los más favorecidos y su profesión conoció un momento de fuerte expansión (Heredia, 2007), los sociólogos no dejaron de encontrar buena acogida en la nueva coyuntura.

No era la primera vez, por cierto, que el sector público argentino demandaba los servicios profesionales de los sociólogos. A mediados del siglo pasado, durante el auge del desarrollismo y la confianza en el accionar estatal como medio para alcanzar la

⁴⁸ Para un análisis de los procesos de modernización y constitución de una burocracia estable y calificada en Brasil y las dificultades para articular iniciativas que vayan en ese sentido en la Argentina hasta mediados del siglo pasado, puede leerse el clásico estudio de Sikkink (2009). Según la autora, las diferencias en las capacidades estatales explican el relativo éxito de las iniciativas desarrollistas en Brasil y su deslucida contraparte argentina.

⁴⁹ Según Beccaria y Goldfarb (2010), mientras a mediados de los años setenta solamente un 2,4% del total de empleados públicos de la administración nacional tenía un título universitario, a fines de los noventa, esa proporción llegaba al 36%. Ese marcado cambio se explica también por la fuerte reducción del personal del Estado nacional inducida por el traspaso de algunos servicios, como la salud y la educación, a la jurisdicción provincial, la privatización de las empresas de servicios públicos y los programas de retiro voluntarios. Como resultado, entre 1989 y 1992, los empleados pasaron de 900.000 a 550.000.

modernización y cambio de la sociedad, se crearon una serie de instituciones planificadoras de fuerte perfil técnico⁵⁰ en las que un conjunto de graduados de las primeras carreras (la de la UBA pero también las de la UCA y la USAL) fueron contratados para desarrollar tareas de investigación “aplicada”. En ese marco, esos graduados pudieron legitimar su ingreso y accionar en esas instituciones como “expertos” en los “aspectos sociales” del desarrollo. Si en unas oportunidades se incorporaban como trabajadores de tiempo completo, en otras ofrecían sus servicios como consultores manteniendo una fuerte inserción académica⁵¹.

Del mismo modo, en Brasil, los sociólogos o científicos sociales no fueron ajenos a las demandas suscitadas en el clima desarrollista. Como es sabido, la Escuela Libre de Sociología y Política (ELSP) había tenido como una de sus finalidades fundacionales la de formar técnicos capaces de desenvolverse en el sector público y privado. Si bien esa finalidad había sido desplazada del primer plano por la llegada de Pearson y su énfasis en la formación de científicos sociales académicos, distantes del mundo de los intereses sociales y políticos, ello no impidió la participación de la institución y de sus investigadores en una serie de iniciativas promovidas por el Estado en asociación con ciertas agencias norteamericanas e internacionales (ONU, UNESCO, OMS, entre otras). Tales iniciativas buscaban de relevar datos y producir recomendaciones para la planificación del desarrollo de diversas zonas y poblaciones. En el marco del auge del desarrollismo y la confianza en el accionar estatal, el mismo Pearson supo dar un giro y comprometerse de manera decidida con una idea que hacía del científico social un agente fundamental en la promoción del cambio social⁵². Como apuntan Maio y otros, las experiencias de colaboración entre científicos sociales y accionar estatal en los años cuarenta y cincuenta revelan una fuerte “preocupación con la fundamentación científica de las políticas públicas y de los programas de desarrollo regional” haciendo de las ciencias sociales “una de las fuerzas al servicio de la modernización” (Maio *et al.*, 2013:257).

La integración de los sociólogos al Estado como técnicos, sin embargo, se vio perjudicada cuando en la década del cuarenta se organizan, por iniciativa del gobierno federal, embarcado en un fuerte proceso de reorganización de la burocracia, las carreras de Administración en diversas universidades o instituciones⁵³. Como indica Bonelli, “las actividades que las ciencias sociales se proponían atender en el campo de la administración [...] comienzan a tener competidores con derechos legales para actuar en el área” (Bonelli, 1993:98).

Ahora bien, esa pérdida de posiciones fue largamente compensada por la incorporación de los sociólogos en otras áreas de intervención desarrolladas por el Estado. En los años cincuenta y sesenta, el planeamiento urbano, por ejemplo, devino un área de fuerte expansión con la proyección y construcción de Brasilia y el proceso de fuerte

⁵⁰ Cabe mencionar, por su particular receptividad, el Consejo Federal de Inversiones (CFI), el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE) y el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA).

⁵¹ Algunos testimonios sobre las labores y experiencias de los sociólogos en estas instituciones, pueden verse en el conjunto de intervenciones recogido en De Ímaz *et al.* (1966). Sobre la investigación realizada en los “organismos oficiales”, también puede verse Suárez (1973).

⁵² De algún modo, Pearson reconectaba de ese modo con la intención original que guió la fundación de la ELSP. Tal giro no implicaba, sin embargo, el abandono de sus ideas en torno a la objetividad del conocimiento científico y su necesaria diferenciación de la ideología (Maio *et al.*, 2013).

⁵³ Además de la carrera de Administración y Economía de la USP, la Escuela de Administración de Empresas de la FGV, que ya tenía sede en Río de Janeiro, se instala en San Pablo en 1954. En la década del sesenta, se crea asimismo la carrera de Administración Pública en la FGV (Bonelli, 1993).

urbanización que signó al “milagro brasileño”. Los sociólogos, junto a arquitectos e ingenieros, participaron activamente en la elaboración de las políticas públicas en ese sector (Durand, 2006). Posteriormente, como indica Bonelli, los sociólogos pudieron incorporarse en otras áreas de intervención como la política social –sea en su diseño, evaluación o, directamente, en su aplicación práctica al lado de los trabajadores sociales– o de medio ambiente (Bonelli, 1993).

Actualmente, las labores que desarrollan los sociólogos en el Estado tanto en Brasil como en Argentina son muy variadas. Las diversas dependencias donde se incorporan tanto como los puestos que ocupan dan cuenta de una realidad ciertamente heterogénea. No obstante, de modo estilizado, pueden distinguirse cuatro grandes grupos de actividades.

Por un lado, están quienes participan en la producción y análisis de distintos tipos de información, tarea en la cual el instrumental metodológico y estadístico propio de la disciplina es profusamente utilizado. Ese instrumental, de hecho, es tenido en cuenta al momento del reclutamiento de los sociólogos. Las dependencias estatales que demandan estos servicios son todas aquellas que contribuyen a la producción de datos para los sistemas estadísticos nacionales y estatales –entre los que cabe mencionar por su magnitud al Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) en Argentina y al Instituto Brasileño de Geografía y Economía (IBGE) en Brasil⁵⁴, pero también las diversas áreas de información y planeamiento de los distintos ministerios. En la difusión de estas últimas, tuvo una fuerte injerencia la introducción de la evaluación y medición del impacto de las políticas estatales como imperativo de la gestión pública propiciada por los organismos internacionales⁵⁵. Los sociólogos que participan de estas tareas valoran la posibilidad de construir un oficio de investigador, riguroso en lo metodológico, orientado a dar respuestas a demandas “concretas” de actores institucionales.

Por otro lado, están quienes, en competencia con perfiles profesionales más específicos como los graduados en administración pública en el caso de Brasil, desarrollan una labor burocrática asociada a la implementación de la política pública y al funcionamiento cotidiano del Estado. Aquí se incluye el trabajo administrativo de “oficina” donde se trata de asistir desde un plano técnico a los funcionarios políticos en sus decisiones, armando las resoluciones, coordinando reuniones, realizando la comunicación interna entre diversas áreas o dependencias, etcétera. Se trata, como el anterior, de un trabajo de “escritorio” pero que, en contraste, no utiliza de manera predominante el instrumental metodológico propio de la disciplina para la producción y análisis de información agregada. En esa medida, el título de sociólogo no pesa tanto al momento del reclutamiento sino que lo importante es acreditar algún tipo de formación universitaria. Los saberes y destrezas requeridos en estas posiciones (centralmente el manejo de lo que es el funcionamiento de una burocracia), se incorporan en la propia experiencia. Para estos sociólogos, la impronta práctica de su trabajo aparece como un rasgo reivindicable frente a la pura “especulación”. Para ellos, el sociólogo en el Estado no sólo debe producir información sino que tiene que comprometer sus esfuerzos en los procesos de reforma y mejora de la administración pública.

Además, están quienes desarrollan su trabajo en el “territorio” en interacción directa con las diversas poblaciones destinatarias de la política estatal (desde “chicos en situación

⁵⁴ Sobre esas instituciones puede verse, Daniel (2011).

⁵⁵ Esos organismos financiaban un amplio abanico de proyectos o programas estatales. A fin de asignar esos fondos, estas instituciones reclamaban la medición y evaluación de esas iniciativas (Andrade, 2002).

de calle”, alumnos con “problemas” de aprendizaje hasta adultos mayores en “hogares de día”)⁵⁶. Este tipo de inserción está por lo general dominado por los trabajadores sociales quienes reciben una formación específica para lidiar con estas situaciones. En este caso, si bien puede haber una parte de trabajo de “escritorio”, lo esencial pasa por el trato con “personas de carne y hueso” a las que hay que asistir o capacitar –y convencer en varios casos de la conveniencia de la ayuda estatal–. Para estos sociólogos, la conexión con la intervención práctica resulta mucho más “directa” u ostensible que en los casos anteriores. Muchos leen su accionar en la clave del compromiso social o político con los sectores más desfavorecidos y encuentran en el Estado una inserción profesional capaz de reunir la “vocación” o militancia a favor de los “dominados” con la realización de un trabajo que permite pagar las “cuentas de fin de mes”.

Finalmente, están quienes, convocados por la gestión política del momento, acceden a cargos jerárquicos o de alto rango, no como parte de una carrera técnico-burocrática, sino por vínculos de “confianza política”. Estos sociólogos por lo general deben abandonar sus posiciones una vez reemplazado el funcionario o administración que los convocó. El trabajo, además de la participación en el diseño de la política a implementar, comprende la gestión de la cosa pública: manejo de presupuestos, armado de equipos y planteles, negociación de contrataciones y partidas, etcétera. En este caso, al momento del reclutamiento, las credenciales académicas o técnicas son una condición necesaria pero no suficiente. Lo decisivo son las conexiones políticas. Estos sociólogos construyen, en ese sentido, una posición de “experto” que combina dos tipos de pertenencia, una política y otra técnico-profesional. Frente a sus interlocutores políticos, su formación profesional es un factor de peso cuando se trata del acceso a cargos que requieren una cierta formación universitaria o antecedentes académicos. Frente a sus interlocutores académicos, lo decisivo son sus relaciones con políticos o personal del Estado.

Con la excepción de este último grupo que goza de un margen de decisión o de autonomía mayor a la hora de decidir, las labores realizadas en el Estado suelen tener un carácter subordinado o fuertemente pautado. Es el superior o “jefe” inmediato quien día a día va tomando las decisiones y definiendo la agenda de trabajo. Aun cuando haya siempre cierto diálogo o negociación, lo cierto es que para muchos se trata solamente de dar respuesta más o menos rápidamente a las tareas puntuales que le son encargadas quedando poco espacio para imponer una impronta individual o personal al trabajo. Es por esto que algunos sociólogos suelen destacar el carácter rutinario y poco “creativo” del trabajo en el Estado. Si ello es señalado para el caso de la labor más administrativa, no deja de serlo para muchas de las tareas vinculadas a la producción y análisis de información. En ese caso, según los sociólogos, el trabajo para un interlocutor (el funcionario político) que no tiene tiempo de leer más que breves informes condicionan fuertemente las preguntas y respuestas que se pueden formular. En ese sentido, un informe detallado o que presentara los resultados de inquietudes que el sociólogo se hubiera planteado de manera autónoma (con una cierta extensión, fundamentado teórica y empíricamente) se les aparece como fuera de lugar.

Pese a la heterogeneidad de los escenarios de actuación y la diversidad de tareas asumidas, existen ciertas áreas o problemas en los que los sociólogos han podido legitimar

⁵⁶ Para un análisis de los estratos inferiores de la burocracia del Ministerio de Desarrollo Social en Argentina y de los sentidos que asume el trabajo en “territorio” (en contraposición con el trabajo de “escritorio”) como espacio donde se pone en juego la sensibilidad y compromiso social, puede verse Perelmiter (2011).

sus conocimientos como insumos necesarios o, al menos, “útiles”. Ello no se tradujo, sin embargo, en un control exclusivo o en el monopolio de una “jurisdicción” propia (Abbott, 1988). Por el contrario, tales tareas son compartidas con otros perfiles profesionales. Como indica Torini para el caso brasileño, basado en un relevamiento sobre las búsquedas laborales del sector público (en sus distintos niveles), buena parte de los puestos ofrecidos a los sociólogos o científicos sociales no lo son en forma exclusiva sino que incluyen una variedad diversa de perfiles diferentes dependiendo del cargo (economista, psicólogo, trabajador social, administrador, pedagogo, etcétera) (Torini, 2012)⁵⁷.

Como sea, si la producción de datos cuantitativos para los sistemas de información estadísticos fue tradicionalmente un terreno propio de sociólogos (junto a economistas y estadísticos), durante los años noventa, a instancias de la creciente valoración del saber técnico, otras áreas pudieron legitimarse como espacios de intervención o posible incumbencia: la educación, la política social y lucha contra la “pobreza”, la salud, el trabajo (e incluso la economía cuando se trata de medir los aspectos “sociales” de la política económica en el mercado de trabajo).

En cuanto a la forma de ingreso al Estado, las diferencias entre Argentina y Brasil no podrían ser más marcadas. Si bien la ola modernizadora de los noventa se propuso reconstituir los canales institucionales de reclutamiento⁵⁸, la forma predominante en que los sociólogos (y presumiblemente la mayoría del personal) devienen agentes públicos en Argentina es informal. El conocimiento y la recomendación de alguien que esté trabajando allí o que disponga de contactos entre el personal capaz de tomar personal a su cargo es indispensable. En Brasil, en contraste, el acceso al sector público se realiza por lo general a través de concursos públicos. Por supuesto, siempre es útil conocer a alguien en el Estado para hacerse de alguna información sobre la convocatoria, del perfil demandado y recibir así cierta orientación a la hora de realizar la preparación.

El sector estatal constituye un ámbito laboral atractivo para muchos sociólogos. Tal como surge de su propio testimonio, se trata de un ámbito donde es posible poner en juego un “compromiso” social y político que puede apuntar a la transformación de realidades “concretas”. En ese sentido, si bien pueden lamentar el excesivo condicionamiento que por momentos pone la demanda de sus superiores o el carácter fuertemente rutinario de ciertas tareas, valoran su participación en una práctica que, lejos de constituir un fin en sí mismo como creen que ocurre en la esfera académica, busca resolver una necesidad “práctica” de la sociedad. Sea en la producción de indicadores sociales, sea en la puesta en marcha de determinada iniciativa o política cuyos avances e institucionalización pueden notar a medida que pasa el tiempo, sea en el trabajo “cara a cara” con los destinatarios de una política asistencial, la implicación con la “realidad” es un incentivo de su trabajo. Para ellos, su inserción profesional permite recuperar la preocupación que la sociología tiene por la intervención social. Hay incluso quienes, aun cuando los espacios de formación universitarios no se propongan por lo general la formación de funcionarios públicos, conciben al Estado como un escenario “estratégico” desde el cual, dados sus recursos

⁵⁷ Algo similar encontraron Silva y otros (2007) en su análisis de los llamados a concursos públicos del Estado federal entre 2000 y 2007.

⁵⁸ En 1991, en el marco de las reformas del Estado, se implementó el Sistema Nacional de la Profesión Administrativa (SINAPA) como una tentativa de “profesionalizar” y jerarquizar la función pública. Para ello se estableció el mecanismo de concursos para el ingreso a aquellos cargos que requieren título terciario. Sin embargo, según diversos observadores, su implementación no alteró profundamente las lógicas previamente establecidas.

económicos, institucionales y simbólicos, operar para la mejora o democratización de su sociedad.

5.3. Las empresas privadas

Los espacios del sector privado donde los sociólogos se insertan presentan, como ocurre en el sector público, una gran heterogeneidad. Sin embargo, hay dos áreas donde, tanto en Brasil como en Argentina, tienen una marcada presencia y donde han podido legitimar el instrumental y técnicas propios de la disciplina como un recurso valioso para la decisión de diversos actores: la investigación de mercado y los estudios de opinión.

En Brasil la inserción de los sociólogos en estas áreas se produjo tempranamente en los años cuarenta a medida que la difusión de la radio y el desarrollo de la publicidad comercial propiciaron la demanda de técnicos por parte de ciertas grandes empresas para realizar estudios sobre las orientaciones de los posibles clientes (Fernandes, 1977 [1956]). Si bien en menor medida, hubo también encargos realizados por el Estado federal⁵⁹. Esos desarrollos, que como señala Costa Eduardo (1990), uno de los protagonistas de esa historia, acompañaban el proceso de urbanización e industrialización del país, se ampliaron en los años setenta con la difusión de la televisión y las mediciones de audiencia⁶⁰. En Argentina, por su parte, tales desarrollos fueron más tardíos. Aun cuando en los años sesenta algunos de los primeros graduados de la novel carrera de la UBA comenzaron a ofrecer sus servicios técnicos a empresas que realizaban investigación de mercado, fue sobre todo a partir de mediados de los años ochenta y de manera decidida durante la década siguiente que se produjo su mayor crecimiento. Ese crecimiento, también visible en el caso brasileño, estuvo motorizado, de un lado, por la modernización y apertura de las economías de cada país (y los cambios correlativos en el perfil de buena parte de las grandes empresas); y del otro, por las transformaciones del escenario político y la institucionalización de los procesos electorales.

La reconversión de buena parte de las empresas locales frente a los imperativos de la hora y la llegada de firmas extranjeras que incorporaban al medio local las formas de gestión y administración que utilizaban en sus países de origen propiciaron dos procesos que ampliaron el mercado laboral de los sociólogos. De un lado, se estimuló la “profesionalización” del personal contratado, elevándose de ese modo la proporción del personal administrativo o jerárquico con título universitario. Del otro, y gracias a la expansión de la demanda de un conjunto de servicios subcontratados (o “tercerizados”) se promovió la creación de un amplio mercado de consultoría donde diversas agencias o consultoras pudieron legitimar sus servicios como insumos útiles para la decisión y actividad empresarias. Si algunos servicios eran tradicionales, otros resultaban ciertamente novedosos: desde aquellos vinculados a la gestión comercial, legal o financiera, dominados

⁵⁹ De hecho, una de las primeras investigaciones de mercado en Brasil fue realizada en 1934 por encargo del Departamento Nacional del Café en momentos en que tal industria, central para la economía de ese país, vivía una fuerte crisis. Para ese estudio, fueron realizadas entrevistas personales con más de doce mil consumidores y tres mil productores y comerciantes en dieciocho estados (Costa Eduardo, 1990).

⁶⁰ Cabe aquí mencionar el rol de IBOPE, consultora de opinión y mercado fundada en 1942 según el modelo de Gallup. Esta empresa se especializó inicialmente en medir la audiencia en las radios (y posteriormente la televisión). Reinstaurada la democracia en 1946, IBOPE incursionó en los estudios de opinión e intención de voto (Durand, s.f.).

por los economistas, administradores, ingenieros y contadores, hasta aquellos más “sociales” con fuerte presencia de sociólogos, psicólogos, comunicólogos y creativos del marketing (Beltrán y Strauss, 2010). En ese contexto, la investigación de mercado tuvo un marcado crecimiento.

La investigación de mercado es una actividad que busca producir información sobre los consumidores, productos y marcas en vistas a orientar las decisiones comerciales de las empresas. Según los argumentos de quienes la ofrecen, esta actividad puede brindar un conocimiento más realista del consumidor y, en ese sentido, favorecer el descubrimiento de nuevas oportunidades de negocios. Los estudios que se realizan son variados: estudios de imagen y posicionamiento de marcas, testeo de productos, evaluación de precios, estudios de hábitos y actitudes de consumo de ciertos grupos o poblaciones, percepción de campañas publicitarias, entre otros. Si tradicionalmente las técnicas empleadas fueron predominantemente cuantitativas, y estuvieron dominadas por la confección de un cuestionario, el diseño de una muestra representativa y la realización de una encuesta (telefónica, incidental, por timbreo), en los últimos años ha crecido la importancia de las estrategias y técnicas cualitativas: entrevistas en profundidad, grupos focales y, más recientemente, observaciones etnográficas donde el investigador puede pasar varias horas en la casa del consumidor o acompañarlo en el momento de las compras. Como se puede ver, las técnicas y herramientas propias de las ciencias sociales tienen un rol decisivo y, en ese sentido, favorecen la contratación de sociólogos.

El desarrollo de los estudios de opinión pública, por su parte, cobró fuerza a partir de la apertura democrática y la reinstalación de la lucha electoral en los años ochenta. En Brasil, si bien se habían realizado estudios (intención de voto y evaluación de los gobiernos) en el periodo 1946-1964, esos desarrollos fueron interrumpidos durante la dictadura militar. En Argentina, esta actividad tuvo su primera prueba de peso cuando ante las elecciones presidenciales de 1983, buena parte de los encuestadores anticiparon –contra la mayoría de las presunciones del momento–, el triunfo del candidato del radicalismo y la inédita derrota del peronismo en una elección libre. Desde aquellos comienzos incipientes, los sociólogos, junto a otros profesionales, se han logrado posicionar como interlocutores privilegiados de los políticos profesionales y los medios de comunicación a la hora de medir intenciones de votos y diseñar campañas políticas (Vommaro, 2008)⁶¹.

Los estudios de opinión se proponen conocer las preferencias de los individuos de una población o grupo social en diversas materias. Sin embargo, aun cuando pueda haber investigaciones sobre diferentes temáticas, lo más usual es la medición de la intención de voto, la imagen de un candidato o los problemas sociales que la población define como centrales.

El mercado de la consultoría es heterogéneo. Mientras la demanda de investigación de mercado está compuesta casi en su totalidad por un conjunto de grandes empresas, la mayoría multinacionales –bancos, industrias de consumo masivo, empresas telefónicas, cadenas de supermercados–⁶², la demanda de estudios de opinión, aun cuando a veces

⁶¹ En Argentina, había habido en el pasado, no obstante, diversas iniciativas vinculadas a la opinión pública - como las encabezadas por José Miguens (Aramburu y Giorgi, 2013)- que, en el marco de la secular inestabilidad política nacional, no alcanzaron un desarrollo considerable.

⁶² Como apunta da Silva hasta los años ochenta fue común que las grandes empresas tuvieran su propio departamento de análisis de mercado. Posteriormente, sin embargo, esa tarea pasó a ser tercerizada dando fuerza al mercado de la consultoría (da Silva, 2001). Cabe recordar que Unilever, una de las mayores consumidoras de investigación de mercado del mundo, ya a comienzos de los años sesenta decidió

proviene de medios de comunicación o de alguna repartición estatal, deriva centralmente de los políticos profesionales y los partidos, deseosos de conocer las intenciones de voto de los ciudadanos y aquellos problemas que les preocupan para diagramar sus campañas, propuestas de gobierno y discursos.

La oferta, por su parte, está diferenciada según cuál sea la actividad principal de la consultora. Si bien lo usual es que una consultora ofrezca ambos tipos de servicios, pues la demanda en investigación de opinión no siempre tiene el volumen y constancia necesarios para la continuidad de la empresa, los perfiles son diferenciados. Mientras las identificadas con los estudios de opinión por lo general ligan su oferta –e incluso su nombre– a la notoriedad pública o mediática de sus propietarios y a su reconocimiento social como analistas políticos, las consultoras de mercado enfatizan su “visión estratégica de negocios” y su capacidad para generar ideas o conceptos que permitan realizar acciones exitosas de marketing (da Silva, 2001; Vommaro, 2008).

La oferta, asimismo, presenta una fuerte estratificación. Por un lado, existe un conjunto de grandes agencias internacionales que tienen sucursales o sedes en cientos de países y que acceden a buena parte del volumen de negocios disponible. Por lo general, estas agencias operan con una fuerte interconexión global que hace que muchos de los estudios realizados en el medio local, respondan a metodologías y procedimientos definidos en otras latitudes. Es usual, en este sentido, que para algunos estudios complejos –o cuya metodología es propiedad exclusiva de la agencia– la sucursal local se limite a recopilar la información y a enviarla para su procesamiento afuera, recibiendo luego los datos para desarrollar el análisis. Por otro lado, hay un conjunto mayoritario de agencias de origen local con dimensiones ciertamente más modestas y cuyo alcance o capacidad operativa para realizar un estudio más allá de las fronteras nacionales sólo se da en pocos casos⁶³. Según consigna Braga en su estudio sobre Brasil, en más de mitad de los casos las agencias no superan los cinco empleados fijos, una muestra de su pequeño tamaño (Braga, 2009).

De esa inserción diferenciada en el mercado surgen distintas estrategias o posicionamientos comerciales. Si a la hora de conseguir clientes las agencias grandes enfatizan una inserción tan extensa como aquella de las empresas multinacionales⁶⁴, las agencias más chicas, privadas de semejante alcance geográfico, procuran asegurarse su nicho en el mercado en base a un servicio que dice reconocer las peculiaridades locales y, en ese sentido, lograr un acercamiento más fiel a los deseos o creencias de los consumidores de cada país. Para ello ofrecen una consultoría “a medida” o flexible que diferencian de los estudios “estandarizados” de las grandes consultoras. Según las consultoras más pequeñas –o “boutiques”–, sólo un acercamiento “caso por caso” y que no aplane las particularidades de cada sociedad aplicando el mismo procedimiento y preguntas a realidades inconmensurables, puede proveer un mejor diagnóstico para una acción exitosa.

desprenderse de sus áreas de investigación. El conjunto de esas áreas dispersas en distintos países fue organizado con los años como una consultora multinacional de gran alcance.

⁶³ En una posición intermedia, encontramos algunas agencias brasileñas y argentinas que, de mayores dimensiones que la mayoría de sus pares nacionales, han alcanzado una inserción regional que, no obstante, resulta mucho más humilde que la de sus competidores multinacionales.

⁶⁴ No es inusual que las casas matrices decidan cuál es la empresa proveedora del servicio que se contrata para hacer un mismo estudio en todos los países de modo tal que quienes pueden acceder a esa oportunidad son sólo unas pocas consultoras internacionales. Entre ellas podemos mencionar a Synovate, TNS-Gallup, Nielsen, GfK.

Las empresas que demandan las investigaciones de mercado suelen contar, tanto en Argentina como en Brasil, con un departamento o área encargado de establecer el vínculo con las agencias contratadas⁶⁵. Quienes allí se emplean (sociólogos pero también, psicólogos, economistas, profesionales del marketing, etcétera) tienen como función central definir, encargar y supervisar el trabajo. Su labor a veces asume un rol decisivo en la investigación (aprobación de cuestionarios antes de su aplicación, supervisión de las entrevistas en profundidad o grupos focales, etcétera) pero otras veces mantiene un posición más prescindente. Ahora bien, en tanto su valoración es decisiva a la hora de seleccionar los proveedores con las que se realiza el estudio, los representantes del cliente tienen un cierto ascendiente en su vinculación con la agencia. La construcción de lazos de conocimiento y confianza son, en ese sentido, fundamentales para quienes buscan vender sus servicios.

Las condiciones de trabajo para un sociólogo en una agencia y una empresa son ciertamente distintas a pesar de referir a un mismo proceso de investigación. Los propios actores reconocen este clivaje al distinguir dos “bandos”. Por un lado, están las diferencias que hay entre trabajar para una organización de cientos de empleados (por lo general de carácter multinacional) y hacerlo para una empresa mediana o, la mayoría de las veces, pequeña. En un caso, las jerarquías y roles están más claramente delimitados, mientras en el otro predomina un clima más “horizontal”. En ese sentido, no es inusual que los dueños de la consultora, junto con los quehaceres y responsabilidades propios del gerenciamiento y manejo empresarial, se hagan cargo de algunos proyectos de investigación. Las posibilidades de hacer carrera en uno y otro son, asimismo, diferentes. En una empresa multinacional es usual que sus trabajadores viajen por sus diversas sucursales, se introduzcan en una particular cultura “organizacional” y tengan, dadas la magnitud de la institución, mayores posibilidades de desarrollar una carrera laboral ascendente a posiciones de mayor responsabilidad y jerarquía.

Por otro lado, están las diferencias operativas entre lo que se hace en una y otra inserción: mientras quienes trabajan en una agencia llevan a cabo los estudios, quienes son su contraparte, como indicamos, se limitan a supervisarlos. Su labor tiene, en ese sentido, una impronta menos “práctica”: ellos no producen el cuestionario, realizan las entrevistas u organizan el campo. Además, el trabajo de los primeros varía de un producto a otro de acuerdo a los diversos clientes de la consultora (generando una “gimnasia” en la producción de informes a un ritmo que no encuentra equivalente en ninguna de las otras esferas donde se insertan los sociólogos), mientras que para los empleados de la empresa el producto para el cual buscan maximizar las ventas es siempre el mismo, con lo cual el material sobre el que reflexionan y recogen información no cambia demasiado.

Ahora bien, preciso es tener en cuenta que el cambio de “bando” no es infrecuente. Lejos de ello, es usual que llegados a un punto, los sociólogos con cierta trayectoria como empleados de una empresa decidan renunciar en búsqueda de una mayor autonomía. En

⁶⁵ Cabe destacar que estas empresas, de grandes dimensiones, han sido punta en el desarrollo de nuevas técnicas de investigación de mercado a nivel mundial. Han funcionado, en ese sentido, como verdaderas “escuelas” de formación de los sociólogos y profesionales allí empleados (pero también de las agencias con las que ponían en juego estos desarrollos al incorporarlas como demandas en el medio local). En este sentido, cabe recordar que, según se reconoce entre los historiadores de la publicidad en Brasil, la primera “escuela” de propaganda y análisis de mercado en ese país fue la División de Publicidad de General Motors. Fueron dos ex empleados de ese departamento quienes tuvieron a su cargo el estudio solicitado por el Departamento Nacional del Café mencionado anteriormente (Bonelli, 1993).

algunos casos se convierten en consultores independientes, en otros, deciden probar suerte armando su propia agencia. A diferencia de otros negocios donde los costos de entrada son relativamente altos, aquí no se requiere de una gran inversión inicial. Más allá de los gastos asociados a la puesta en funcionamiento de una oficina, dos elementos son centrales. Por un lado, el conocimiento aprendido en la trayectoria previa (conocimiento del oficio técnico pero también comercial), referido a cómo moverse en el ámbito de las empresas. Por el otro, los “contactos” de posibles clientes a los cuales ofrecer el servicio y de colegas capaces de ser contratados para los trabajos que surjan. En el armado de una agencia, la “agenda” construida en la trayectoria previa es tan importante como los conocimientos o destrezas técnicos específicos que demanda la actividad.

La inserción como independiente es una modalidad usual en la consultoría privada⁶⁶. Si bien conlleva una buena cuota de incertidumbre respecto del trabajo en relación de dependencia y un esfuerzo más o menos permanente para asegurarse una cierta estabilidad de ingresos, permite, no obstante, un manejo más flexible del propio tiempo y de la cantidad de trabajo a realizar. En este sentido, suele ser valorada por aquellos sociólogos que, contando con otra inserción, a veces en otras esferas laborales, pueden mejorar sus ingresos a partir de un trabajo por proyectos “puntuales”.

Esta forma de inserción es también valorada por los estudiantes quienes, tanto en Brasil como en Argentina, suelen comenzar su vínculo con el mundo de las consultoras a través de la realización de encuestas. En esta actividad encuentran una fuente de ingresos que pueden aumentar en momentos de relativa tranquilidad durante la cursada para regular cuando se acercan los exámenes. Pueden, de ese modo, ir avanzando en la carrera con un compromiso entre tiempo y recursos disponibles que un trabajo de ocho horas no les permitiría. Aun cuando muchos inicialmente no proyecten una carrera en el ámbito de la consultoría privada –lo ven como una actividad que procura recursos y nada más–, una vez graduados y ante la necesidad de conseguir mayores ingresos, tienen la posibilidad de aprovechar los contactos construidos en su práctica previa para incorporarse a alguna agencia (Braga, 2009).

Teniendo en cuenta las otras esferas donde se insertan los sociólogos, los ritmos de trabajo en investigación de mercado –también en opinión pública, en particular, en momentos de campañas y elecciones– son acelerados. A diferencia de la academia, por ejemplo, donde los sociólogos cuentan con plazos relativamente extendidos para profundizar en un tema, reconstruir el estado de la cuestión, diseñar los instrumentos de recolección de datos, someter lo elaborado a discusión con los pares y redactar el informe final, el tiempo disponible entre el encargo del estudio y la presentación de los resultados suele medirse en semanas o a lo sumo meses. Una respuesta rápida es, según los propios actores, una condición de permanencia en el negocio. El ritmo, en ese sentido, constituye un condicionamiento marcado en un trabajo que, según sostienen los propios actores, no deja tiempo para elaboraciones más “complejas” o “profundas”.

⁶⁶ Luego de acordar con el cliente las características del pedido, sus objetivos y la mejor forma de responderlos, la agencia puede optar por subcontratar buena parte del trabajo convocando para ello a un conjunto de individuos especializados en cada tarea o etapa de la investigación: organización y supervisión del campo, elaboración del cuestionario, diseño de la muestra, procesamiento de los datos y su análisis, realización y coordinación de entrevistas individuales o colectivas, realización y presentación del informe. Lo anterior constituye una estrategia tendiente a minimizar costos en empresas que son por lo general pequeñas, “lo que hace que el mercado se abra para las microempresas especializadas y para los free lancer” (da Silva, 2001).

Otro tanto ocurre con la forma en que se presentan los resultados. Si en el Estado aparecía la necesidad de ser breve y evitar los desarrollos extendidos, lo mismo ocurre aquí. En ese sentido, para referir las diferencias entre la investigación académica y la realizada en las consultoras, los sociólogos suelen indicar que mientras en una se trabaja con *Word*, en la otra se lo hace con *Powerpoint*.

Ahora bien, a diferencia de lo que ocurre en el medio académico, el trabajo se realiza siempre para una demanda claramente definida que, de hecho, está todo el tiempo presente en el proceso de investigación apurando los ritmos y estrechando los plazos. En esas condiciones, los sociólogos que trabajan en análisis de mercado o estudios de opinión podrán sentir agotamiento frente a lo frenético de una labor marcada por la urgencia pero nunca creerán que su trabajo no tiene receptividad⁶⁷.

De hecho, tal es la receptividad que muchas veces puede condicionar fuertemente los resultados obtenidos. En efecto, no es inusual que los estudios contratados por las grandes empresas, más que una reconstrucción fiel o ajustada de la realidad, busquen “saldar disputas internas” entre diferentes áreas (de desarrollo, de comercialización, etcétera) o individuos (algunos buscando legitimar con la investigación una decisión o rumbo, los otros aspirando a desacreditarla). Si los sociólogos empleados en la empresa son conscientes de su rol de “árbitros”, y pueden ver su actividad condicionada por los diversos intereses de sus “clientes internos”, los sociólogos en las consultoras son conscientes de que conocer el “juego político” es central para poder llevar el trabajo a cabo y decir algo que se amolde o responda a las necesidades de quienes contratan sus servicios. Dejar de lado esa función “política” de la consultoría en función de la defensa de un estudio más “riguroso” sería olvidarse que esta actividad es también un “negocio” y, en ese sentido, la prioridad es hacer el trabajo y asegurarse una próxima contratación (aun cuando no coincidan con la forma de encararlo o la presentación o interpretación de los resultados) (Blois, 2012).

Para muchos sociólogos la inserción en el mundo privado resulta atractiva pues les permite alcanzar un nivel de ingresos que consideran adecuado y que creen inalcanzable en otras esferas⁶⁸, participar de un proceso de trabajo fuertemente globalizado (donde, además de viajar por diversos países, están en permanente relación con profesionales de origen diverso), sentir que su trabajo es reconocido en ámbitos dominados por una fuerte

⁶⁷ Otra área del mundo privado donde se insertan los sociólogos son los departamentos de Recursos Humanos de las grandes empresas. Su trabajo supone, en ese contexto, la realización de diversas labores, algunas más “técnicas” donde se aplican determinados sistemas o protocolos preestablecidos (como por ejemplo el cálculo de las compensaciones a asignar para los distintos puestos y jerarquías), y otras de carácter menos “estandarizado” vinculadas a la gestión de las relaciones interpersonales dentro de la organización. Las tareas más habituales son selección y permanencia del personal, manejo de retribuciones, diseño de carreras y organización de capacitaciones, negociación con sindicatos para fijar las condiciones laborales. Si bien el trabajo puede incluir la producción de algún tipo de información agregada donde el instrumental de la disciplina puede ser aplicado (son usuales, por ejemplo, las encuestas de clima laboral o de motivación), lo esencial del trabajo pasa por las actividades de negociación, mediación y coordinación de individuos y grupos con intereses diferenciados. Aun cuando algunas tareas puedan ser subcontratadas a consultoras, todas las grandes empresas cuentan con un departamento de recursos humanos más o menos nutrido. Frente al área de Recursos Humanos centrada en la gestión de las relaciones sociales en una organización, las tareas de los sociólogos en investigación de mercado y opinión pública suponen un perfil profesional diferente donde la producción de datos y la investigación tienen un rol central.

⁶⁸ Para los entrevistados, cualquiera fuese su inserción, el sector privado es aquel que mejor paga los servicios de los sociólogos. Lamentablemente no contamos con datos agregados sobre ingresos que permitan contrastar esta fuerte creencia. Por supuesto, para ciertas posiciones (personal jerárquico de una multinacional o socio de una consultora) ello resulta indiscutible pero en relación a posiciones menos favorecidas no es tan claro.

competencia (sea como empleado de una multinacional donde, como vimos, para ingresar es preciso pasar un arduo proceso de selección, sea como consultor que convence de la utilidad de sus servicios a empresas que son líderes en el mundo). Ahora bien, lo que genera una incomodidad más o menos acuciante, tanto en el caso brasileño como en el argentino, es la finalidad del trabajo centrada, como es obvio, en la búsqueda del lucro. Según su parecer, tal iniciativa resulta conflictiva con la idea de sociología y el rol del sociólogo que incorporaron durante la realización de sus estudios (Braga, 2009). En ese sentido, si los sociólogos disfrutaban muchas facetas de su trabajo, su finalidad genera una persistente sensación de incomodidad.

5.4. Las ONG

Si las inserciones en el sector público y privado son heterogéneas otro tanto ocurre con el mundo de las denominadas ONG, esfera de fuerte expansión en los años ochenta y noventa en Brasil y Argentina. Ese mundo constituye, en efecto, un mercado laboral en expansión para los sociólogos en la medida en que ha venido atravesando un fuerte proceso de “profesionalización”. En ese marco, la figura del “militante” ha debido compartir la escena con la del “profesional” de las ciencias sociales que, movido por un “compromiso” con cierta causa o problemática social, aspira al mismo tiempo a desarrollar una actividad laboral (Landim, 2008; Malagamba, 2009).

La categoría “ONG” hace referencia a una cantidad de organizaciones y de agentes plural y variada⁶⁹. El abanico incluye desde grandes organizaciones de alcance internacional hasta instituciones sostenidas por un puñado de personas, desde las que buscan incidir en determinadas áreas de la política pública hasta las que desarrollan una inserción local o barrial con escasos recursos materiales y profesionales, desde aquellas de larga tradición y continuidad hasta aquellas que surgen en un momento para desaparecer al poco tiempo, desde aquellas que acceden al mercado internacional de la filantropía hasta aquellas que dependen de los recursos del Estado para poder subsistir.

Más allá de las profundas diferencias entre las ONG, todas enfrentan una alternativa de hierro: financiarse o perecer. En ese sentido, una labor fundamental es la generación constante de proyectos y la siempre renovada búsqueda de recursos. Para todas, grandes y chicas, la agenda o inquietudes de los financiadores son, en ese sentido, un condicionamiento ineludible. Más allá del área o sector de la realidad que haya motivado su fundación o del particular perfil que quieran construir, todas sus iniciativas están permeadas por esta preocupación. Si algunas cuentan con empleados o áreas particularmente entrenadas y dedicadas a la búsqueda de financiamiento, la generación de nuevos proyectos es un imperativo de todos los miembros de la institución.

Aquí, como en los casos anteriores, las tareas demandadas a los sociólogos son variadas. De todos modos, podemos reconocer dos grupos de actividades que en la realidad no necesariamente son excluyentes. Por un lado, están quienes son contratados para generar diagnósticos e información agregada. El sociólogo, según quienes lo reclutan, es alguien que puede “producir datos” e incorporar una perspectiva sistematizadora a la hora de recopilar y analizar información. También, como ocurría en el sector público, la evaluación

⁶⁹ Sobre las disputas académicas y sociales en torno a la definición de estas organizaciones, pueden verse Landim 1993; Malagamba (2009)

de políticas o iniciativas es fundamental en esta esfera. Tanto para rendir cuentas del impacto que tuvieron los recursos recibidos como para justificar el pedido de nuevo financiamiento, la información sobre la realidad social en la que se busca intervenir es muchas veces un requisito o exigencia de quienes ofrecen el dinero. En un mundo donde los abogados son mayoría, los sociólogos pueden encontrar en el instrumental propio de la disciplina un elemento diferenciador que facilita y legitima su acceso a ciertas tareas o áreas.

Por otro lado, están quienes se comprometen con las labores de intervención de manera directa: coordinando grupos, realizando capacitaciones, entrevistando y asesorando a los individuos a los que las iniciativas de la organización se dirigen, propiciando acuerdos entre los actores en juego en una determinada situación, etcétera. Como quienes trabajan en el Estado aplicando la política pública en directa relación con las poblaciones destinatarias, su vinculación con la acción “práctica” es, en estos casos, mucho más directa y requiere de ciertas destrezas “sociales” vinculadas a la coordinación de grupos de diverso perfil.

Pero no todos los sociólogos se incorporan o son contratados a una ONG ya establecida. Hay quienes, interesados por intervenir en un campo o problema social particular que, en su visión, no ha recibido una atención suficiente, deciden formar su propia institución. Como todo emprendimiento que arranca desde cero, la iniciativa no es sencilla y requiere definir el perfil y las líneas de intervención a seguir (así como desarrollar la capacidad de pensar proyectos susceptibles de lograr financiamiento). La tarea supone asimismo una fuerte carga de gestión: armar los equipos de trabajo, manejar el presupuesto de la institución, hacer el vínculo con los *gatekeepers* del escenario donde pretende intervenir, buscar recursos en distintos medios, armar las presentaciones y las rendiciones de cuenta, etcétera. Para quienes asumen esta empresa, el trabajo en “su” ONG los dota de una “agilidad” o “flexibilidad” en su intervención que su incorporación en otros espacios más grandes o estructurados, como por ejemplo alguna dependencia estatal preocupada por temas similares, limitaría.

Para los sociólogos que reivindican su inserción en una ONG, estas organizaciones aparecen como un ámbito profesional atractivo porque permiten poner en juego una práctica que, según perciben, tiene un impacto “concreto” en la sociedad. Si el tipo de intervención posible en el mundo de las empresas genera cierta incomodidad o contradicciones dado que la meta es siempre la ganancia privada, en este caso la finalidad “social” o “política” de las ONG resulta ciertamente más compatible con la mirada que vincula la sociología a una forma de intervención en la sociedad (en una clave democratizadora a favor de los sectores más desfavorecidos). La declarada vocación universalista (o de bien público) y la finalidad práctica (que no sólo busca conocer sino transformar) hacen de estas entidades espacios de trabajo al que los sociólogos pueden atribuir un sentido “trascendental” que excede el plano de lo meramente instrumental (trabajar para hacerse un ingreso).

Ahora bien, dado lo anterior, no es extraño que con semejantes expectativas o representaciones sobre las ONG lo que finalmente encuentren, en muchos casos, resulte decepcionante. El desencanto sobreviene cuando perciben que la reproducción material de la institución y el fuerte condicionamiento que supone la búsqueda de financiamiento afectan el desarrollo o la calidad de los proyectos instrumentados. Si a veces es preciso priorizar cierta iniciativa frente a otra que parece más urgente por el sólo hecho de que la primera puede contar con el visto bueno de un financiador, a veces es necesario construir indicadores que, más que reflejar la realidad, presenten un “caso” susceptible de conmover

su sentido filantrópico. Del mismo modo, según algunos entrevistados, es usual que la evaluación de lo realizado no siempre busque dar cuenta del impacto de las medidas desarrolladas sino ofrecer una mirada que “deje bien parada” a la ONG frente a quien ofreció los recursos (y les asegure la continuidad de su financiamiento). En esas condiciones, los sociólogos sienten que los datos producidos, desprovistos de cualquier “rigor”, no apuntan a producir una intervención más “inteligente” sobre la realidad sino a preservar los intereses de la institución que, según denuncian, más que un medio, ha devenido un fin en sí mismo. Con una crítica de base moral, hay quienes deciden alejarse de este espacio. Pero también hay quienes con una buena cuota de pragmatismo acomodan su tarea a las exigencias de quien los emplea.

Buena parte del trabajo en estas organizaciones se produce a través de contrataciones asociadas a un determinado proyecto de modo tal que la relación laboral se da por concluida cuando aquel es completado. Sólo las grandes organizaciones, que gozan de un financiamiento continuo más o menos garantizado, poseen un *staff* permanente de asalariados donde los sociólogos pueden incorporarse⁷⁰. De ahí que el trabajo en el mundo de las ONG tenga un carácter fuertemente flexible e inestable. En esas condiciones, la circulación de sociólogos por otros espacios, o su multiposicionamiento, en vistas a armar un ingreso considerado adecuado suele ser inevitable. El trabajo en una ONG se presta, en este sentido, para ser una segunda ocupación.

6. Las prácticas profesionales de los sociólogos. Convergencias entre Brasil y Argentina

Desde sus mismos orígenes, condicionada por una relación distinta con el Estado, la política y la esfera pública, la sociología en Brasil y Argentina presenta, como vimos más arriba, trayectorias variadas. Tales trayectorias, reflejando en cierto modo el derrotero más general de esos países (Fausto y Devoto, 2004), se relacionaron con formas de institucionalización distintas, en un caso, aun con las diferencias observadas entre San Pablo y Río de Janeiro, signadas por una relativa estabilidad y desarrollo acumulativo, en el otro, por las altisonantes rupturas y reiteradas “refundaciones”. Ahora bien, en los últimos años, según pudimos ver en la sección anterior, se produjo un proceso de diferenciación y especialización de los perfiles profesionales que presenta ciertas convergencias. Ese proceso, en rigor, no constituye una particularidad sólo registrada en Brasil o Argentina (Burawoy, 2005). Lejos de ello, expresa, en buena medida, fenómenos o tendencias más generales que, excediendo ambos casos, tienen un alcance continental o incluso global (como, por ejemplo, ocurre con la “modernización” y “racionalización” de las políticas estatales, la incorporación de la investigación de mercado como una demanda constante de las grandes empresas, o la consolidación y “profesionalización” del Tercer Sector). En este marco, la pregunta que orienta el presente apartado es cómo se relacionan las diferencias existentes entre Brasil y Argentina, diferencias que delinean dos tradiciones diversas, con el proceso de especialización de la sociología registrado en ambos casos. ¿La forma en que

⁷⁰ Para tener una idea de su tamaño, cabe referir las cifras del personal estable de cuatro de las ONGs más reconocidas de Argentina: Fundación Poder Ciudadano: 16; Asociación por los Derechos Civiles (ADC): 22; Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS): 35; y Centro para la Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento (CIPPEC): 70. Fuente: diario *La Nación* del 12 de septiembre de 2010.

los sociólogos procesan sus demandas y se posicionan frente a sus clientes o empleadores presentan diferencias? ¿Cuáles son las relaciones entre los diversos perfiles profesionales? ¿En un caso predominan relaciones de colaboración y en el otro de conflicto? En fin, ¿las especificidades nacionales dan cuenta de una particular construcción del mercado laboral en Brasil y Argentina?

Según se buscará mostrar a continuación, cuando se observan el modo como los sociólogos se vinculan con el mundo del trabajo y los diversos escenarios donde se insertan en Brasil y Argentina, llaman la atención las profundas convergencias. Allí, contra lo que se podría esperar a partir de historias y tradiciones institucionales tan divergentes, los contrastes pierden fuerza en favor de las semejanzas. Para analizar las prácticas profesionales y dar cuenta de esas afinidades, nos centraremos en los siguientes ejes: 1) la relación entre las carreras o espacios de formación y las prácticas de sus graduados, 2) el rol de las asociaciones o colegios de profesionales, 3) la relación de los sociólogos con sus empleadores y esferas de acción, 4) las disputas entre los distintos perfiles profesionales y, finalmente, 5) los efectos de esas disputas en el desarrollo de la disciplina.

6.1. Los espacios de formación y las prácticas profesionales de los sociólogos

La realización de cualquier carrera universitaria constituye por lo general una marca muy fuerte en la vida de las personas. Estudiar sociología o ciencias sociales no es una excepción. Para buena parte de quienes allí se forman la socialización universitaria constituye no sólo una etapa de fuerte transición vital (que suele ir de la mano de una mayor independencia de la familia y la generación de nuevos vínculos sociales), sino el momento de una ruptura que cambia su forma de ver el mundo y pone en cuestión anteriores certezas en favor de un nuevo marco interpretativo y valorativo (Bonaldi, 2009). Según el propio testimonio de los graduados, en Brasil y Argentina, la sociología constituye una disciplina capaz de ofrecer una mirada “integral” del mundo, que “abre los ojos”, y “contextualiza las cosas que suceden”, que permite “ir más allá de las falsas evidencias e ilusiones del sentido común” (Braga, 2009:154). La sociología, mucho más que como un conjunto de saberes circunscrito al momento y ámbito laboral, aparece como una verdadera cosmovisión que distingue a los iniciados de los no iniciados (De Venanzi, 2003). Cabe preguntarse entonces cuál es la idea de sociología que predomina en las carreras universitarias, a qué metas y cánones se asocia, cuál es la relación que plantea entre formación de grado e inserción laboral.

Tanto en Brasil como en Argentina, las carreras universitarias tienen por lo general como finalidad más o menos explícita la formación de sociólogos dedicados a la vida académica. Las tareas que aparecen como deseables son la docencia y la investigación. Frente a ese ideal, las otras opciones laborales, que como vimos se fueron ampliando en los últimos años, resultan ignoradas (o bien, subestimadas y desvalorizadas). Todas ellas (sea que se den en el mercado, en el sector público o en el denominado tercer sector) parecen estar por debajo de la figura del investigador-docente. Aun cuando en las carreras se pueda reivindicar un fuerte pluralismo como valor a defender, ese pluralismo no incluye las versiones más aplicadas de la disciplina o sus usos no académicos. Como apunta Gomes de Melo en un estudio sobre las representaciones de las prácticas profesionales del sociólogo entre los estudiantes de la Universidad Federal de Paraná (UFPR), “el medio académico es el que baliza sus comprensiones sobre la sociología” (Gomes de Melo, 2005:129). Lo mismo encuentra Alves en su investigación con los graduados de la Universidad Federal de

Río de Janeiro (UFRJ) y la Universidadf Estadual de Río de Janeiro (UERJ). Según pudo constatar, para los sociólogos de ambas instituciones:

El profesional ideal, el sociólogo típico, está en la academia, dedicándose a la investigación y principalmente, a la producción de conocimiento. Esta producción es el trabajo intelectual por excelencia y quien no participa de esa tarea es tenido como “menos sociólogo” o mero “reproductor de la sociología” (Alves, 2007:63).

En relación a la UBA, Bonaldi constata una misma tendencia:

Por detrás de la aparente y tan proclamada pluralidad de perspectivas lo que encontramos es la orientación de la Carrera a un determinado perfil de sociólogo muy ligado a la vida académica, a través de la docencia y la investigación. Ese es el ideal de sociólogo que tienen en mente los docentes, el que transmiten a sus alumnos y el que muchos estudiantes buscan reproducir [...] La vida académica es la que mejor representa el ideal de sociología [...] el más cercano a la *sociología pura* (Bonaldi, 2009:100).

En ese marco, los contenidos más “prácticos” o “aplicados” –que como aquellos vinculados a la elaboración de proyectos institucionales, la consultoría, el análisis organizacional, la planificación serán demandados a buena parte de los graduados–, son excluidos. Ello puede ocurrir aun en una carrera como la de la Universidad Federal de Bahía (UFBA) cuyos estudiantes a lo largo del tiempo se insertaron de manera predominante en la administración estatal en instituciones vinculadas a la planificación y asesoría (Brandao de Andrade, 2002). Según Beltrán, en el caso de la UBA, tal menosprecio y resistencias frente a los contenidos técnicos debe vincularse a la tradición crítica que dominó la trayectoria de la disciplina en el medio local (Beltrán, 2010) y que, con ciertos matices y reorientaciones, fue reactualizada a partir de mediados de los años ochenta cuando la Carrera fue reorganizada. Allí, entre promover la sociología como un discurso crítico, impugnador de la dominación y las relaciones de poder establecidas, y estimular la sociología como profesión, preocupada por garantizar a sus practicantes una buena inserción en el mercado laboral, se favoreció el primer polo (lo que se tradujo en el alejamiento de la institución de ciertas figuras vinculadas a la investigación de mercado y los estudios de opinión) (Blois, 2009a).

Preciso es aclarar que tal orientación, compartida por las carreras aquí analizadas, coincide en buena medida con las expectativas de quienes deciden estudiar sociología o ciencias sociales. Un rasgo común a muchos de los estudiantes es, en efecto, una mirada crítica o disconforme sobre su sociedad y una cierta preocupación por la intervención social. Mucho más que una expectativa por un futuro laboral más claro, lo que, en principio, los mueve es una cierta vocación intelectual, acompañada en varios casos de una expectativa política de promover cambios en la sociedad. Para buena parte de los ingresantes, la preocupación individual por el futuro laboral queda ciertamente en un segundo plano. Como afirma Alves para los estudiantes cariocas “la preparación para la disputa en el mercado profesional no es una preocupación [en el] momento de entrada y llegada a la carrera” (Alves, 2007:61). Cabe resaltar, en este sentido, la convergencia que se constata cuando se analizan algunos de los datos disponibles sobre las motivaciones de los estudiantes para comenzar sus estudios. En una encuesta a estudiantes de la UBA, Testa y su equipo hallaron que poco más del 50% de los encuestados aseguraba haber iniciado sus

estudios por un “interés intelectual y académico” mientras que el 40% refería “la vinculación con la política y la participación social”. Sólo un 5% mencionaba una expectativa laboral (Laboratorio de Análisis Ocupacional, 2001)⁷¹. Por su parte, Schwartzman, en una encuesta a estudiantes de la USP encontraba que sólo un 17% había decidido estudiar Ciencias Sociales para aumentar sus chances de conseguir un buen empleo (Schwartzman, 1995).

No debería sorprender entonces que, cuando se observan los planes de estudio de las carreras con mayor trayectoria, se pueda constatar la marginalidad –o directamente la ausencia de los sistemas de pasantía o prácticas preprofesionales en instituciones no académicas–. Esos sistemas, tan habituales en otras carreras, buscan anticipar o facilitar la inserción de los futuros graduados en el mercado laboral. Así, por ejemplo, si en un estudio de largo plazo sobre los sucesivos planes de estudio de la Carrera de la UFRJ, una de las más antiguas de Brasil, Villas Boas encuentra que las reformulaciones fueron ciertamente frecuentes, coincidiendo en buena medida con los cambios en el escenario político y social brasileño, constata también una secular tendencia hacia la “acumulación” de materias y contenidos que tienen como supuesto u horizonte una formación para la vida académica (Villas Boas, 1995). Otro tanto es posible percibir en el caso de la UBA donde los contenidos más aplicados no encontraron, con excepción de su momento fundacional liderado por Germani, receptividad en las diversas y contrastantes etapas que recorrió esa institución (Mancuso, 2011).

En ese marco, la socialización universitaria, aparece, por lo general, ceñida a la introducción de los alumnos al mundo académico. Para los docentes, formar a los alumnos y facilitarles su futuro desarrollo como profesionales es ayudarlos para que, antes de terminar sus estudios, dispongan ya de alguna experiencia de investigación, hayan participado de algún congreso o conozcan los medios o espacios de difusión científica⁷². En Brasil, dada la difusión e institucionalización del sistema de posgrado, tal orientación resulta reforzada: la graduación aparece en buena medida solamente como un paso previo a la maestría (y, si todo va bien, al doctorado) (Leite, 2004). Las inserciones no académicas resultan pues fuertemente invisibilizadas, produciéndose un notorio desconocimiento de las alternativas de inserción posibles⁷³. Según un graduado de la UBA, devenido consultor de empresas:

⁷¹ Cabe señalar que, según se sostiene en el mismo informe, tales cifras reproducen las encontradas casi diez años atrás cuando se aplicó una encuesta de similares características (Laboratorio de Análisis Ocupacional, 2001).

⁷² Cabe destacar, en este sentido, la experiencia del Laboratorio de Pesquisa Social (LPS) organizado en la carrera de Ciencias Sociales de la UFRJ a fines de los años ochenta. Tal iniciativa se propuso combatir la fuerte deserción que sufría la institución. Para ello, antes que propiciar un mayor conocimiento de las posibilidades que se le abrían al graduado de ciencias sociales en diversos escenarios o esferas sociales, el ejercicio, muy exitoso a la hora de lograr una mayor retención, consistió en incentivar la inserción de los estudiantes en los proyectos de investigación de los docentes (por lo cual recibían una beca) incentivando de ese modo su vocación por la vida académica. Sobre esta experiencia, Cf, Gonçalves y Maggie (1995) y Villas Boas (2003). Un mecanismo semejante persiste hoy en día con las denominadas becas de iniciación científica otorgadas por diversas instituciones de fomento científico a estudiantes de grado.

⁷³ Tal orientación no deja de suscitar algunas críticas, si bien no muy extendidas. Así, en el citado estudio con estudiantes y graduados de Ciencias Sociales de la USP, Schwartzman, constatando en el testimonio de una parte de los graduados un cierto malestar inducido por la distancia entre la formación recibida y las exigencias del mercado laboral, proponía una diversificación de los perfiles de enseñanza de la USP, capaz de responder de manera más ajustada a las necesidades de los estudiantes que no querían seguir una vida académica. Según proponía, era preciso mantener la orientación volcada a la “formación científica y académica”, instancia

Yo creo que la carrera tiene un gravísimo problema que es su desconexión total con el mercado laboral. Por prejuicio... La carrera prepara gente para que trabaje en la propia universidad. Y eso es... Es un delirio. No puede ser así. Así está orientada toda la carrera. O sea, no hay un seminario, no hay una sola materia ni un seminario, nada, que oriente hacia el mercado laboral [...] Y yo creo que tiene que ver con un prejuicio ideológico fundante...La carrera es una carrera que piensa que el mercado laboral es malo porque son las empresas... [...] Los pibes se reciben y no saben qué hacer (sociólogo, 45 años, UBA, graduado en 1989, dueño de consultora de análisis de mercado, antes empleado en consultora de opinión pública y sector académico).

En un mismo sentido, lamentando la falta de orientación que tuvieron durante la realización de los estudios, dos graduadas de ciencias sociales de dos universidades federales de Brasil, señalan:

A lo largo de la carrera no había mucha información de lo que, de hecho, terminaríamos haciendo cuando termináramos la carrera (socióloga, graduada en 1997, UFBA, Brasil) (citado en Brandao de Andrade, 2002:107).

Yo [durante la realización de la carrera] tuve beca de iniciación científica pero no me identifiqué con el área académica y nadie me había hablado sobre otras opciones de trabajo en la facultad. Fue problemático. Vi entonces un reportaje en un diario sobre sociólogos que habían probado otros caminos y resolví intentar algo diferente (socióloga, UFRJ, preparándose para concursar por un cargo público) (citado en Leite, 2004:104).

A la hora de explicar la orientación “academicista” de los espacios de formación, algunos investigadores y analistas brasileños han llamado la atención sobre el particular perfil de quienes están encargados de las labores de docencia (Braga, 2009; Miglievich, 1999). En un marco donde las dedicaciones exclusivas son moneda corriente, los profesores, sociólogos volcados a la vida académica, formarían a su imagen y semejanza a las futuras generaciones, transmitiéndoles sus formas de entender y practicar la sociología como las únicas válidas o, al menos, como las propiamente “sociológicas”. Esa “monopolización” de las posiciones docentes por parte de un determinado perfil profesional sería un elemento clave para entender la persistencia de una formación “cerrada” a los

previa a la formación de posgrado. Por otro lado, era necesario formular un programa de “formación técnica, con fuerte contenido de metodologías cuantitativas y el desarrollo de competencias administrativas y gerenciales” para quienes quisieran insertarse en la administración pública y privada. Finalmente, era preciso formular un programa de “información general sobre política y sociedad contemporánea para personas que no pretendan hacer de las ciencias sociales una actividad profesional” (Schwartzman,1995:81). En una intervención más reciente, Baltar, sociólogo vinculado a las asociaciones profesionales de la disciplina, sostenía una línea similar. En su visión, “gran parte de las universidades, los cursos de Ciencias Sociales y Sociología precisan ser reestructurados para ofrecer una formación directa tanto para el sociólogo profesional como para el profesor de sociología. Son necesarias materias volcadas para el perfil profesional, como investigación no académica, análisis de datos, planeamiento, organización de proyectos sociales, entre otros temas [D]ebe ser estructurada la práctica profesional y acompañada de cerca por profesionales del área, para que se pueda presentar una alternativa a las barreras a la entrada de los jóvenes sociólogos en el mercado profesional” (Baltar, 2013).

cambios en el mundo laboral. Al difundir una idea de sociología donde sus propios saberes, capitales y credenciales resultan jerarquizados, los profesores se asegurarían una posición de privilegio, contribuyendo fuertemente a la invisibilización de la labor realizada por sus colegas fuera de la academia⁷⁴. Como apunta Durand en una corta pero incisiva intervención contra el “academicismo” de los espacios de formación:

el estudiante es formado casi exclusivamente por personas que comparten sólo uno de los espacios de actividad: la docencia universitaria y la investigación académica. Así, es fácil pasarle una definición de sociólogo que tiende a una idea de trabajo intelectual muy impregnada de los manieirismos, de las exigencias y recompensas de las jerarquías universitarias y de la cultura académica: presencia en simposios, congresos y conferencias, titulación y publicaciones. Es por medio de ella que la comunidad de sociólogos, centrada en ese modelo, distingue quien pertenece a ella y quien no. Los demás frentes de trabajo no son mencionados en las clases, manteniéndose en relación a ellos una actividad que va de la complacencia a la hostilidad, en nombre del militantismo político y/o del pensar teórico (Durand, 1984:76).

Si la conformación de un plantel docente heterogéneo, donde participen sociólogos con perfiles diferenciados, parece ser una condición favorable para la consolidación de una enseñanza más plural, no constituye, como el caso de la UBA lo demuestra, una condición suficiente. En esa institución, como vimos más arriba, las dedicaciones exclusivas, salvando el período fundacional, fueron siempre un recurso escaso. En esas condiciones, la situación anhelada por los analistas brasileños es aquí una realidad: buena parte de su plantel docente tiene como inserción principal (en términos de tiempo empleado y del ingreso recibido) una actividad no académica. Ahora bien, lo anterior no altera la consolidación de una Carrera que no refiere los usos no académicos de la disciplina. Esos docentes, sin poner en cuestión la definición de la sociología como disciplina eminentemente académica, se entregan a una práctica docente que no menciona o recupera sus experiencias desarrolladas en sus diversos escenarios de trabajo. Pueden ser destacados consultores, funcionarios o incluso dueños de exitosas empresas de investigación de mercado o de opinión, pero, rara vez, los saberes acumulados fuera de la universidad son referidos (Blois, 2009).

Dado lo anterior, los espacios de formación tienden a plantear un marcado clivaje o divisoria entre el ejercicio académico y no académico de la disciplina. En la medida en que no se incorporan las experiencias que los sociólogos desarrollan más allá de los muros universitarios, se opera como si no todas las inserciones laborales a las que es posible acceder con un título de sociólogo o cientista social fuesen verdaderamente constitutivas de la disciplina. Así, los futuros graduados aprenden a distinguir entre sociólogos “de primera”, aquellos insertos en la academia, y sociólogos “de segunda”, aquellos empleados en las distintas instituciones no académicas. Quienes no quieran o no puedan insertarse en

⁷⁴ El rol estratégico ocupado por las carreras universitarias o espacios de formación en las disputas entre los diversos perfiles o “segmentos” que conforman una profesión ha sido destacada por Bucher y Strauss en un clásico trabajo. Según su visión: “a fin de sobrevivir y desarrollarse, el segmento [o subgrupo profesional] debe estar representado en los centros de formación”. A partir del ejemplo de la medicina, referían: en las “escuelas de medicina [...] las especialidades médicas compiten por el tiempo y la atención del estudiante buscando reclutarlo o, al menos, socializarlo en las actitudes adecuadas hacia ellas” (Bucher y Strauss, 1961:331).

el medio académico deberán lidiar con la sensación de poner en juego una práctica cuyo estatus “sociológico” o pertenencia a la disciplina está ciertamente en duda.

Ahora bien, a la luz de lo que será discutido más adelante (en el apartado 6.3) en torno a la vinculación de los sociólogos con sus clientes y empleadores, bien cabe plantearse aquí si esa sensación, esa duda, no debilitaría a los sociólogos a la hora de salir al mercado de trabajo y plantear frente a quienes financian sus estudios ciertos niveles mínimos de autonomía que la sociología, como cualquier saber especializado, requiere (ciertos tiempos mínimos para procesar los pedidos y favorecer los controles epistemológicos o para redefinir la problemática planteada en sus propios términos y poder así dar una respuesta experta, etcétera). ¿Es posible plantearse la posibilidad de hacer sociología “en serio” más allá del escenario académico si durante la socialización universitaria esa posibilidad es tácita o explícitamente cuestionada? ¿Qué sentido tiene imponer ciertas condiciones al cliente o empleador si, en el fondo, se considera que lo que se hace en esos espacios no forma parte de la sociología?

6.2. ¿La sociología como profesión? Las asociaciones profesionales de sociólogos

Tanto en Brasil como en Argentina, las entidades que buscaron –y buscan– representar a los sociólogos según el modelo de las profesiones tradicionales estuvieron marcadas por una profunda debilidad, falta de reconocimiento y marginalidad en el campo. Aun cuando en ambos casos pudieron conseguir ciertos resultados tendientes a la regulación de la actividad de “sociólogo”, carecieron de la fuerza necesaria para imponerlos en la práctica. Si, por un lado, lograron la promulgación de una ley nacional de regulación del ejercicio de la profesión, que exige el registro de todo aquel sociólogo que se desempeñe profesionalmente, por el otro, los vaivenes en el número de matriculados, así como el hecho de que sea común dar con sociólogos que desconocen la existencia de esas instituciones, revelan el rol limitado que sus esfuerzos han podido ejercer en la estructuración del mercado laboral (Blois, 2009b; Miglievich, 1999, Torini, 2012).

En Brasil, la campaña por la regulación de la sociología como profesión se inició a comienzos de los años sesenta. En torno a tal iniciativa, según señala Marinho, se suscitaban dos posiciones. De un lado, estaba aquella, “compuesta por sociólogos de alta calificación (maestrado, doctorado, posdoctorado) dedicados a la investigación en sociología como disciplina académica”. En su visión, proponer una regulación que hiciera de la sociología una profesión “como cualquier otra” conllevaba una merma del prestigio de una disciplina que debía tener aspiraciones más “elevadas” o sustantivas que la preocupación por la práctica laboral. Del otro, estaba aquella integrada por sociólogos de menor calificación insertos, en su mayoría, en diversos órganos de la administración pública. En la medida en que la competencia o disputa con otras profesiones por ocupar cargos y responsabilidades era moneda corriente –siendo una cuestión fundamental que los concursos para cargos públicos incluyesen como profesión reconocida a la sociología–, la causa de la regulación se les aparecía “como justa y necesaria” (Marinho, 1987:227). Fruto de los esfuerzos de este sector, y pese al desinterés o resistencia de sus pares académicos, surgieron en diversos estados del país una serie de asociaciones que buscaron afiliar y

representar a los sociólogos en tanto “profesionales”. Esas asociaciones se organizaron a nivel nacional en 1977 a partir de la Asociación de Sociólogos del Brasil (ASB) y obtuvieron la sanción de la ley, actualmente vigente, que reconoce y protege el ejercicio de la sociología en 1980⁷⁵. Sin embargo, una vez logrado lo anterior, la vida institucional de aquella institución y de sus pares estatales estuvo siempre sujeta a una fuerte inestabilidad: a los períodos de actividad y relativa visibilidad se les sucedieron momentos de virtual parate o desarticulación. En ese marco, no se crearon o consolidaron conexiones firmes con los espacios de formación (Lejeune y Mattos, 2005)⁷⁶.

Lo anterior, sin dudas, resulta ciertamente llamativo en el contexto de un país atravesado por una fuerte tradición corporativa, donde el Estado en diversos momentos (en los años hegemonizados por Vargas pero también durante la dictadura militar), promovió e incentivó la organización de las diferentes actividades y ocupaciones económicas como corporaciones o asociaciones (Moraes Filho, 1966; Fausto y Devoto, 2004). Los sociólogos se mostraron, de ese modo y pese a sus diversas iniciativas, incapaces de acceder a los beneficios que otras disciplinas o profesiones pudieron conquistar. “No hay ejemplos similares al de la OAB (Ordem dos Advogados do Brasil), al de la ABI (Associação Brasileira de Imprensa), al de la IAB (Instituto dos Arquitetos do Brasil) y tantas otras asociaciones profesionales en el caso de los sociólogos [...] En la variedad de sus intereses e ideologías, ingenieros, médicos, abogados, arquitectos, periodistas, especialistas en marketing, economistas, administradores de empresas, contadores, nutricionistas, enfermeros, escritores, músicos y otros profesionales liberales crearon y mantienen sus entidades profesionales. Lo mismo no ocurre con los sociólogos” (Miglievich, mimeo).

La debilidad de las asociaciones profesionales contrasta de manera marcada con la fortaleza de la Sociedad Brasileña de Sociología (SBS), organización con un claro y decidido perfil académico⁷⁷. Fundada en 1950, como sucesora de la Sociedad de Sociología de San Pablo (Barros, 2003; Nascimento, 2011), esta institución ha podido convertirse en una referencia en el campo sociológico local. Sus congresos, realizados de manera regular desde 1987, atraen a buena parte de la comunidad disciplinaria. Junto con la ANPOCS, ha sido gravitante a la hora de negociar los contenidos de las políticas de educación superior y ciencia con las burocracias estatales (Blundi, 1997; Miceli, 2001)⁷⁸.

Frente a las diferencias en el grado de organización de los sociólogos académicos en relación con aquellos insertos en otras esferas sociales, Marinho no dudaba en señalar que, si difícilmente podía hablarse de una “profesión de sociólogo” constituida según el modelo de las profesiones clásicas, capaz de imponer el reconocimiento de una jurisdicción o área de intervención propia en la sociedad, ello no debía ocultar el éxito de los docentes e investigadores universitarios a la hora de reservarse ciertas posiciones y recursos. A partir

⁷⁵ Desde 1961, había habido distintas tentativas para promover la ley. En 1965, una ley, que parecía coronar esos esfuerzos, fue vetada por el presidente (Marinho, 1987).

⁷⁶ La ASB, cabe señalar, fue sucedida en 1989 por la Federación Nacional de Sociólogos (FNS). Esta institución promovió la realización de una serie de encuentros nacionales con cierta regularidad. Sus mayores logros, al igual que aquellos de los distintos sindicatos surgidos en los últimos años, han estado vinculados a los esfuerzos tendientes a la reintroducción de sociología como una materia obligatoria del nivel medio.

⁷⁷ Uno de los requisitos para ser miembro es poseer, al menos, título de maestría. De sus más de 1100 asociados, un setenta por ciento son académicos.

⁷⁸ Tal sociedad no tiene equivalente en Argentina. Si bien, como vimos en el apartado 3, existieron algunos antecedentes, como la Sociedad Argentina de Sociología y la Asociación Sociológica Argentina encabezada por Germani (y de fugaz duración), no se pudieron sostener a lo largo del tiempo.

de su presencia en instituciones como la ANPOCS o la SBS, de sus estrechas vinculaciones con los órganos de financiamiento y de la imposición de ciertos criterios sobre lo que debía considerarse “excelencia intelectual” (muy asociados, por supuesto, a sus propios saberes y credenciales), ese sector promovía una “monopolización o profesionalización, de la cual los ‘sociólogos no académicos’ estaban excluidos” (Marinho, 1987:230). La sociología, según este investigador, era una profesión pero una profesión académica.

En Argentina, el Colegio de Graduados de Sociología (CGS) de la Ciudad de Buenos Aires fue fundado en 1975, agrupando a algunos de los sociólogos que habían sido expulsados de la Carrera de la UBA y varios jóvenes graduados luego de la intervención represiva en la universidad. Además de la lucha por la formulación de la ley que reconociera la “profesión de sociólogo” aprobada en 1988, la institución desarrolló distintas iniciativas entre las que figuran la oferta de cursos de “actualización profesional” –con un cierto énfasis en metodología y técnicas de investigación cuantitativas– y la organización de un congreso nacional de sociología que, en las postrimerías de la dictadura, recibió un buen número de ponencias–. Mantuvo así cierto dinamismo y presencia en los primeros años de la vuelta de la democracia. De particular interés fue su activa participación en la formulación de un plan de estudios para la Carrera de la UBA destinado a remplazar a uno formulado en 1977. El nuevo plan tenía, en relación con planes anteriores, una particularidad: fijaba como requisito para la obtención del diploma la realización de una práctica preprofesional fuera del ámbito específico de la universidad y del mundo académico. El plan, que recuperaba parte del espíritu de apertura hacia la sociología “aplicada” promovido por Germani, fue, sin embargo, resistido por los estudiantes, teniendo una breve vigencia y siendo reemplazado en 1988 por otro donde aquella pasantía –que sin dudas hubiera alentado un perfil de formación distinto– había sido eliminada (Blois, 2012).

Con el transcurrir de los años las actividades del Colegio perdieron fuerza y visibilidad. Su sucesor, el Consejo de Profesionales de Sociología no pudo recuperar aquel lugar y se mantuvo, si se considera el número de matriculados⁷⁹, como una relación relativamente marginal en el escenario de la sociología argentina⁸⁰. Sus actividades, fuertemente invisibilizadas, fueron, a pesar de sus esfuerzos, ignoradas por la mayoría de los graduados⁸¹.

Como pudimos ver, el derrotero de las asociaciones profesionales en Brasil y Argentina ha estado marcado por una fuerte debilidad y marginalidad. Cabe preguntarse, en este contexto, ¿cuáles son los efectos o consecuencias derivadas de lo anterior? Cuando se mira la experiencia de la sociología a la luz de otras comunidades disciplinarias o profesionales, surgen dos cuestiones: una vinculada con los espacios de formación, la otra con las condiciones en la que los sociólogos deben desarrollar sus labores profesionales.

⁷⁹ A mediados de 2012 contaba con menos de 350 miembros con sus matrículas vigentes.

⁸⁰ Cabe consignar aquí que ninguno de nuestros entrevistados estaba matriculado.

⁸¹ Existen en el país otros colegios de profesionales surgidos a mediados los años ochenta (en la provincia de Buenos Aires, San Juan y Santiago del Estero). Su derrotero, pese a ciertas iniciativas que en los últimos años buscaron relanzar sus actividades, no ha escapado a la suerte de su par porteño.

En relación con la primera, los escasos vínculos que esas instituciones pudieron tejer con los espacios de formación, una particularidad si se piensa en el papel que las corporaciones de médicos, abogados o ingenieros juegan a la hora de definir planes de estudios y perfil de las carreras, son una de las claves que explican la distancia observada en el apartado anterior entre los espacios de formación y las actividades de buena parte de sus graduados. ¿La participación de estas asociaciones no alentaría un mayor conocimiento de las diversas opciones disponibles, más allá de la académica? ¿No se acotarían los márgenes de desconcierto que los estudiantes próximos a graduarse deben enfrentar cuando no visualizan un futuro en la academia?

En relación con la segunda, la marginalidad e invisibilización de estas instituciones parece ofrecer una de las claves para comprender la relación que los sociólogos establecen con sus clientes y empleadores, signadas, como veremos en el próximo apartado, por una marcada debilidad. Los sociólogos están, en este marco y como enfatiza Miglievich, fuertemente individualizados en los espacios no académicos. ¿Una “corporación” sociológica más fuerte no contribuiría para que los sociólogos pudieran establecer ciertos criterios básicos a la hora de responder a sus demandas y encargos? Como nos enseña la sociología de las profesiones, la instauración de un margen de autonomía para suministrar un servicio cualquiera (aliviar un dolor, aplicar la ley, construir un puente, etcétera) implica la organización y movilización colectiva de un conjunto de individuos que compartiendo una misma formación deciden regular su práctica y comprometerse con unos principios operativos y éticos compartidos.

La defensa de la sociología aplicada y de la sociología como profesión

Al tiempo que salían las primeras cohortes de graduados en sociología y ciencias sociales, tanto en Brasil como en Argentina, surgieron algunas voces que defendían con énfasis la idea de la sociología como una disciplina “aplicada” que debía asesorar, en base a sus investigaciones y diagnósticos, a diversos actores e instituciones sociales. Según estas visiones, las profundas transformaciones sociales en curso hacían imperativo la constitución de la sociología como una “profesión” que debía ofrecer sus servicios a una variada clientela y público. El sociólogo, rompiendo con cualquier prurito “academicista” debía asumir con decisión las tareas asesoramiento y esclarecimiento que los tomadores de decisión, en un mundo cada vez más complejo, requerían de modo creciente. Hubo incluso algunos que, como Jorge Graciarena (1968) o Guerreiro Ramos (1965), propusieron su participación en la propia toma de decisiones, reemplazando a funcionarios o políticos no siempre muy creativos o preparados.

Lo anterior, según se planteaba, podría aumentar los grados de racionalidad sociales y promover de esa forma el desarrollo y progreso social. Sin temor para reconocerse como “técnicos” o “expertos”, los sociólogos debían ofrecer sus conocimientos y destrezas a los sindicatos, cooperativas, partidos políticos, empresas, medios de comunicación, gobiernos municipales y provinciales, dependencias del Estado nacional; en fin, un conjunto heterogéneo de organizaciones que, si perseguían distintas finalidades y revestían diversas estructuras organizativas, compartían el hecho de necesitar –aun cuando no siempre lo supieran– “asesoramiento sociológico”. Si, según reconocían, estas instituciones no necesariamente estaban interesadas en promover el estudio profundo y sistemático de los entornos o ambientes donde operaban (y sería ridículo proponerle estudios o investigaciones que no conectasen de manera ostensible con sus necesidades prácticas inmediatas), sí podrían apreciar un asesoramiento que, en base a ciertas informaciones y diagnósticos, pudieran servirles para una búsqueda racional de sus

metas (Di Tella, 1967).

La implicación de los sociólogos fuera del mundo universitario, destacaron una y otra vez, no sería sólo beneficiosa para la sociedad. Antes bien, la propia disciplina, siempre proclive a quedar encerrada en los claustros académicos y perder de ese modo su relevancia social, podría recuperar de esa forma su vocación más profunda y original: operar como un “instrumento útil para modificar la sociedad” (Mora y Araujo, 1971). Según denunciaban estas miradas, asumida como una empresa estrictamente académica, la sociología devenía un fin en sí mismo. Los sociólogos se escindían del mundo “real” y su accionar no conocía otra motivación o meta que la búsqueda del reconocimiento entre pares. Sus temas y preocupaciones, en ese marco, se orientaban más a mostrar el conocimiento de la última moda teórica o metodológica y no a dar respuestas a las “realidades apremiantes” de la sociedad en la que vivían.

Esfuerzos indisociables de una misma empresa científica, el desarrollo de la sociología como ciencia aplicada no podía dejar de contribuir al desarrollo de la sociología como ciencia básica. Alimentándose mutuamente antes que compitiendo, como había sostenido Germani antes, el nivel alcanzado en una no podía disociarse del nivel alcanzado por la otra. Asumirlas como territorios en conflicto, sólo podía producir perjuicios de uno y otro lado. Era preciso entonces romper con cualquier barrera o límite que conspirara contra su cooperación ya que, si la desconexión de la “realidad concreta” favorecía una práctica académica desprovista de cualquier valor social, el trabajo para una clientela que no estableciera vínculos con los conocimientos producidos en la academia carecería de rigor “científico”.

Ahora bien, lo anterior no implicaba una sumisión inmediata a los dictados de la clientela. Lejos de ello, según señalaban una y otra vez, volcar la actividad sociológica hacia el asesoramiento de instituciones de diverso tipo no hacía del sociólogo un individuo sin margen de maniobra que, a la manera de un mercenario, debía asumir la realización de sus encargos en las condiciones y ritmos por ellas fijadas (Durand, 1984). Si, claro está, no podía desconocer sus necesidades e intereses, su trabajo debía siempre tener una autonomía relativa frente a la demanda. La sociología, como cualquier profesión, implicaba, en ese sentido, un “compromiso” con un conjunto de normas o principios específicos que todo sociólogo debía respetar. Era, de hecho, en base a esos principios que debía imponer ciertas condiciones en su trabajo: el reconocimiento de tiempos o plazos mínimos que garantizaran cierto estándares de calidad, la realización de indagaciones de mayor alcance, susceptibles de poner en juego ideas teóricas más complejas y de propiciar un mutuo soporte con la investigación básica desarrollada en la academia, etcétera. Para estos sociólogos, tales imposiciones constituían un “deber profesional”. Olvidarlos o dejarlos de lado implicaba un ineludible alejamiento de la sociología.

Fueron estos discursos los que sustentaron y dieron impulso a las tentativas e iniciativas que buscaron promover el reconocimiento de la sociología como una profesión ante el Estado. Así, Moraes Filho, en un artículo donde criticaba la decisión presidencial de vetar una ley de ejercicio profesional de la sociología sancionada en 1964, justificaba la imperiosa necesidad de semejante ley al señalar que la sociología constituía una profesión más del sistema de profesiones que desde la modernidad se venía constituyendo. Y era, de hecho, una profesión particularmente relevante pues no había problema actual que no tuviese una dimensión “social”, jurisdicción propia de los sociólogos. Sin una ley, se daría espacio al accionar imprudente de diletantes o amateurs. “Como la medicina, la abogacía, la odontología, la publicidad, la biblioteconomía, la enfermería, el periodismo, cualquier profesión [...] la de sociólogo necesita también una ética profesional” (Moras Filho, 1965:69). Ese código, reconocido por la legislación estatal, podría “impedir el ejercicio de la profesión a quien faltara con sus deberes en relación a terceros (servicio público, cliente, empleado o empleador); o a quien utilizara técnicas sociológicas para fines delictivos, inmorales, engañosos o de propaganda comercial nociva para la colectividad o la profesión” (Moraes Filho, 1965:71,71). Reconocer y regular la profesión de sociólogo, señalaba el sociólogo apelando al discurso justificador típico de las profesiones, no era más que defender “el interés público”. Finalmente, y apuntando contra cualquier “desviación” “academicista” recordaba,

citando una frase de Albert Einstein recuperada por Robert Lynd en una obra que se preguntaba por la finalidad de la sociología: “La preocupación por el hombre mismo y su destino siempre tiene que formar el principal interés de todos los emprendimientos técnicos. Nunca olvidés esto en la bruma de tus diagramas y ecuaciones” (citado en Moras Filho, 1965:78).

6.3. Los sociólogos y sus esferas laborales. Entre la autonomía y la heteronomía

La forma en que los sociólogos desarrollan sus actividades en las diversas esferas donde se incorporan está fuertemente condicionada por la lógica de esos espacios. Por sus objetivos y dimensiones, esas instituciones o esferas presentan importantes diferencias: persiguen orientaciones específicas, tienen un tamaño y alcance dispares, exigen tareas y ritmos de trabajo diferenciados, poseen formas de ingreso y jerarquías particulares. Al demandar distintas tareas y saberes, esas esferas fomentan un conjunto de orientaciones y modos de hacer que les son propios. Podría afirmarse, en ese sentido, que promueven la multiplicación de una serie diferenciada de prácticas u “oficios” de sociólogo: el “trabajo académico”, la “consultoría para ONG”, el “trabajo en el Estado”, la “investigación de mercado”, el “análisis de opinión”, etcétera.

El trabajo en el Estado, según vimos, al tiempo que podía demandar un manejo fluido del instrumental metodológico de la disciplina (al menos en algunas de sus posiciones) podía también requerir la aceptación de un tipo de investigación fuertemente estandarizada o “burocratizada”, que limitaba la posibilidad de imponer una impronta más propia al trabajo. La investigación de mercado, por ejemplo, si podía suponer en ciertos casos un diseño más “artesanal”, presentaba la necesidad de orientar la investigación de modo tal que los resultados pudieran “servir” a los intereses de quien contrataba esa investigación. Otro tanto podía ocurrir, según vimos también, con el trabajo en las ONG en su relación con los financiadores.

Lidiar con las orientaciones e intereses de un cliente o empleador es una realidad que toda profesión que ofrece sus servicios fuera del medio académico afronta cotidianamente. Tales intereses pueden, y así lo hacen frecuentemente, entrar en tensión con la forma como los miembros de esa profesión consideran necesario actuar o responder en una determinada situación. Lo anterior no sorprende si se recuerda que una profesión se constituye contra la lógica comercial propia de las relaciones de mercado, donde quien pone los recursos es quien define los parámetros en los que su demanda es satisfecha (o, en términos más sencillos, donde “el cliente siempre tiene la razón”), en favor de una propedéutica basada en principios cognitivos y éticos definidos de manera relativamente autónoma (Hughes, 1952). Ahora bien, ¿cómo se posicionan los sociólogos en Brasil y Argentina frente a sus demandas? ¿Qué grado de injerencia tienen a la hora de definir los modos en que se responden los pedidos? ¿Pueden negociar tiempos mínimos que sustenten un trabajo más riguroso o profundo? ¿Son capaces de imponer una impronta propia que vuelva sus inserciones más atractivas o interesantes para ellos mismos?

Cuando se observan las prácticas laborales de los sociólogos fuera de la academia se constata, tal como sugeríamos en los dos apartados anteriores, que su trabajo está signado por una profunda debilidad frente a las demandas e intereses de sus clientes o empleadores. Aun cuando puedan experimentar cierta incomodidad o malestar ante tal situación, deben por lo general trabajar según los plazos, las orientaciones y el nivel de elaboración

definidos por quienes los contratan. Según la esfera de la que se trate el imperativo puede variar pero en todos tiende a predominar una misma adaptación.

En el sector privado, tanto en investigación de mercado como en opinión pública, las necesidades del cliente, en la medida en que financian el trabajo, son un elemento a tener en cuenta. Hay veces en que a la consultora llega un pedido estrictamente delimitado que indica lo que hay que hacer (estrategia y técnicas metodológicas a emplear, tamaño de la muestra, cantidad de entrevistas a realizar, etcétera), pero también hay oportunidades en que lo que se encarga es más difuso y permite poner en juego una labor más creativa. El trabajo, en esos casos, está lejos de la rutina o monotonía que puede predominar en buena parte de las inserciones estatales. Ahora bien, para quienes se insertan en el sector privado el mayor condicionamiento es, sin dudas, la necesidad de vender. Ella siempre aparece como un límite a lo que se puede investigar, hacer o incluso decir. Esa dosis de pragmatismo puede implicar el abandono de las propias convicciones sobre la mejor forma de hacer el estudio.

Esta es la parte... pragmática, de la *real politik*, de la “real investigacionsik”. Hay dos maneras de enfrentar un problema, dos metodologías posibles, ¿no? A mí me puede parecer por el objetivo de la investigación, por las características del producto, por una serie de razones que es mejor un diseño que el otro. Y puedo estar bastante convencido. Ahora, a lo mejor mi cliente con otros argumentos que a mí incluso me pueden parecer que no son los mejores, cree que hay que hacerlo de otra manera. Y la verdad que yo le quiero vender el estudio así que vamos por ahí. ¡Si es para vos! Yo te ayudo mientras vos me dejes que te ayude. Si a vos te parece otra cosa... Acá yo tengo que vender un estudio y entonces lo que decís muchas veces tiene que ver con lo que vos te imaginás que es una línea de trabajo que te puede ayudar en la relación con el cliente... qué sé yo... La investigación de mercado está cruzada por muchas otras cosas” (sociólogo, 45 años, graduado en 1989, UBA, dueño de consultora de análisis de mercado, antes empleado en consultora de opinión pública y sector académico).

Así, es comprensible que las inquietudes del cliente impongan, sin grandes resistencias o reformulaciones, el tema, ritmo y velocidad del trabajo. En esas condiciones, según reconocen los propios sociólogos, lo importante en una buena proporción de casos es ofrecer argumentos susceptibles de legitimar o justificar decisiones previamente tomadas.

El objetivo es satisfacer al cliente, hay una relación de cliente ahí. Está bien que cuando uno hace una investigación [académica] también tiene a quién... O sea, no es ajeno digamos, a toda una trama de relaciones pero bueno, ahí [en investigación de mercado] es claro. Tenés un cliente a quien responderle, números que le gustan y números que no le gustan... ¿Qué sé yo? Uno de los clientes con los que yo trabajaba era Telefónica y en realidad, cuando salían números que no le gustaban, lo primero que hacían era cuestionar el relevamiento. Entonces, cada vez que salía un número que no era positivo, era “Uh, chequeemos que esté todo bien”... Era una relación de clientes... (socióloga, 32 años, graduada en 2005, UBA, sector estatal, antes fundadora de una ONG y empleada en una consultora de análisis de mercado).

Una misma tendencia encontraba –y criticaba duramente– Durand entre los sociólogos dedicados a la investigación de mercado en Brasil. Cabe señalar que el mismo había desarrollado esas labores en una fase previa de su trayectoria laboral:

Empleados en jornadas de tiempo completo acaban sucumbiendo al ritmo agitado de los plazos de entrega de los informes y a la disputa por los clientes más dispendiosos. De ahí resulta tal complicidad con el medio gerencial que difícilmente se encuentre algún investigador de mercado que tenga preguntas propias para los públicos que entrevista. Ellos están dócilmente limitados a lo que el cliente postula, acatando el principio de que las informaciones que recogen son propiedad exclusiva de quien las paga. Aun cuando consiguen diseñar alguna investigación que dé más curso a la imaginación y revele alguna dimensión desconocida de la sociedad, no están estimulados para re trabajar los resultados fuera del medio y fuera del discurso impuesto por el medio. (Durand, 1984:77,78).

Y proseguía contando un episodio ciertamente interesante:

Conozco una investigación bastante comentada sobre la mujer como consumidora, que reveló una razonable insatisfacción femenina con el trabajo doméstico y con la propaganda embrutecedora de los materiales de limpieza. La agencia publicitaria que realizó la investigación se involucró en la divulgación “embalando” los resultados en audiovisuales seductores y en un lenguaje suavizado; con eso, consiguió diluir los hallazgos con el fin de volverlos digeribles por el público conservador y machista de los ejecutivos de empresa a quienes pretendía vender estudios similares (Durand, 1984:78).

Tal situación produce muchas veces un persistente malestar. De hecho, no es inusual que a la hora de describir sus tareas los investigadores de mercado ridiculicen lo que hacen. Lejos de pensar y manifestar que estudian cuestiones más generales como las pautas de consumo de un determinado grupo social o las estrategias de distinción a partir del consumo de ciertos productos o marcas, suelen referir que lo que hacen es ante todo “vender”.

Tenía este problema con las temáticas, estando en la facultad había leído investigaciones, de Germani, y después estaba trabajando en la consultora generando un cuestionario para medir un champú. Ahí sí sentía una diferencia muy grossa y sentía el quiebre (socióloga, 36 años, graduada en 1998, UBA, sector estatal, antes empleada en organismo multinacional y en consultora de análisis de mercado).

Siempre está la pregunta de para qué estamos usando todo lo que estamos consumiendo como investigación. Yo, en un punto, vendo desodorantes, o sea, ¿qué hago? Vendo desodorantes! Las preguntas a veces pueden ser más amplias o mucho más ricas y yo puedo tomar cosas que me sirven y pensar cosas por otro lado, pero en un punto el rol que yo tengo en la empresa tiene que ver con entender todo lo que quieras pero para seguir vendiendo aún más desodorantes, y en lo posible muchísimo más! (socióloga, 35 años, graduada en 2000, UBA, empleada en área de investigación de mercado de empresa multinacional, antes empleada en consultora de análisis de mercado).

Si ello puede incomodar pues no dejan de sentir que lo que hacen carece de valor desde el punto de vista disciplinario, lo cierto es que esta situación tiene un costado “liberador” ya que exime de la necesidad de pensar, para cada uno de sus encargos, las condiciones en las que su trabajo debería ser realizado en vistas a garantizar su rigor o

precisión. En lugar de ello, y evitando cualquier negociación que podría tensar la relación con quienes suministran los recursos, los graduados ofrecen lo que el cliente o empleador demanda (y cree necesitar) para sus preocupaciones más inmediatas. Ello, por supuesto, no necesariamente coincide con aquello que podría surgir de un estudio más sistemático.

En esas condiciones, la tensión propia de cualquier profesión entre el interés comercial (la necesidad de vender un servicio) y la ética profesional (la necesidad de proveerlo en base a ciertos estándares de calidad cognitivos y éticos), se diluye. Asumiendo un comportamiento ciertamente estratégico, todo lo que pueda atentar contra una próxima contratación es dejado de lado. El rigor sociológico se presenta como una utopía, propia de ingenuos o “pichones”, que es preciso sacrificar en nombre del realismo que impone la supervivencia en el mercado laboral.

Yo tengo un interés por ganar gaita que no es lo habitual entre los sociólogos académicos, definitivamente no es lo habitual. Soy capaz de dejar de lado cuestiones metodológicas por implementar proyectos. Los pasos a seguir de metodología no los sigo. La rigurosidad la dejé... Nunca la tuve en realidad. Yo no soy un tipo riguroso. Mirado desde la academia, no soy riguroso [...] Hay pruritos que sé que se tienen que pasar por alto porque las organizaciones necesitan respuestas que igual se pueden dar. Voy a llegar al mismo lugar; y sí, no te voy a contar todos los pasos, no voy a hacer todos los pasos que tendría que haber hecho pero el resultado va a ser el mismo. (sociólogo, 37 años, graduado en 1999, UBA, consultor organizacional de grandes empresas, antes jefe de recursos humanos en empresa multinacional).

La producción de información agregada en una ONG suele tener un carácter flexible. De hecho, los sociólogos muchas veces son contratados por manejar un conocimiento metodológico para la construcción de datos e indicadores que resulta ajeno al personal estable de la institución. En esas condiciones, suelen contar con un importante margen para diseñar el estudio, definiendo preguntas y objetivos de manera más autónoma. Sin procedimientos estandarizados o previamente establecidos, el trabajo es más permeable a las orientaciones y decisiones individuales. Pueden, en ese sentido, llevar a cabo de acuerdo a su buen entender, el conjunto de la investigación.

Sin embargo, no es inusual que las necesidades de la institución limiten fuertemente aquello que se puede decir. Pese a que en este caso no está la necesidad de contemplar los intereses de un cliente, el pragmatismo no desaparece. Siempre es preciso convencer a los financiadores de la utilidad o bondades del estudio o intervención a realizar. Nada que disminuya esas posibilidades puede entonces figurar en el informe sin generar resistencias. Aquí, como en el mundo de las empresas, es necesario conocer el juego “político” donde se inserta quien encarga el estudio.

Yo tuve cuatro investigadores, uno era el más responsable, los otros tres ya sabían la dinámica de laburar adentro de la ONG. Entonces los otros tres hacían un laburo de mierda, pero aceptable para trabajar en una ONG. Uno que lo había llevado yo, era el más crítico, para mí, el mejor laburo sociológico... Le reescribieron el artículo porque el análisis que hacía era muy crítico. Y no había lugar para un análisis crítico. Entonces, con la cantidad de gaita que venía, lo que había que hacer era un “como si”. Y yo me quedé re enojada, con una sensación de que no me hagan investigar si vamos a tener que mentir en los resultados. Para eso no investigo. Vamos a mentir desde el principio, no vamos a estar tres meses para

escribir esto. (socióloga, 34 años, graduada en 2001, UBA, consultoría free lance para el Estado, ONG y empresas, antes empleada del área de investigación de mercado en empresa multinacional, Argentina).

Sin reclamar un mayor grado de autonomía en sus diversas inserciones, los graduados se amoldan a las necesidades de cada esfera sin propiciar una redefinición de las demandas recibidas. Así, lo que los sociólogos de las profesiones (los funcionalistas tanto como sus críticos) le han reconocido a las profesiones, la posibilidad de mantener frente a las demandas de sus clientelas una cierta independencia de criterio para definir la forma en que satisfacen esas demandas y se encara el trabajo (manteniendo de hecho una posición dominante en su relación con el cliente), no aparece como posibilidad para los propios sociólogos. Ellos tienden a mantener una posición subordinada, muy debilitada a la hora de condicionar las orientaciones e intereses de quienes contratan sus servicios. La posición o potestad de un médico, un abogado o un ingeniero, que no toma en cuenta las opiniones de su paciente o cliente profano a la hora de fijar sus diagnósticos o estrategias no es pensable para el caso de los sociólogos. Por el contrario, según suele ocurrir, quedan presos de la lógica del mercado o de la organización burocrática donde el que paga los servicios impone los criterios a partir de los cuales se realiza el trabajo (Freidson, 2001). En esas condiciones, “es el mercado el que nivel la profesión [de modo tal que] son los atributos valorizados por el mercado –la respuesta rápida, la información sin pensamiento, el foco en el cliente– que dictan la configuración del sector y de las habilidades exigidas” (Braga, 2009:165). Como apunta Miglievich en un mismo sentido,

el tiempo [su carácter exiguo] es el principal enemigo de la calidad de sus intervenciones, así surge del discurso de los entrevistados, que no pueden mantener una interlocución más productiva con los pares por la fuerza del inmediatez de los plazos en la realización de los trabajos. En ese sentido, demuestran una añoranza de la Universidad, idealizada, aún, como espacio que permite, en la propia concepción de la investigación, las horas dedicadas a las lecturas y los debates teórico-epistemológicos. Definitivamente, los sociólogos fuera de la academia no encuentran –y siquiera esperan encontrar– en su ambiente profesional el estímulo a la maduración conceptual” (Miglievich, mimeo).

Frente a ello, la sociología practicada en los espacios académicos es reconocida como el ámbito donde se puede gozar de una amplia autonomía frente a las audiencias o públicos más amplios. Los sociólogos empleados en la academia, pero también aquellos insertos más allá de sus fronteras, coinciden en señalar que allí es posible llevar a cabo una labor “crítica”, capaz de escoger temas de estudio “interesantes”, trabajarlos con un tiempo más largo, y darse unas preguntas no mediados por el interés particular o “deformante” de ningún cliente o empleador al que poco le interesa el avance de la sociología o la crítica de la sociedad.

Esa situación, en efecto, puede vincularse con el proceso de consolidación del sistema científico que –en Brasil con más fuerza y recursos que en Argentina–, desde hace varios años viene, como vimos en el apartado 5.1, generando un entramado institucional que premió de manera creciente aquellas iniciativas vinculadas a la producción destinada a los propios pares (la publicación de artículos, la participación en congresos, etcétera) en detrimento de aquella volcada hacia “fuera” (la divulgación, la transferencia, etcétera). Tal autonomía, entendida aquí como la independencia relativa de la influencia de públicos o

audiencias legas, conlleva de ese modo una cuota correlativa de “ensimismamiento” de la esfera académica⁸².

Pese a que no son inusuales las críticas o llamados de atención al respecto⁸³, para buena parte de los académicos sus únicas audiencias o públicos son por lo general sus estudiantes y colegas. Mientras algunos viven con incomodidad lo que consideran un excesivo “encierro” y anhelan la posibilidad de generar vínculos con actores o instituciones no académicos, otros asumen con naturalidad ese estado de cosas y se acomodan a las exigencias propias del sistema académico. Hay quienes, en ese marco, defienden la sociología como una empresa que no tiene –ni debería preocuparse por tener al menos en principio– otra finalidad que la búsqueda del saber como un fin en sí mismo.

6.4. Las disputas entre los sociólogos con perfiles diversos

Contra el “aislamiento” y autorreferencia de los académicos (o “autopoiesis” según el testimonio irónico de uno de los representantes del Sindicato dos Sociólogos do Estado do Rio de Janeiro (SINDSERJ)), los sociólogos con inserciones no académicas suelen resaltar las relaciones de cercanía que tienen con los decisores en las diversas esferas donde actúan. Su labor, según gustan señalar, no termina en una pura discusión entre pares, “aislada” del conjunto de la sociedad (sólo conocida, en el mejor de los casos, por un puñado de colegas). Su sociología es una sociología “conectada” y “práctica”. Como apunta Migliovich, su trabajo se les aparece como “una posibilidad efectiva de vincular el saber a una práctica de intervención sobre la realidad social, oponiéndose a las tendencias academicistas en su acepción de producción de conocimiento descomprometido con las demandas sociales más urgentes” (Migliovich, mimeo). Lo anterior, por supuesto, jerarquiza sus labores y le da su razón de ser, y se trasluce según observa la misma autora en la forma en que los sociólogos describen sus funciones y refuerzan su “autoestima”.

⁸² Preciso es aclarar aquí que la noción de autonomía puede revestir distintos alcances o sentidos: ¿autonomía de qué?, ¿de las ideas y conceptos producidos en los centros mundiales de la disciplina?, ¿de las agencias que financian el desarrollo de la investigación científica?, etcétera. En este caso, y siguiendo el sentido dado por los propios graduados, nos referimos, como se indicó, a la autonomía respecto de la influencia de públicos o audiencias –clientes y empleadores– no especializados. Como vimos más arriba, si en base a ese sentido, la academia, merced a un proceso de profesionalización, aumentó sus grados de autonomía, ese incremento fue de la mano de una creciente sumisión a los mecanismos de evaluación y acreditación que, con sus estándares de productividad crecientes, condicionan fuertemente el tipo de producción sociológica realizada en este escenario, volviéndola más “ensimismada”.

⁸³ Según Vianna, por dar un ejemplo, el éxito de la disciplina para consolidar su posición en el sistema académico y científico, junto con la crisis de la idea de intelectual tradicional clásica, podrían conllevar “la posibilidad de su perversión corporativa en torno de pequeños objetos –tendencia que está contenida en los procesos de institucionalización de la ciencia de hoy–, traducidos en especializaciones al servicio de las carreras profesionales de sus practicantes y de las redes de especialistas, nacionales e internacionales, que vengan a establecer, viniendo a girar en el vacío y sin destino social alguno –una comunidad de científicos que se dedicaría a extraer recursos de las políticas públicas para su autorreproducción, encerrada sobre sí misma y privando a las Ciencias Sociales de su relevancia, no apenas social, sino también científica, en virtud de condenar el proceso de conocimiento a la particularización y fragmentación (Vianna, 1994:391). En un mismo sentido, reflexionando sobre el caso argentino, apuntan Rubinich y Langieri (2007) y Svampa (2008) al criticar el “profesionalismo” de nuevo tipo que, contra la tradición de una sociología implicada en los debates públicos del momento, haría de los sociólogos sujetos cada vez más autorreferentes, sólo preocupados por consideraciones “carreristas”.

Yo trabajo en un Programa Popular Urbano [...] Actúo junto a los movimientos populares y acompaño a las políticas de vivienda de Río de Janeiro. Asesoro, también, al Comité Público de Saneamiento y participo de la construcción del foro de reforma urbana (citado en Miglievich, 1999:178).

Mi cargo es el de asesora técnica, es decir, soy investigadora y consultora en [reconocida ONG] Me concentré en el área de hábitat popular y participación popular en planeamiento urbano, pero, como socióloga, soy también consultora para proyectos de otros núcleos como lo de “salud”, “mujer y políticas públicas”, “población en situación de calle”, etc... (citado en Miglievich, 1999:178).

Al destacar la naturaleza “práctica” de sus labores, estos sociólogos disputan el sentido o “para qué” de la disciplina. Pese a que reconocen que la demanda condiciona y puede ser pernicioso, como cuando los ritmos exigidos en su trabajo no les dan la posibilidad de realizar estudios más fundados o rigurosos, no dejan de atribuirle un efecto beneficioso: evitar la tendencia al “encierro” que según ellos caracteriza a la sociología desarrollada en la academia y ofrecer siempre a las labores de los sociólogos una justificación o relevancia ostensible en los usos que los clientes y audiencias profanas realizan de sus servicios. Según pudo constatar Braga, las “características atribuidas al medio universitario fueron, en buena medida, despreciativas: ‘distante de la realidad’, ‘cerrada en torno de sí mismo’, ‘volcado para su propio ombligo’, etc.” (Braga, 2009,161).

Sea informando las decisiones de las grandes empresas, sea asesorando a los políticos profesionales o altos funcionarios del Estado, sea convenciendo a una fundación filantrópica internacional de la necesidad de desarrollar una intervención en un área determinada, la sociología se inserta, según estos sociólogos, gracias a su práctica cotidiana y en contraste con la “marginación” de la academia, en procesos que hacen al núcleo de la producción y orientación de la sociedad.

Si no pueden reivindicar la autonomía pues la consideran poco factible en sus espacios laborales, los graduados con inserciones no académicas exaltan la idea de intervención social para jerarquizar su trabajo (y recusar el de sus pares académicos). Como apunta Miglievich, “es significativo el valor que dan a la sustitución del valor autonomía [...] por el valor compromiso con la institución y sus metas, o con el público al que dirigen sus acciones. El carácter práctico de sus labores es, pues, condición de autoestima” (Miglievich, mimeo). Es llamativo como los motivos e incluso las palabras coinciden en el testimonio de los sociólogos brasileños y argentinos.

Yo tengo una orientación muy práctica para las cosas. Es una característica mía, no me gusta quedarme investigando una cosa que un día tal vez voy a ver si me gusta. Yo voy a buscar la información, por ejemplo, el conocimiento para aplicar allí, puntualmente en un proyecto. Yo quiero resolver una cuestión en este proyecto que estoy resolviendo ahora. La cosa especulativa no tiene que ver con mi naturaleza (socióloga, graduada en 1975, USP, directora en agencia de investigación de mercado, citado en Braga, 2009: 162).

La impresión que da es que la gente que está en el mundo académico tiene aquella postura del intelectual, es decir, de aquel que está más allá del bien y del mal, está allí en el pedestal, sólo viendo cómo es que la sociedad, las cosas... Pero no interactúa... [...]

Lo que yo sentía era eso, es ese distanciamiento. Ellos se preparan, leen aquel montón de libros, tesis, hacen un montón de cosas, pero en la hora de interactuar con la sociedad, con los problemas, es siempre aquella visión académica, es siempre la teoría y nada de práctica (sociólogo, graduado en 1992, USP, analista en agencia de investigación de mercado, citado en Braga, 2009:161).

Yo soy hija de psicoanalistas. Mis padres fueron dos profesores en la Universidad de Buenos Aires, de Psicología. Y siempre se sorprendían de la cantidad de gente que iba ahí que creía que iba a curarse, y en Sociología pasaba lo mismo. Yo creo que soy de las que iba a curarse, yo iba porque quería incidir en el Estado y en cambiar la sociedad y me parecía que era el lugar desde el que se podía hacer. Pero me enseñaron otra cosa, tuve una formación académica. Empecé a trabajar en la mitad de mi carrera, con una socióloga que se dedicaba a la investigación, así que eso fue lo que aprendí a hacer, y cuando lo hice no me gustó, y en cambio cuando trabajé en el Estado siempre me gustó mucho. La sensación de poder participar en decisiones que efectivamente tienen un impacto muy fuerte sobre las condiciones en que las cosas ocurren... (socióloga, 42 años, graduada en 1994, UBA, sector estatal, antes ONG y academia).

Y lo académico más en términos de investigar... Nada, no tengo mucho ese perfil ¿no? Investigar para saber sin un por qué, una cosa que hacer con eso, no me termina de encantar ¿no? Necesito un poco de “Qué se hace con eso que aprendí”. Que es raro porque me encanta leer... Pero yo no puedo producir eso, ¿no? Me siento medio produciendo “aire” [...] De hecho, mi amiga, la que terminó el doctorado sufrió de crisis de abstracción. “¿Y esto?”, “¿A quién le sirve?” ¿no? “¿Qué modifico?” (socióloga, 36 años, graduada en 1996, UBA, jefa del departamento de investigación de mercado de empresa multinacional).

En ese marco, pensando que lo que discuten los académicos sólo tiene sentido en su mundo “cerrado”, quienes desarrollan su actividad en alguna institución no académica se hacen eco de las tradicionales críticas a los intelectuales que denuncian su incapacidad para comprender el mundo que, empero, dicen estudiar. Así, quienes desarrollan un trabajo en “territorio” reivindican “poner los pies en el barro” contra los sesgos de un distanciamiento excesivo que ignora las complejidades y matices sólo accesibles a partir de la inmersión en el “campo”. Quienes participan de la formulación de la política pública señalan la *expertise* práctica que surge de la acción sobre los problemas “concretos” de la gestión como un diferencial que los aleja de las interminables discusiones “teoricistas” de los académicos, muy “entretendidas” pero carentes, de acuerdo a su mirada, de cualquier valor para la decisión en el Estado.

[Trabajando en la villa] descubrí otra realidad, yo estaba como muy bicho de escritorio, digamos. La pobreza era un porcentaje para mí... Después de años laburando ahí, como que empecé a entender de otra manera tal vez las cosas que leí... O me pasaba de hablar con compañeros míos que tal vez escribían sobre pobreza, pero viste cuando decís: “vos nunca pisaste el barrio!”. Como que empecé a ver las cosas de otra manera, a interpretarlas de otra manera, como a sentir de otra manera, no sé... Y empecé a tener también como una discusión con el tema metodológico, con la metodología de decir, bueno, empecé como a sentir fuerte esta cuestión de que uno no puede investigar si no tenés una mínima inserción en el lugar. Era muy difícil venir de afuera, hacer un par de entrevistas e interpretar la realidad de un barrio, de un grupo, de lo que sea (socióloga, 33 años, graduada en 2001, UBA, sector estatal).

[Cuando se dedican a la política social, los académicos] tienen esa mirada tan europea, viste, tan academicista de los problemas donde, viste, nada termina de aterrizar nunca. Y si estás discutiendo política social estás discutiendo alguna cosa vinculada con la intervención, ¿no? No digo Trabajo Social, pero digo tu objeto de reflexión es algo que está operando sobre la realidad concretamente. No estás discutiendo Rawls y los criterios de equidad, su polémica con Habermas, no estás discutiendo filosofía política, no estás discutiendo la crisis del Estado de bienestar. Cuando discutís política social, estás discutiendo cuáles son los criterios para evaluar opciones, para pensar cómo opera el problema de la equidad, el problema de la eficiencia o lo que vos quieras, frente a unas decisiones políticas, en términos de los efectos sobre la población... (sociólogo, 44 años, graduado en 1990, UBA, consultor free lance para ONG, antes sector estatal y consultoría de opinión pública).

Las críticas al medio académico no sólo se refieren al elevado grado de abstracción –o “enfrascamiento”– de sus afirmaciones, cuestión que les impediría desarrollar un conocimiento ajustado de la realidad. Antes bien, las críticas también apuntan al abandono del compromiso con la intervención social que, según su visión, la disciplina comportaría. Así, para buena parte de los graduados empleados fuera del medio académico, la sociología académica ha devenido “un lugar de fabricación de *papers*, absolutamente ya imparable, adentro de una lógica de congreso tras congreso” que sólo sirven los intereses de los “obreros del curriculum”, individuos cuya principal preocupación es hacerse un nombre entre sus colegas, hacerse de una cátedra universitaria y acceder al próximo proyecto o financiamiento. Así, los sociólogos académicos, ensimismados en su sistema de recompensas académicas, habrían olvidado su compromiso, algo que resulta visible en su despreocupación porque las investigaciones tengan un impacto en la “realidad” tanto como en la elección de temas carentes de cualquier relevancia social, elegidos más por el prestigio que puedan suscitar entre los pares que por las mejoras que puedan contribuir a producir en la sociedad.

Hay centros de investigación privados que se pasaron décadas hablando del embarazo adolescente. Pero, ¿qué estuvieron haciendo por el embarazo adolescente? Nada más que hablándole a su propio mundo, dentro de su propio campo, sin ningún tipo de proyección hacia ningún lado. Y vos te vas a Centroamérica y tenés una ONG donde hay sociólogos que trabajan con prostitutas –de El Salvador, por ejemplo– y hacen talleres. Digo, no son ningunos tontos ni trabajan juntando ropas para los pobres, ni hacen caridad ni nada. Están volcando todo su marco, su conocimiento y articulándose. Pero a esos sociólogos no los conoce nadie. Para mí es un desaliento, una decepción [...] Si vos tenés alguna idea de hacer alguna aplicación práctica [...] sos considerado un inocente, un pichón; sos de alguna manera descalificado: “No pierdas tiempo, seguí con tu doctorado” (socióloga, 38 años, graduada en 1997, UBA, sector estatal)

En muchos casos, me parece que hay falta de compromiso político con lo que se hace, con lo que se investiga. Digo, hablo de la academia más cerrada... Desde mi punto de vista, con una intervención similar a nada, digamos, cercana a nada. “La música electrónica de los años ochenta y su vinculación con la danza de rap de la década posterior”. No sé. ¿Viste? [...] Investigar es a la vez necesariamente intervenir... Porque para mí, investigar es para eso, no para publicar un buen *paper*... En algún momento hay que hacer algo, algo que tenga impacto en mi realidad más cercana (socióloga, 34

años, graduada en 2001, UBA, consultoría free lance para el Estado, ONG y empresas, antes empleada en el área de investigación de mercado en empresa multinacional).

Por supuesto, esas críticas y sus respuestas son parte de las disputas que en toda comunidad profesional diferenciada se dan en torno a la clasificación y jerarquización de las distintas prácticas y saberes de sus miembros. Las críticas, en efecto, están siempre en función de legitimar ciertos estilos o ámbitos de trabajo en detrimento de otros. Ahora bien, más allá de los atributos o cualidades a partir de los cuales busquen distinguirse, inmersos en sus discusiones, los sociólogos con diversos perfiles comparten unos mismos principios de clasificación que impiden pensar la arbitrariedad de tales divisiones. ¿No sería posible, como sugería Durand, una investigación de mercado que incorporase preguntas más amplias que excedan el interés puntual del cliente? ¿No sería posible proyectar investigaciones académicas que conectasen más frecuentemente con las necesidades de actores sociales concretos? La vocación de distinguirse y disputar la superioridad de cada ejercicio profesional, antes que propiciar acercamientos, exalta las diferencias y refuerza los condicionamientos que las diversas esferas imponen para la producción de un conjunto de oficios fuertemente diferenciados: un oficio académico autónomo pero “ensimismado” y un oficio “conectado” (con las necesidades de diversas instituciones y actores sociales) pero incapaz de propiciar mayores grados de autonomía. Ahora bien, la oposición entre autonomía y conexión produce, por un lado, una sociología, ciertamente autónoma, capaz de reivindicar una mirada propia y crítica pero sin intervención y, por el otro, una sociología que, sin reclamar un mínimo de autonomía, interviene en la sociedad y las instituciones pero no las critica. Como apunta Miglievich,

la excesiva proximidad de las audiencias externas [termina] poniendo en jaque la propia identidad de este profesional [empleado fuera de la academia] y la autonomía en la realización de su investigaciones. En la academia el movimiento tiende a ser el inverso, infelizmente, ésta se aleja, de las audiencias externas a fin de, muchas veces, garantizar la pureza de una evaluación interna y restringida a los pares, tendiendo a un perverso aislamiento (Miglievich, mimeo).

Para muchos graduados, tanto en Argentina como en Brasil, esta situación constituye una fuente de profundo malestar y desencanto con su disciplina. Hay quienes en la academia quisieran desarrollar una tarea que permitiese poner en juego algo de la vocación por la intervención “concreta” en la sociedad (vocación que en muchos casos los llevó a estudiar sociología) y se quejan de un sistema de evaluación y acreditación que tiende a ponderar el trabajo dirigido a los propios pares en detrimento de aquel orientado a audiencias o públicos no especializados. También hay quienes, desde su inserción en el mundo no académico, quisieran acceder a una mayor autonomía frente a sus clientes o empleadores, autonomía que los posicionara mejor para plantear estudios de mayor aliento, profundidad o rigor (y que, por lo mismo, les resultaran más “interesantes”). En la medida en que ello no es sencillo, hay quienes, luego de batallar en sus ámbitos laborales por realizar una labor a su entender “sociológica”, desisten y se adaptan pragmáticamente a las necesidades de su cliente o empleador, asumiendo un comportamiento “disociado”:

Mirá, se podría decir que en los primeros dos años en [empresa proveedora de energía estatal] yo intenté trabajar de socióloga. Salí del área de RRHH porque las tareas eran muy mecánicas. Fui al área de Responsabilidad Social pero ahí

tampoco... Llego un momento en que, cansada, me dije: “Voy a dejar la sociología para mi vida y en el trabajo voy a trabajar y listo” (socióloga, graduada en 1982, UNICAMP, sector público).

Y tenía una crisis existencial por trabajar en investigación de mercado habiendo cursado una carrera que era, bueno, muy ideologizada, muy politizada, muy de corte de izquierda. La crisis, créanme, que la crisis de identidad, crisis moral que yo tenía era altísima. Hasta que fui a ver a [un profesor] que también trabajaba en estas cosas para comentarle y me dijo “bueno, vas a tener que convivir con la esquizofrenia, es así” y ahí me calmé y seguí adelante (socióloga, graduada en 1994, UBA, dueña de consultora de análisis de mercado, antes departamento de análisis de mercado en empresa multinacional).

Los sociólogos y la investigación de mercado

Sin dudas, el ámbito profesional más tensionado con la idea de sociología transmitida en los espacios de formación es el sector privado. Según esa idea, la disciplina no sólo debe tratar cuestiones más “relevantes” que la medición de una marca o las estrategias más convenientes para vender un determinado producto, debe también contemplar una finalidad vinculada al compromiso social y político por transformar la sociedad, compromiso que reniega de cualquier finalidad comercial o búsqueda del lucro privado. En ese sentido, trabajar para una empresa en el área de marketing y estudios de mercado impone fuertes tensiones, en particular durante el periodo de ingreso a la actividad (Braga, 2009). El desfase entre las expectativas creadas durante la socialización universitaria y el lugar donde finalmente se termina trabajando es aquí muy marcado.

Al comienzo uno se pregunta: “Mi Dios del cielo, ¿qué estoy haciendo aquí? Yo aprendí todo lo contrario y ahora estoy ayudando a estos tipos a joder y engañar” [...] Vos ves que los tipos usan todo, cualquier método que sea para vender. Es el lucro, ellos quieren ver el lucro. Y ahí uno se pregunta: “Mi Dios del cielo, ¿qué hago con Marx? Mi Dios, ¿qué hago con lo que aprendí? Uno comienza así y la pasa súper mal” (sociólogo, graduado en 1992, USP, analista en agencia de investigación de mercado, citado en Braga, 2009:163).

Éramos muchos sociólogos en la consultora, muchos decían “ah, bueno, ¿pero y esto, para qué sirve?, ¿esto a quién le importa? ¿a la persona que se quiere llenar de plata?” (socióloga, 36 años, graduada en 1998, UBA, sector estatal, antes empleada en organismo multinacional y en consultora de análisis de mercado).

La tensión es tal que el ingreso al sector privado puede aparecer como una traición:

Entrar en [principal laboratorio de productos farmacéuticos] fue como la primera traición a lo que yo hubiese querido ser como socióloga. Porque era entrar en el mercado... en la investigación de mercado a pleno, para una multinacional, con todo lo que implicaba. Yo hice siete años de carrera y nunca pensé que iba a vender aspirinas. O sea, que iba a trabajar en pos de que [el laboratorio] venda más aspirinas a gente que no las necesitaba. Para mí era como [...] el primer quiebre. Lo viví como una traición (socióloga, 34 años, graduada en 2001, consultoría free lance para el Estado, ONG y empresas, antes empleada en el área de investigación de mercado en empresa multinacional).

... después de la época de la facultad, cuando terminé, me encontré con algunos profesores míos. Hay un profesor, que es súper conocido, que me preguntó: “Entonces, ¿qué estás haciendo?”.

Ahí le comenté que estaba trabajando con investigación de mercado. Él comentó: “Ah, te rendiste, ¿no? Por lo menos estás ganado dinero”. Existe un prejuicio que plantea que vos estás traicionando, como un “ah, olvidaste todo lo que aprendiste” (sociólogo, graduado en 1992, USP, analista en agencia de mercado, citado en Braga, 2009:160).

Ahora bien, lo anterior no impide que estos sociólogos valoren ciertas facetas de su trabajo y que, incluso, las reivindiquen contra la propia labor de los académicos. Por un lado, hay quienes, gracias al estudio de los consumidores, enfatizan su permanente contacto con la realidad social, favorecido por la multiplicidad de estudios encargados por las grandes empresas, capaz de generar un conocimiento más realista que aquel ofrecido por los libros o teorías –y los ocasionales y modestos relevamientos empíricos– de los académicos.

A mí me parece que la investigación de mercado aporta un montón, a mí me aportó un montón, la capacidad de problematizar, de pensar problemas de la vida cotidiana, y a mí siempre me interesaron cuestiones vinculadas a la micro sociología, las dinámicas cotidianas, y qué pasa con las personas cuando están en su casa cenando y qué pasa cuando se levantan y qué pasa con esos consumos... Y la investigación de mercado me puso muy pronto en contacto con esos hábitos cotidianos que a mí me enriquecieron mucho mi forma de entender la Sociología. Y bueno, esa posibilidad de entender qué es lo que pasa en la vida cotidiana, más allá de lo que uno lee en los libros, a mí me genera mucha felicidad [...] Mucho más allá de esas cosas estructurantes, que porque es de clase media piensa no sé qué... sino que tenemos un montón de información pequeña que nos permite ver una foto bastante más grande de la realidad (socióloga, 31 años, graduada en 2004, UBA, agencia de investigación de mercado).

Otros, incluso, llaman la atención sobre la capacidad que a veces tienen a la hora de asesorar a los tomadores de decisión de las empresas para poner en juego una mirada que, si bien debe siempre contemplar los intereses del cliente, puede condicionar en un sentido “progresista” o “democratizador” las iniciativas de las empresas. Así, según relatan, el sociólogo puede propiciar una mejor respuesta a las necesidades de ciertos grupos de consumidores o promover campañas publicitarias que no reproduzcan pautas discriminatorias. Más allá de los efectos concretos que tal accionar pueda tener o su grado de injerencia real, resulta interesante ver cómo estos sociólogos se apropian de las ideas que vinculan la sociología con una cierta misión social para jerarquizar sus labores.

[La investigación de mercado] tiene un costado interesante que es la posibilidad de intervenir sobre la realidad. Y ahí yo tengo un amigo que dice “es mejor que estemos nosotros, ayudando a tomar decisiones al mercado, y no otros”. Y yo coincido con eso, tiene un costado ético interesante. Yo quiero que la decisión que tomen las empresas sean decisiones que tengan en cuenta mis miradas y mis valores. Y ahí yo trabajo para eso, intervengo lo más posible para eso y la verdad que se sorprenderían de saber la capacidad de influencia que tenemos, que es mucho mayor a la que yo imaginaba por lo menos antes de llegar a estos espacios [...] Si las preguntas son preguntas que a uno éticamente le gustan, si deja de ser “¿cómo hago para cobrarle más caro sin que se dé cuenta?” y pasa a ser “¿cómo hago para poder satisfacer esta necesidad del 10% que es de los adultos mayores a los cuales no se les daba atención?”, ahí me amigo mucho más con la profesión (sociólogo, 35 años, graduado en 2000, UBA, empleado en agencia de investigación de mercado, antes sector estatal).

Me acuerdo que fui a un congreso de sociología en el inicio de la década del ochenta. Y fue una tragedia. Porque de un lado, los tipos académicos, y del otro, la gente de investigación de mercado llorando, pidiendo perdón por haberse volcado a la investigación [de mercado] y yo me calenté, y dije: “A ver, ¿qué estamos diciendo? Nos ganamos la vida así. No tengo ninguna vergüenza por lo que hago. [...] No creo que esté vendiendo el mundo, mi ideología, vendiendo el alma para el diablo porque estoy trabajando. Estoy trabajando, estoy ganándome la vida y no estoy [...] vendiendo a Brasil para el imperialismo internacional [...] En la medida en que

nosotros vivimos en una sociedad donde las mercancías dominan nuestra vida y en que el consumo permea todas nuestras relaciones, si uno consigue mejorar esas relaciones de consumo, uno está mejorando la vida de las personas (socióloga, graduada en 1975, USP, gerente en agencia de investigación de mercado, citado en Braga, 2009:163).

Como nota Braga, las formas en que se procesa el conflicto y se producen racionalizaciones justificadoras, tendientes a afirmar la propia posición, son variadas: “unos indican la utilidad del sector, otros mencionan el desarrollo de un código de ética o principios balizadores [...] otros indican la necesidad de sobrevivencia y, transversalmente, invocan cuestiones más amplias como una percepción de la inevitabilidad de la sociedad capitalista, de la centralidad del consumo en las relaciones sociales contemporáneas, lo que daría un lugar privilegiado a la investigación de mercado” (Braga, 2009:163).

6.5. Las disputas y sus efectos en el desarrollo de la disciplina

Según pudimos ver hasta aquí, el proceso de especialización de las prácticas profesionales en Brasil y Argentina ha favorecido la constitución de una serie de prácticas u “oficios” de sociólogo ciertamente diferenciados. Ahora bien, ¿cuál es la relación que se establece entre esos perfiles?

Como se podrá anticipar, los sociólogos reconocen marcadas barreras o clivajes entre lo que se hace en una y otra esfera. Lejos de pensar los diversos ejercicios profesionales como parte de una misma empresa –la sociología como profesión unitaria capaz de nutrirse de la experiencia desarrollada en diversos ámbitos–, su disciplina aparece fragmentada en una serie actividades u oficios entre las cuales no hay demasiadas vinculaciones o diálogos posibles. Contra las presunciones de los promotores de la sociología aplicada (ver los dos primeros recuadros), que sostenían la “mutua fecundación” entre las diversas labores de los sociólogos, predomina la mutua indiferencia y la construcción de estereotipos en conflicto. Los académicos tienden a pensar que lo que se hace más allá de sus instituciones carece de rigor, profundidad o está demasiado permeado por los intereses del cliente o empleador⁸⁴. En contrapartida, los no académicos tienden a pensar que lo elaborado en los espacios académicos, aun cuando le reconocen un rigor y profundidad impensable para sus propias labores, tiene tal grado de abstracción o generalidad que los vuelve inútil para su trabajo cotidiano. Predomina, en ese marco, tanto en Brasil como en Argentina, una forma de entender la sociología que, antes que propiciar acercamientos entre una y otra, las disocia y enfrenta. Lo anterior, sin duda dificulta la comunicación o intercambio entre lo realizado en una y otra esfera.

⁸⁴ Como ejemplo de este tipo de visiones, obsérvese lo manifestado por el Director y el Secretario Académico de la Carrera de la UBA en el prólogo a un libro que celebraba los cincuenta años de la fundación de la Carrera. Reivindicando la politización “explícita” de los años sesenta y comparándola favorablemente con la del presente, señalaban: “Esa forma particular de politización, a contrapelo de las relaciones sociales imperantes, es diferente de la que tiene lugar cuando la politización de la sociología se da de manera implícita, pues en ese caso la disciplina se transforma en proporcionadora de visiones del mundo para el Estado u otras instituciones. Tales visiones son proporcionadas bajo la forma de conocimientos técnicos que otorgan legitimidad política, en tanto en el Estado y sus instituciones auxiliares existe un interés preciso a favor del abandono [...] de las posibilidades de formular preguntas en el marco del ejercicio de la autonomía” (Rubinich y Langieri, 2007:22,23).

Así, si no es inusual que los académicos escojan temas de un elevado nivel de abstracción sin conexión con las preocupaciones más o menos inmediatas de algún actor o institución social, quienes se insertan fuera de la academia no ven en su propia labor insumos que puedan colaborar con el desarrollo de la sociología como disciplina universitaria. De ahí que la presentación de los estudios o informes de estos últimos en alguna jornada académica sea tan poco frecuente. La mutua descalificación impide que se piensen como referencias recíprocas, y atenta, por ello, contra la comunicación o intercambio de los saberes producidos en una y otra esfera.

Para tal situación colaboran, sin dudas, por un lado, la orientación dominante en los espacios de formación que, según vimos, tienden a permanecer ajenos a las profundas transformaciones del mercado laboral sin introducir reformas curriculares de peso que presenten y propicien la reflexión sobre las diversas posibilidades que se les abren a los graduados⁸⁵. Lejos de ello, predomina el modelo del sociólogo como docente universitario o investigador académico, ignorando el hecho de que buena parte de sus graduados no van a poder –o querer– seguir ese camino. En ese marco, las carreras se cierran al diálogo o intercambio con los saberes y conocimientos producidos en el trabajo no académico de sus graduados⁸⁶. Por otro lado, la debilidad de los colegios o asociaciones de profesionales que no pudieron constituirse como espacios de intercambio profesional y de constitución identitaria, permaneciendo, como instituciones fuertemente invisibilizadas para la mayoría de los graduados.

7. Conclusión

Según pudimos ver en la primera parte de este trabajo, las trayectorias de la sociología en Brasil y Argentina presentan fuertes diferencias. En el primer caso, el proceso de institucionalización estuvo signado por una relativa estabilidad y un desarrollo en el que, aun cuando sea posible reconocer momentos de crisis e inflexión, resaltan las continuidades sobre las rupturas. En contraposición, en Argentina, lejos de cualquier desarrollo acumulativo, el proceso fue mucho más accidentado y discontinuo.

Lo anterior, según vimos, estuvo fuertemente condicionado por el tipo de vínculo con el Estado (y las elites que lo controlaron a lo largo del tiempo) que los sociólogos en cada país pudieron construir. Mientras en Brasil tendió a predominar una relación de apoyo

⁸⁵ No se trata aquí, es necesario aclarar, de acomodar (o “instrumentalizar”) la enseñanza de la disciplina a las demandas puntuales del mercado de trabajo. Cabe señalar aquí que si bien hay graduados que quisieran un formación más “técnica” o “aplicada” (Schwarzman, 1995) hay otros que no consideran necesario reformar la currícula en un sentido más “profesionalista”. Sus observaciones, por el contrario, valoran la formación “general” recibida pero apuntan contra la entronización de la investigación y docencia universitarias como las únicas salidas legítimas para el graduado (Blois, 2009b).

⁸⁶ La desconexión con las prácticas no académicas es también una característica de los cursos de posgrado. Como apunta Leite, esos cursos en Brasil “continúan muy volcados para el mercado académico sin una interacción con las otras actividades que los sociólogos vienen desarrollando en el mercado de trabajo en los últimos años, y que están siendo demandadas por otros sectores de la sociedad –profesionales del Tercer Sector, especialistas en investigaciones de mercado y electorales, analistas de impacto ambiental [etcétera. Esa situación] incentiva la formación de jóvenes magísteres y doctores [...] con poca o ninguna experiencia de trabajo “extra-académica”. En este sentido, la tendencia es a que cada vez sea más difícil el diálogo entre la iniciativa privada [o no académica] y la universidad, contribuyendo para que los mismos queden confinados a sus propias experiencias” (Leite, 2003:15,16).

sostenido para el surgimiento, consolidación y expansión de las instituciones de docencia e investigación (que, según vimos, no fue ni siquiera interrumpido durante la dictadura y el régimen entonces establecido), en Argentina se afirmó una relación ciertamente más débil y conflictiva en la que los momentos de distanciamiento y mutua ignorancia se alternaron con la pura y simple persecución. Sólo con la vuelta de la democracia, a mediados de los años ochenta, se logra una cierta estabilidad (coincidente con la estabilidad lograda en el plano de la política nacional) que favorece el desarrollo de las instituciones académicas. Ese desarrollo, comparado con Brasil, se dio en un marco signado por la austeridad y escases de financiamiento.

Ahora bien, más allá de esas diferencias, según pudimos apreciar en la segunda parte de este trabajo, el proceso de crecimiento y diferenciación de las prácticas profesionales de los sociólogos en los últimos años estuvo signado por marcadas similitudes. Sea que se considere la vinculación que las carreras y espacios de formación plantean con las prácticas profesionales, sea que se analice el rol e impacto limitados de las instituciones que buscan defender y representar a la sociología como una “profesión”, sea que se pondere la relación que los sociólogos entablan con sus diversos clientes o empleadores, o aquella que construyen entre sí, las convergencias son contundentes.

La presente investigación comenzó con una intuición: las diferencias en el proceso de constitución e institucionalización histórica de las disciplinas en ambos países así como el lugar diferenciado que construyeron en la sociedad y frente al Estado (entre otras que pudimos reconstruir), tendrían un impacto decisivo en la forma como los sociólogos se relacionan con su mundo laboral, conformado por distintos escenarios sociales. Las diferencias en la historia, surgimiento y consolidación de los campos disciplinarios en Brasil y Argentina, sedimentadas a lo largo del tiempo, no podrían dejar de condicionar, según pensábamos, diferentes maneras de vincularse con la demanda que diversas instituciones plantean a los sociólogos. Las tensiones, que esa demanda suscita serían procesadas, en virtud de esas diferencias, de diverso modo. Si preveíamos, claro está, la presencia de ciertas similitudes en la medida en que el proceso de especialización y heterogeneización de los perfiles profesionales se había dado en ambos países respondiendo a veces a procesos regionales e incluso mundiales, esperábamos dar con dos escenarios o panoramas ciertamente distintos.

Considerando la fortaleza de la sociología en un caso, frente a la debilidad y marginalidad en el otro, nos planteamos como hipótesis inicial de trabajo que los sociólogos brasileños, en comparación con los argentinos, estarían en mejores condiciones para desarrollar una actividad profesional más autónoma y que los diversos perfiles, en función de lo anterior, mantendrían vínculos y relaciones más estrechas, caracterizadas por una mayor colaboración. Ahora bien, desmintiendo aquella intuición original, el presente estudio nos reveló que, más allá de las especificidades nacionales, los sociólogos en Brasil y Argentina construyen una vinculación con sus diversos espacios de inserción fuertemente homogénea, signada por fuertes convergencias.

Bibliografía

Almeida, Maria 1989 “Dilemas da institucionalização das ciências sociais no Rio de Janeiro” en Miceli, Sérgio (org.) *História das ciências sociais no Brasil, Vol. 1* (San Pablo: IDESP).

- Alves, Ana 2007 “Objetivação participante – Um estudo sobre a identidade profissional dos sociólogos da cidade do Rio de Janeiro”, Tesis de Maestría, UFRJ.
- Aramburu y Giorgi, 2013 “Institucionalización y profesionalización de la sociología argentina: revisando la trayectoria de José Enrique Miguens” en *Nómadas*, Núm. Especial: América Latina.
- Arruda, Arminda 2009 “Sociología y cultura modernas en el Brasil. La sociología de Florestan Fernandes” en *Prismas. Revista de historia intelectual* (Quilmes) N°13.
- ASA 1961 “Presentación y propósitos”, en *Boletín de la Asociación Sociológica Argentina* (Buenos Aires) n°1.
- Baltar, Ronaldo “Mercado de trabalho para os sociólogos e a Sociologia no Ensino Médio” en *Coletiva*, n°10.
- Barletta, Ana 2002 “Una izquierda universitaria peronista. Entre la demanda académica y la demanda política (1968–1973)” *Prismas* (Quilmes) N°6.
- Bariani, Edison 2012 *Guerreiro Ramos e a rendição sociológica* (San Pablo: UNESP).
- Barreira, Carlos 2003 *A sociología no tempo: memória, imaginação e utopia* (San Pablo: Cortez).
- Beccaria, Ana y Goldfarb Lucía 2010 “Reforma del Estado y saber tecnocrático. Los sociólogos en el ámbito estatal”, en Rubinich, Lucas y Beltrán, Gastón (eds.) *¿Qué hacen los sociólogos?* (Buenos Aires: Aurelia).
- Beigel, Fernanda 2010 “La institucionalización de las ciencias sociales en América Latina: entre la autonomía y la dependencia académica” en Beigel, Fernanda (dir.) *Autonomía y dependencia académica. Universidad e investigación científica en un circuito periférico: Chile y Argentina (1950-1980)* (Buenos Aires: Biblos).
- Bekerman, Fabiana 2009 “El campo científico argentino en los años de plomo: desplazamientos y reorientación de los recursos” en *Sociohistórica. Cuadernos del CISH* (La Plata) n°26.
- Beltrán, Gastón 2005 “Formación profesional y producción intelectual en tiempos de cambio político. Las Carreras de Sociología y Economía de la Universidad de Buenos Aires durante los años noventa” en Gentili, Pablo y Levy, Bettina (comp.): *Espacio público y privatización del conocimiento* (CLACSO: Buenos Aires).
- Beltrán, Gastón 2010 “Las ciencias sociales y el surgimiento de un mercado del saber experto. Las bifurcaciones de la sociología argentina en el final del sigloXX” en Rubinich, Lucas y Beltrán, Gastón (eds.) *¿Qué hacen los sociólogos?* (Buenos Aires: Aurelia).
- Beltrán, Gastón y Strauss, Luciana 2010 “Expertos y dinámicas ‘organizacionales’: racionalidad limitada y consecuencias no buscadas en la Argentina de los años noventa” en Morresi, Sergio y Vommaro, Gabriel *Saber lo que se hace. Expertos y política en Argentina* (Buenos Aires, 2011).
- Blanco, Alejandro 2004 “La sociología: una profesión en disputa” en Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina* (Buenos Aires: Paidós).
- Blanco, Alejandro 2005 “La Asociación Latinoamericana de Sociología: una historia de sus primeros congresos” en *Sociologías* (Porto Alegre) Vol.7, N°14.
- Blanco, Alejandro 2006a *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en Argentina* (Buenos Aires: SigloXXI).
- Blanco, Alejandro 2006b *Gino Germani: la renovación intelectual de la sociología*, (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes).

- Blanco, Alejandro y Jackson, Luis 2008 “Sociologia na Argentina e no Brasil: alguns pontos de comparação”, Ponencia presentada en el 32º Encontro Anual da Anpocs.
- Blois, Juan Pedro 2008 “Interpretaciones enfrentadas de la historia de la sociología en Argentina. Las lecturas del pasado como disputas del presente” en *Argumentos. Revista de crítica social*, nº10.
- Blois, Juan Pedro 2009a “Sociología y democracia. La reorganización de la carrera de sociología en la Universidad de Buenos Aires (1984-1990)” en *Sociohistórica. Cuadernos del CISH* (La Plata) N°26.
- Blois, Juan Pedro 2009b “La sociología en Argentina desde la vuelta de la democracia. Vocación crítica y nuevas inserciones laborales” en *Nómadas* (Madrid) N°23.
- Blois, Juan Pedro 2012 “Obligados a elegir entre el sacerdocio y la prostitución. Socialización universitaria y prácticas profesionales de los sociólogos de la UBA” Tesis de Doctorado, UBA.
- Blundi, Maria Domenica (1997) O financiamento das Ciências Sociais no Rio de Janeiro: O caso da FINEP” Tesis de maestría, UFRJ.
- Bonaldi, Pablo *Aprendiendo sociología* (Buenos Aires: La gomera).
- Bonelli, María da Gloria 1993 “Identidade Profissional e Mercado de Trabalho dos Cientistas Sociais” Tesis de Doctorado, Campinas.
- Braga, Eugenio 2009 “Cientistas sociais extra-universitários: identidade profissional no mercado da pesquisa”, en *Estudos de Sociologia*, Vol. 14, N°26.
- Braga, Eugenio 2011 “Novos elementos para uma sociologia dos cientistas sociais. A situação ocupacional dos egressos” em *Revista Brasileira de Ciências Sociais* (San Pablo) Vol.26 N°76.
- Brandao de Andrade, Maria 2002 “A inserção dos cientistas sociais no mercado do trabalho na Bahia”. Tesis de Maestría, UFBA.
- Brasil Jr., Antonio 2010 “O imigrante e seus irmãos” em *Lua Nova* (San Pablo) N°81.
- Brasil, Jr., Antonio 2011 “Passagens para a teoria sociológica: Florestan Fernandes e Gino Germani, Tesis de Doctorado, UFRJ.
- Buchbinder, Pablo 2005 *Historia de las universidades argentinas* (Buenos Aires: Sudamericana).
- Burawoy, Michael 2005 “For Public Sociology” en *American Sociological Review*, Vol.70.
- Burgos, Raúl 2004 *Los gramscianos argentinos* (Buenos Aires: SigloXXI).
- Bucher, Ruy y Strauss, Anselm 1961 “Professions in process” en *American Journal of Sociology*, nº66.
- Callon, Michel 2008 “Los mercados y la performatividad de las ciencias económicas” en *Apuntes de Investigación del CECYP* (Buenos Aires) N°14.
- Cardoso, Irene A universidade da comunhão paulista (San Pablo: Cortez).
- Carri, Roberto 1968 “Un sociólogo de medio pelo” en *Revista Latinoamericana de Sociología* (Buenos Aires) Vol.4, N°1.
- Carvalho, Lejeune y Mattos, Sérgio 2005 *Sociólogos & sociologia. Historia das suas entidades no Brasil e no mundo* (San Pablo: Garibaldi).
- Castells, Manuel 1999 *La era de la información: economía, sociedad y cultura* (México: SigloXXI).
- Chor Maio, Marcos et al. 2013 “Donald Pierson e o projeto do Vale do Rio São Francisco: cientistas sociais em ação na era do desenvolvimento” em *Dados*, Vol.56, N°2.
- Costa Eduardo 1990 “O desenvolvimento da pesquisa de propaganda no Brasil”, en *Castelo Branco et al. História da Propaganda no Brasil* (São Paulo: Queiroz Editor).

- da Silva, Érica 2001 “Área de pesquisa de opinião e mercado: um estudo sobre processo de profissionalização”, Tesis de Maestría, Universidad Federal de San Carlos.
- Daniel, Claudia 2011 “Dispositivos oficiales de elaboración de estadísticas en Argentina y Brasil. Hacia un enfoque comparativo”, Ponencia presentada en el Taller de Trabajo “Construcción del Estado y burocracias técnicas” (Buenos Aires: IDES).
- De Ímaz, José *et al.* 1966 *Del sociólogo y su compromiso* (Buenos Aires: Libera).
- De Venanzi Augusto 2003 *La sociología de las profesiones y la sociología como profesión*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- Delich, Francisco 1967 “Notas sobre el medio pelo” en *Revista Latinoamericana de Sociología* (Buenos Aires) Vol.3, N°2.
- Delich, Francisco 1977 *Crítica y autocrítica de la razón extraviada* (Buenos Aires: El Cid Editor).
- Díaz, Diego 2013 “La trayectoria del sociólogo Alfredo Poviña luego de la derrota frente a Gino Germani (1955-1983)” X Jornadas de Sociología de la UBA.
- Diez, María 2008 “Dos caras frente al espejo: una comparación de las sociologías argentina y chilena entre 1966 y 1976” en *Sociohistórica. Cuadernos del CISH* (La Plata) N°23/24.
- Diez, María 2010 “Los dependentistas argentinos” en Beigel, Fernanda (dir.) *Autonomía y dependencia académica. Universidad e investigación científica en un circuito periférico: Chile y Argentina (1950-1980)* (Buenos Aires: Biblos).
- Di Tella, Torcuato 1967 “La sociología y la praxis social” en *Revista Latinoamericana de Sociología* (Buenos Aires) Vol.3, N°1.
- Domigues, Jose Maurício 2009 *La modernidad contemporánea en América latina* (Buenos Aires: SigloXXI-CLACSO).
- Dubet, François 2012 *¿Para qué sirve realmente un sociólogo?* (Buenos Aires: SigloXXI).
- Durand, José 1984 “A Mal-Assumida Profissão de Sociólogo” en *Revista de Administração de Empresas* (San Pablo) Vol.24, N°3.
- Durand, José 2006 Entrevista en Rugai Bastos, Elide *et al.* *Conversas com sociólogos brasileiros* (Río de Janeiro: Editora34).
- Fausto, Boris y Devoto, Fernando 2004 *Brasil e Argentina. Um ensaio de história comparada (1850-2002)* (San Pablo: Editora 34).
- Fernandes, Florestan 1977 [1956] “Desenvolvimento histórico-social da sociologia no Brasil” en *A Sociologia no Brasil* (Petrópolis: Vozes).
- Forjaz, Maria 1997 “A emergência da ciência política no Brasil: aspectos institucionais” em *Revista Brasileira de Ciências Sociais* (San Pablo) Vol.12, n°35.
- Freidson, Eliot 2001 *Professionalism. The Third Logic*, Chicago, The University of Chicago Press.
- García, Afranio 2006 “Circulación internacional y la formación de una ‘escuela de pensamiento’ latinoamericana” en *Prismas*, n°10.
- García de Fanelli, Ana 2001 “La formación de posgrado en las ciencias sociales argentinas: oportunidades y restricciones para la innovación” en *Educational Policy Analysis Archives*, Vol. 9, N°29.
- Germani, Ana 2004 *Gino Germani. Del antifascismo a la sociología* (Buenos Aires: Taurus).
- Germani, Gino 1956 *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación* (México: UNAM).
- Germani, Gino 1964 *La sociología en América Latina: problemas y perspectiva* (Buenos Aires: Eudeba).

Germani, Gino 1968 “La sociología en Argentina” en *Revista Latinoamericana de Sociología* (Buenos Aires) Vol. 4, n°3.

Graciarena, Jorge 1968 “Sociología e Ideología: Algunos problemas en la orientación de la formación de sociólogos en América Latina” en *Revista Mexicana de Sociología* (México) Vol. 30, n°4.

Guía de informaciones 1962 (Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires).

Gonçalves, Marco y Yvonne, Maggie 1995 “A experiencia do LPS” en en Fonte Pessanha, Elina y Villas Boas, Glauca (Orgs.) *Ciências Sociais. Ensino e pesquisa na graduação* (Río de Janeiro: Jornada Cultural).

González Bollo, Hernán 1999 *El nacimiento de la sociología empírica en Argentina* (Buenos Aires: Dunken).

Groisman, F. y García de Fanelli, Ana 2009 “Incentivos a la profesión académica: los salarios de los docentes universitarios en la Argentina” en *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, N° 21.

Heredia, Mariana 2004 “El Proceso como bisagra. Emergencia y consolidación del liberalismo tecnocrático: FIEL, FM y CEMA” en Pucciarelli, Alfredo (coord.) *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura* (Buenos Aires, SigloXXI).

Heredia, Mariana 2007 “Les métamorphoses de la représentation. Les économistes et le politique en Argentine (1975-2001)”. Tesis de doctorado, EHESS.

Hughes, Everett 1952 “Psychology: Science and/or Profession” en *The American Psychologist*, vol.7, n°8.

King, John (2007) *El Di Tella* (Buenos Aires: Asunto).

Kreimer, Pablo y Blanco, Alejandro 2008 “Sociologie et démocratie? Un panorama de la discipline en Argentine entre 1983 et 2007” en *Sociologies pratiques* N°16.

Laboratorio de Análisis Ocupacional, 2001 (Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires). Disponible en: www.produccion.soc.uba.ar [mayo de 2010].

Lahuerta, Milton 2001 “Intelectuais e resistência democrática: vida académica, marxismo e política no Brasil” em *Cad. Ael.*, Vol.8, n°14/15.

Landim, Leilah 1993 “A invenção das ONG. Do serviço invisível a profissão impossível”, Tesis de doctorado, Río de Janeiro, Museu Nacional.

Leite, Ana 2003 “Os cientistas sociais do Rio do Janeiro e suas opções profissionais nos anos 90”. Ponencia presentada en el XI Congresso Brasileiro de Sociologia (Campinas).

Liedke Filho, Enno 2005 “A sociologia no Brasil: história, teorias e desafios” en *Sociologías* (Porto Alegre) n°14.

Limongi, Fernando 1989a “Mentores e clientelas da Universidade de São Paulo” en Miceli, Sérgio (org.) *História das ciências sociais no Brasil, Vol. 1* (San Pablo: IDESP).

Limongi, Fernando 1989b “A Escola Livre de Sociologia e Política” en Miceli, Sérgio (org.) *História das ciências sociais no Brasil, Vol. 1* (San Pablo: IDESP).

Lippi de Oliveira, Lúcia 1995 As Ciências Sociais no Rio de Janeiro en “O cenário institucional das Ciências Sociais no Brasil” en Miceli, Sérgio (org.) *História das ciências sociais no Brasil, Vol. 2* (San Pablo: Sumaré).

Malagamba Otegui, Romina 2009 “Expertos en Ciudadanía. La emergencia de la Fundación Poder Ciudadano y las transformaciones en las formas de la política en la Argentina (1988-1992)”, Tesis de maestría, FLACSO.

- Marinho, Marcelo 1987 “A profissionalização da sociologia no Brasil” en *Dados* (Rio de Janeiro) N°30.
- Martins, Carlos 2009 “A reforma universitária de 1968 e a abertura para o ensino superior privado no Brasil”, en *Educação & Sociedade* (Campinas) Vol. 30, N°106.
- Massi, Fernanda 1989 “Franceses e norte-americanos nas ciências sociais brasileiras (1930-1960) en Miceli, Sérgio (org.) *História das ciências sociais no Brasil, Vol. 1* (San Pablo: IDESP).
- Miceli, Sérgio 1989 “Condicionantes do desenvolvimento das Ciências Sociais” en Miceli, Sérgio (org.) *História das ciências sociais no Brasil, Vol. 1* (San Pablo: IDESP).
- Miceli, Sérgio 1995 “O cenário institucional das Ciências Sociais no Brasil” en Miceli, Sérgio (org.) *História das ciências sociais no Brasil, Vol. 2* (San Pablo: Sumaré).
- Miglievich, Adelia 1999 “A sociologia quando ‘sai’ da universidade: ilustrações para um debate” em *Cadernos Ceru*, n°10.
- Miglievich, Adelia “A profissão do sociólogo: os casos IBASE, FASE, IBAM e DN-SENAC na cidade do Rio de Janeiro”, mimeo.
- Mora y Araujo, Manuel 1971 “La sociedad y la praxis sociológica” en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires) Vol.11, n°41.
- Moraes Filho, E. 1966 “Regulamentação da profissão de sociólogo” en *Síntese Política Econômica Social*, n°31.
- Moscona, Gustavo 2010 “Peronismo e intelectuales: la experiencia de las Cátedras Nacionales en la Universidad de Buenos Aires en el período 1967–1974”, Tesis de Maestría, UBA.
- Murmis, Miguel 2007 “Sociología, ciencia política, antropología: institucionalización, profesionalización e internacionalización en Argentina” en “Las ciencias sociales en Brasil: fundación, consolidación y expansión” en Trindade, Hélgio (coord.) *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada* (México: SigloXXI).
- Neiburg, Federico 1998 *Los intelectuales y la invención del peronismo* (Buenos Aires: Alianza).
- Noé, Alberto 2005 *Utopia y desencanto. Creación e institucionalización de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires: 1955–1966* (Buenos Aires: Miño y Dávila).
- O’Donnell, Guillermo 1984 “¿Y a mí qué carajo me importa? Notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil”, en *Estudios CEDES* (Buenos Aires) N°10.
- Ortiz, Renato 1990 “Notas sobre as ciências sociais no Brasil” en *Novos estudos*, n°27.
- Pécaut, Daniel 1990 *Os intelectuais e a política no Brasil. Entre o povo e a nação* (San Pablo: Editora Ática).
- Perel, Pablo *et al.* 2006 *Universidad y dictadura* (Buenos Aires: Ediciones CCC).
- Perelmiter, Luisina 2011 “La burocracia asistencial en funcionamiento. Relaciones y prácticas en la vida íntima del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación”, Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires.
- Pereyra, Diego 2005 “Las revistas académicas de sociología en la Argentina. Racconto de una historia desventurada” en *Revista Argentina de Sociología* (Buenos Aires) Vol.3, N°5.
- Pereyra, Diego 2007a “Cincuenta Años de la Carrera de Sociología de la UBA. Algunas notas contracelebratorias para repensar la historia de la Sociología en Argentina” en *Revista Argentina de Sociología* (Buenos Aires) Vol. 9.
- Pereyra, Diego 2007b La Asociación Latinoamericana de Sociología y su rol fundamental. Una historia sobre la organización institucional de la sociología en América Latina desde 1950 hasta 1960 en *Sociology, History, Theory and Practice*, (Moscú-Glasgow) n°8.

- Pereyra, Diego 2010 “Dilemmas, challenges and uncertain boundaries of Argentinean Sociology” en Patel, Sujata (ed.) *The ISA Handbook of Diverse Sociological Traditions*, (Londres: Sage).
- Pereyra, Diego 2013 “The professionalization of sociology in argentina. Intellectual and institutional challenges in a time of global and regional transformations”. Presentación realizada en la Tercera Conferencia del Consejo de Asociaciones Nacionales de la ISA (Ankara).
- Ramos, Guerreiro 1969 *A redução sociológica* (Rio de Janeiro: Tempo Brasileiro).
- Raus, Diego 2007 “La sociología en el ‘Proceso’” en *Sociología en Debate*, n°1.
- Rubim, Christina 1996 “As ciencias sociais no Brasil contemporâneo”. Ponencia presentada em el XX Encuentro anual de ANPOCS.
- Rubinich, Lucas 1994 “Redefinición de las luchas por los límites: un debate posible para las nuevas generaciones” en *Entre pasados*, Vol. IV, n°6.
- Rubinich, Lucas 1999 “Los sociólogos intelectuales: cuatro notas sobre la sociología en los ’60”, en *Apuntes de Investigación del CECyP* (Buenos Aires) n° 4.
- Rubinich, Lucas y Langieri, Marcelo 2007 “La sociología ahora” en *La sociología ahora*, (Buenos Aires: SigloXXI).
- Rubinich, Lucas y Beltrán, Gastón 2010 “Prácticas heterogéneas y trayectorias complejas. Algunos comentarios sobre el campo de la sociología analizado a partir de las ocupaciones de los sociólogos”, en Rubinich, L. y Beltrán, G. (eds.) *¿Qué hacen los sociólogos?* (Buenos Aires: Aurelia).
- Saítta, Sylvia 2004 “Modos de pensar lo social. Ensayo y sociedad en la Argentina (1930-1965) en Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina* (Buenos Aires: Paidós).
- Sarlo, Beatriz 2001 *La batalla de las ideas (1943-1973)* (Buenos Aires: Ariel).
- Schwartzman, Simon 1995 “Os estudantes de ciências sociais” en Fonte Pessanha, Elina y Villas Boas, Gláucia (Orgs.) *Ciências Sociais. Ensino e pesquisa na graduação* (Río de Janeiro: Jornada Cultural).
- Scribano, Adrián “Orígenes de la Asociación Latinoamericana de Sociología: algunas notas a través de la visión de Alfredo Poviña” en *Sociologías* (Rio Grande do Sul) Vol.7, N°14.
- Shils, Edward 1970 “Traditions, Ecology and Institution in the History of Sociology” en *Daedalus*, Vol.99, N°4
- Sidicaro, Ricardo 1993 “Reflexiones sobre la accidentada trayectoria de la sociología en la Argentina”, en *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid) 517–519.
- Sidicaro, Ricardo “Presentación” en *Jornadas Los usos de la sociología* mimeo
- Sigal, Silvia 1991 *Intelectuales y poder en la década del sesenta* (Buenos Aires: Puntosur).
- Sikkink, Kathryn 2009 El proyecto desarrollista en la Argentina y Brasil: Frondizi y Kubitschek (Buenos Aires: SigloXXI).
- Sorj, Bernard A construção intelectual do Brasil contemporâneo: da resistência à ditadura ao governo FHC (Río de Janeiro: IFCS-UFRJ).
- Steren dos Santos, Tania y Barreto, Raquel 2010 “Os egressos de Ciências Sociais de uma universidade pública, na perspectiva da sociologia das profissões: formação e inserção no mercado do trabalho” en *Revista do CFCH* (Río de Janeiro) N°2.
- Suárez, Francisco 1973 “Algunas reflexiones sobre los procesos de Institucionalización de la Sociología en la Argentina durante los últimos años” en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 35, n°1.

- Svampa, Maristella 2008 "Reflexiones sobre la sociología crítica en América Latina y el compromiso intelectual" en *Cambio de época* (Buenos Aires, SigloXXI).
- Terán, Oscar 1991 Nuestrós años sesenta (Buenos Aires: Puntosur).
- Terán, Oscar 1986 "Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950" en *En busca de la ideología argentina* (Buenos Aires: Catálogos)
- Torini, Danilo 2012 "Formação e identidade profissional: a trajetória de egressos de Ciências Sociais", Tesis de Maestría, San Pablo.
- Trindade, Hélgio 2007 "Las ciencias sociales en Brasil: fundación, consolidación y expansión" en Trindade, Hélgio (coord.) *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada* (México: SigloXXI).
- Unzué, Martín 2012 "Transformaciones recientes del sistema de educación superior en Brasil" en *Documentos de trabajo* (Buenos Aires: IIGG).
- Unzué, Martín 2013 "Autonomía, evaluación y políticas públicas. Tendencias y límites en los sistemas de Argentina y Brasil" en Unzué, Martín y Emiliozzi, Sergio (comps.) *Universidad y políticas públicas. ¿En busca del tiempo perdido?* (Buenos Aires: Imago Mundi).
- Verón, Eliseo 1974 *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento: 25 años de sociología en Argentina* (Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo).
- Vianna, Luiz (1994) "Introdução" en *Dados*, Vol.37, nº3.
- Vianna, Luiz (1998) "Doutores e teses em Ciências Sociais" en *Dados*, Vol.41, nº3. Villas
- Villas Boas, Glaucia 2003 "Currículo, iniciação científica e evasão de estudantes de ciências sociais" en *Tempo Social* (San Pablo) Vol. 15, Nº1.
- Villas Boas, Glaucia y Chor Maio, Marcos (1999) *Ideias de Modernidade e Sociologia no Brasil. Ensaio sobre Luiz de Aguiar Costa Pinto* (Porto Alegre: UFRGS)
- Vommaro, Gabriel 2008 *Lo que quiere la gente* (Buenos Aires: Prometeo).